

Z/ 13135 : 15, 748 (1926)

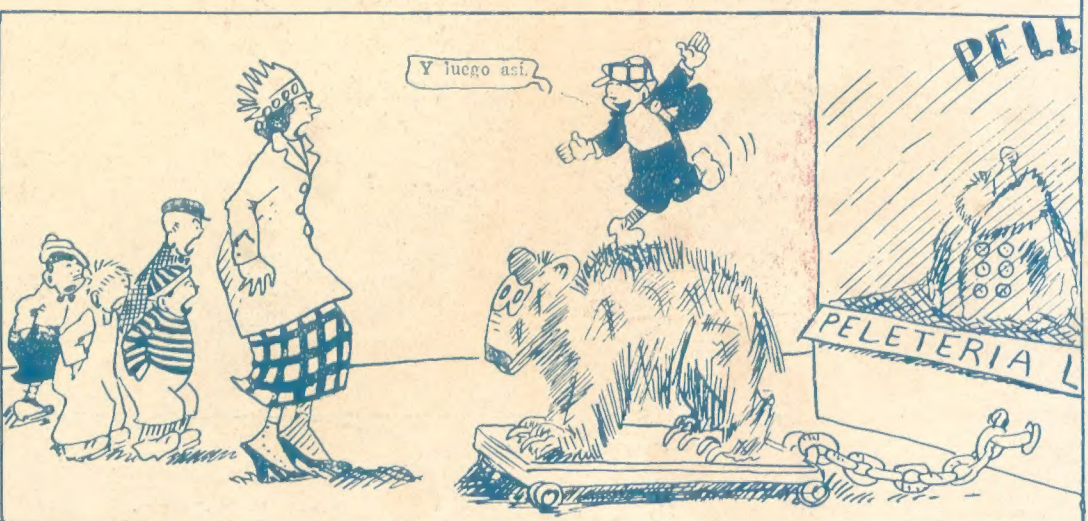
FRAY MOCHO



"La rubia del velo"

N.º 748

24.8.1926.





FRAY MOCHO

Año XV

Buenos Aires, 24 de agosto de 1926

N.º 748

DE TODAS PARTES, por Rojas



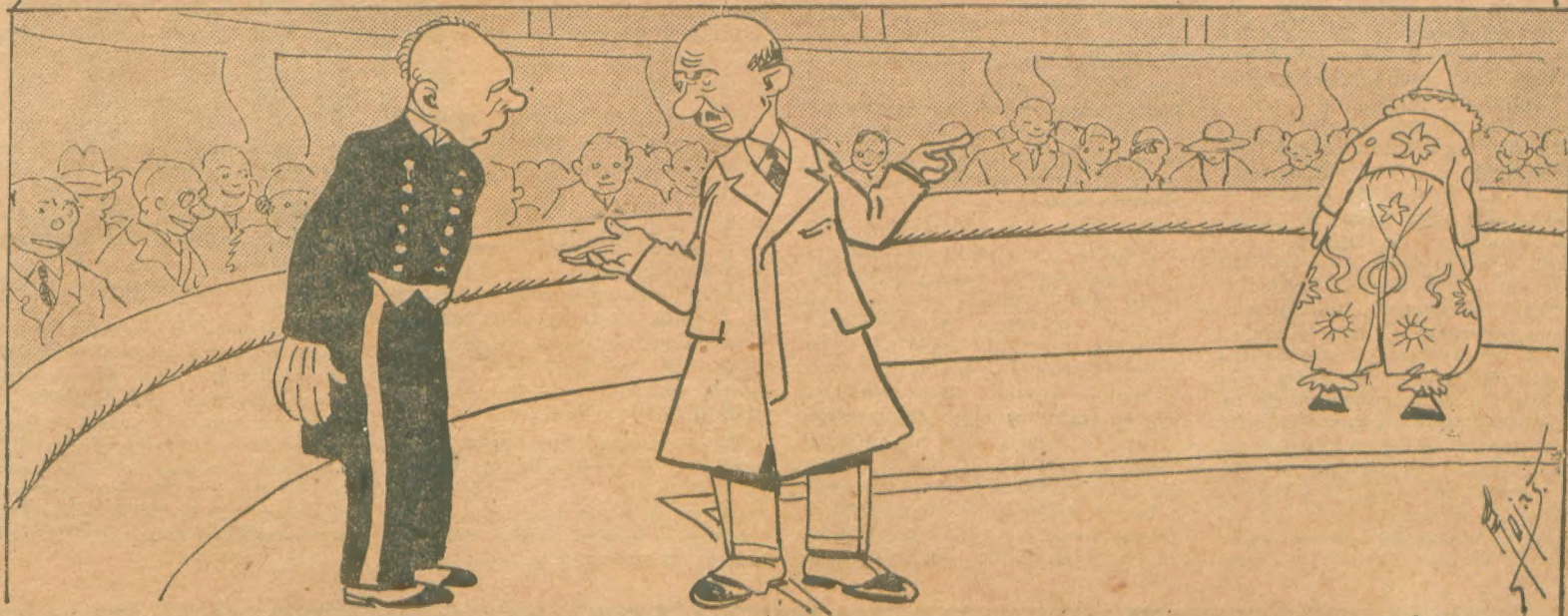
—Vengo cansada de viajar tanto tiempo en el tranvía.
—¿Por qué no te sentaste?
—Porque iba tan lleno, que hasta los hombres iban de pie.



—El general Nobile, que condujo el dirigible "Norge" al polo, parece que quiere para sí toda la gloria. Amudsen dice que la noticia le ha producido un efecto que el polo no logró: dejarlo helado.



—En Tours (Francia), se ha inaugurado una feria de granos.
—Para nosotros no es ninguna novedad semejante noticia.



—Váyase a su localidad porque ahí en medio no se puede estar.
—Es que me han dicho que aquel clown es morfinómano y, como buen policía, tengo que estar sobre la pista.



Raimunda levantóse el cuello del abrigo, ceñido como una faja sobre su hermoso cuerpo de serpentina flexibilidad; alrededor del cuello envolvióse la bufanda hasta la nariz, introdujo las manos en el manguito y se puso en camino, con la cabeza baja, entre la niebla.

Tan densa y tan opaca era la niebla, que se hubiera podido cortar con un cuchillo. Penetraba en la boca, en las narices, cortaba la respiración, producía una sensación de asfixia.

Era necesario abrirse camino, como nadadores en el agua, rechazando el poder de un elemento. La cortina espesa y mórbida tapaba toda rendija, atenuaba todo rumor, enmascaraba toda fisonomía.

De esto, sobre todo, se alegraba Raimunda, que caminaba segura, tan buena conocedora del camino cotidiano desde la oficina a su casa, que los pies hubieran podido recorrerlo solos, sin la ayuda de los ojos. Raimunda tenía la parte derecha de su rostro horriblemente desfigurada. A los diez años, una mala caída sobre las brasas rugientes del hogar habíala reducido a aquel estado. Por ironía de la suerte, había crecido esbelta y hermosísima de cuerpo, cálida de sangre, clara de inteligencia, despierta de sentidos, creada seguramente para un destino de amor si la media máscara atroz, crispada, morada, obligándola a una mueca grotesca hasta cuando reía, no la hubiese deformado irremediamente.

Ante su aparente jovialidad, a veces de exuberancia excesiva, parientes y amigos pensaban: "Por suerte es indiferente a su desgracia. Para el monstruo no existe su propia monstruosidad".

Se engañaban. Quizá no la madre, a quien el sentido maternal daba pupilas más penetrantes, pero, ella, débil e incierta criatura crepuscular, intentaba, ilusionándose, reprimir dentro de sí su vergüenza, su dolor y su remordimiento.

La verdad era ésta: fuera de las despreocupadas horas del sueño, ni un minuto de la vida de Raimunda había transcurrido sin que, caminando, ya hablando, riendo, durante las más serias o más simples tareas, sola o entre muchos, ella no se viera en la inexorabilidad de su fealdad, con esos terribles ojos interiores que jamás engañan.

Por eso, en su habitación no tenía espejos. Por eso llevaba fieltros o cofias de paja de extrema sencillez, que podían encasquetarse y hundirse en la cabeza fácilmente, sin ayuda de agujones; y los envolvía con largos y densos tules floreados, que no alcanzaban sin embargo a ocultar completamente las huellas del fuego.

A veces, durante la alta noche, un incubo angustioso la despertaba con sobresalto, el corazón agitado, y en la oscuridad abría desmesuradamente los ojos, ciegos de sueño, y, al momento, en la implacable memoria de sus sentidos se agrandaba la visión de su propio rostro: y pensaba, horrorizada, que la sombra se desvanecería con la noche, que la luz volvería y con la luz las miradas ora compasivas, ora irónicas, ya de asombro, ya de repugnancia, sobre su desfiguración.

Hay tragedias que clavan sus garras en una criatura en plena belleza, en plena felicidad, en plena actividad; y la acosan y la envuelven vertiginosamente en su desastroso torbellino: luego la abando-

ENTRE LA NIEBLA

Por Ada Negri

nan, la dejan en tierra, inerte, hecha un harapo, aunque libre; y ella, poco a poco se reconoce, se halla intacta, vuelve a la vida, al goce de las fuerzas naturales, a respirar vivacidad y esperanza, como si nada hubiese sucedido. Pero hay, otras veces, tragedias mudas, sordas, constantes, fijas, inexorables como un cáncer. No hay salvación para ellas.

En tal estado vivía Raimunda. Sin embargo, no dejaba traslucir a los hombres sino lo que érale imposible ocultar: la marca de la cara.

Ella sentíase aislada. Entre su flúido y el flúido ajeno se interponía un obstáculo. Ese obstáculo la deshonraba como una cadena. De los doce a los diez y seis años, en las escuelas superiores, entre los grupos de compañeras, había siempre oído susurrar palabras de amor. Parecía que en todas aquellas jóvenes destinadas a ganarse la vida entre el olor a moho de los almacenes o el olor a tinta de las oficinas, en todas aquellas adolescencias verdes y agrias como frutos no sazonados, no germinara más que el deseo del amor. Aritmética, dibujo,

la puerta, por la tarde, al amigo dispuesto a acompañarlas. Las varias corrientes chocaban, en el choque se producía la chispa, creando para Raimunda una irrespirable atmósfera magnética. Su juventud se hallaba al margen de aquellas vibraciones de alegría. Para ella no podía subsistir la ley natural de la existencia. Lo sabía. Y parecía resignada; pero, en sus adentros, enroscados como serpientes, se agitaban el bochorno, el deseo no satisfecho y el rencor.

Había deseado ser ciega, como si su ceguera pudiera tener la virtud de ocultarla a los ojos de los demás: semejante en esto al niño que, tapándose la cara con los brazos arqueados, cree hacerse invisible a la madre. Había llegado a no encontrarse bien más que en la sombra; y hubiera querido moverse siempre en la bruma densa como la que la envolvía esa noche de otoño y que le producía una sensación inespereada y mordiente de agilidad, de libertad, de seguridad.

Un farol de gas, de un rojo oscuro de llaga en la masa nebulosa, le señalaba la esquina de la calle Sol-

Las rosas, por ejemplo...

Yo no sé a quién echar la culpa de estas cosas, son mucho más felices, por ejemplo, las rosas.

Es un jardín, es un rosal, es una rama... Suponed una rosa toda encendida que ama; pues se inclina galante a su novia un momento y le dice:—¡Te amo! Lo demás lo hace el viento.

Yo no sé a quién echar la culpa de estas cosas, son mucho más felices, por ejemplo, las rosas.

¡Oh las horas perplejas, largas, en que me quedo haciéndole dar vueltas a mi anillo en mi dedo!

B. FERNANDEZ MORENO.

física, gramática, no parecían en realidad más que pretextos inventados por la dura existencia y por la voluntad de los parientes para engañar, para ahogar en germen el instinto atávico en aquellas pequeñas futuras hembras, que ya daban furtivamente un nombre y un cuerpo a su necesidad de amar y de sentirse amadas.

Más tarde, en el laboratorio de máquinas e instrumentos fotográficos, en que Raimunda había entrado como dactilógrafa, ella, en torno de sí, entre los compañeros de tarea, no había visto más que amor, ilusiones de amor, mentiras de amor. Las empleadas, elegantes en sus trajes cortados con arreglo al último figurín, con los cabellos cortados a "l'enfant", según la moda, con tacones altísimos, las cejas y los párpados teñidos con bistro, coqueteaban, nerviosas, con los jóvenes del escritorio; y hallaban a

ferino y del Puente. Resbalaba rozando la pared, encapuchada y feliz, cuando una voz varonil susurró a su espalda:

—Señorita...

No se dio vuelta, siguió su camino, con el corazón anhelante, nadie hasta entonces la había seguido en la calle.

—Señorita...

El hombre la seguía realmente, midiendo su paso al de ella, murmurando otras palabras, incoherentes, dulces. Raimunda las oía por primera vez, quizá la última también, y la voz varonil era aterciopelada, entusiasta, de las que soliviantan los sentidos.

Con una rapidísima vuelta de cabeza y de pupilas, ella había visto la silueta alta de un joven, esfumada en la bruma que envolvía los rasgos del rostro. Aquel desconocido no la veía en la cara, no ha-

bría reprimido el estremecimiento de repugnancia delante de su media máscara deforme. Tupido velo, tupida niebla, hora ambigua, en la cual ella también podía ser bella para un hombre, ¡hora que quizás no volvería jamás!

Calló, le dejó hablar, permitió que el desconocido se le aproximara, que se le acercara hasta sentir en el cuello su aliento perfumado de cigarrillo...

—Señorita... ¿cómo se llama? No corra tanto. Dígame su nombre..., su hermoso nombre...

Ninguna perceptible respuesta; pero un consentimiento lleno de turbación en el mismo silencio, en el paso un poco más lento, en el acto de levantar el manguito hasta ocultarse la barba y la boca. La niebla los unía y los dividía a un tiempo. Otras fantásticas sombras pasaban, negras larvas aparentes en órbitas de los faroles, tragadas pronto por el elemento gris. La ciudad era como un inmenso buque naufragado, en que Raimunda agonizaba en dulcísima agonía, revelada por fin a un hombre; por fin mujer; temblorosa de muda felicidad; tan sólo temiendo que acabara la hora del encantamiento.

En la Alameda, cuando comprendió que solamente un centenar de pasos la separaban de la puerta de su casa, detúvose en un instante de perplejidad, se apoyó en la pared, siempre en silencio. El desconocido vió en aquella actitud una invitación. Atraído hacia sí a la joven por el brazo, buscó, ávido, su boca, sin verla; y a través del velo, la besó.

Con inmensa sorpresa, el beso le fué devuelto.

Ladrona de amor, sí, era ella, y sabía y gozaba de serlo, cerrando en aquel instante su entera vida de mujer, estremecimientos, caricias, ímpetus de rendición, voluptuosidad de sensaciones, toda aquella oculta parte de sí misma que a la luz despiadada del sol no tenía derecho de existir.

Cuando los ávidos labios se separaron lentamente, y el largo beso terminó, el hombre, sorprendido, ebrio, ciego, alelado e inmóvil en la acera, sintió que la joven se le escapaba de las manos con agilidad de lagarto, y la vió desaparecer en la sombra.

No intentó seguirla. A un metro de distancia no hubiera sido posible reconocer una persona. La masa fluctuante de los vapores se adensaba cada vez más, se transformaba en un cuerpo casi sólido, venda de los ojos y mordaza de la boca.

Hallada por la inveterada costumbre la puerta de la casa, Raimunda entró con la cabeza gacha en la húmeda escalera de caracol, invadida también por la niebla, e hizo sonar la campanilla de una modesta puerta oscura. A la madre que, inquieta y premurosa, le abrió, murmuró un saludo distraído. Luego, dijo:

—Esta noche, no como; tengo dolor de cabeza; quiero descansar, ten paciencia.

Y entró en su dormitorio y se encerró.

En la cama, a oscuras, con los brazos cruzados sobre el pecho, con los hermosos ojos desmesuradamente abiertos en las tinieblas, estremecido aún todo el cuerpo por la caricia de la varonil voz carnal, saboreando el placer del único beso, se enovilló, trepidó, se retorció, rogó a Dios que no borrara jamás de su memoria el recuerdo de aquella hora y lloró y rió.



SINTÉTICAS

CODIGO CIVIL VERSUS PATOLOGIA INTERNA

Durante uno de los debates parlamentarios habidos últimamente en el Congreso, varios señores diputados, pertenecientes a distintos sectores políticos, se trenzaron en un pintoresco diálogo, sobre cuál criterio era mejor, si el de médico o el de abogado. Los émulos de Licurgo recababan para ellos la superioridad de entendimiento, mientras los discípulos de Hipócrates proclamaban su mayor capacidad mental.

Es muy lógico que cada uno defienda lo suyo, pero creemos que para resolver, en justicia, el asunto, los dos bandos de profesionales no debieron asumir el papel de juez y parte en el pleito, sino someterse al fallo de un plebiscito convocado entre los clientes respectivos, que, en resumen de cuentas, son los únicos llamados a dictaminar, con conocimiento de causa, sobre cuál de los dos criterios es el mejor. Creemos que, de esta manera, no hubiera habido vencedores ni vencidos y todos habrían quedado conformes, porque sospechamos que la mayoría de los sufragios, hubieran hecho triunfar la fórmula de: "Los dos son peores".

CAMPEONATO LACTEO

En Ottawa, una vaca de la raza Airshire, dió 21.421 libras de leche en 306 días de ordeño, por cuyo sorprendente rendimiento se le consideró como campeona mundial. Pero un ganadero argentino, celoso de nuestro progreso, reclama públicamente para nuestro país el campeonato de referencia porque, según asegura, con las vacas "Aaltje Salo Pontiac Rosella", que, en 297 días, produjo 23.981 libras de leche y con "Johana Champion Belle", que rindió 22.000 libras en un espacio de 306 días, se bate fácilmente el record de aquel animal.

Creemos que el ganadero de referencia está en lo cierto, pero permítanos que le digamos que ha olvidado citar a la lechera más afamada y estupenda de la República y a la cual es difícil que aventaje ningún congénere extranjera: nos referimos a la "Vaca Presupuesto", que, como nadie ignora, está produciendo, durante los 365 días del año, verdaderos ríos de leche....

FUERA DE LA UBRE

La "Liga de Defensa Económica de la Iglesia Argentina", ha repartido un volante en el que, entre otras cosas, se lee lo siguiente:

"Ha llegado la hora de recordar a los católicos de la República Argentina, la obligación que tienen de sostener a su Madre la Iglesia, en las difíciles circunstancias económicas a que actualmente se ve reducida.

"El Gobierno Nacional se niega a pagar sus modestos haberes a nuestras Autoridades Eclesiásticas Metropolitanas.

"El Gobierno debería sostener, según la Constitución, todo el culto católico, pero se contenta sólo con subvencionar el culto catedralicio. Y aun eso lo hace tan pobremente que a los Señores Canónigos del Cabildo Metropolitano les paga una mensualidad menor que a los 22 ordenanzas del Congreso. El Gobierno coloca a los distinguidos Senadores del Clero en una categoría inferior a la de los porteros de muchas dependencias públicas.

"Jesucristo, cuando envió por primera vez a sus Apóstoles a predicar el Evangelio, les dijo que no llevasen dinero ni provisiones, para que el sustento de los evangelizadores corriese por cuenta de los evangelizados: "El que trabaja—les dijo—merece que le sustenten". (San Mateo, X, 10.)

"El Apóstol, San Pablo, en su Primera Carta a los Corintios, dice así: "¿Acaso no tenemos derecho de ser alimentados?... ¿No sabéis que los que sirven en el templo se mantienen de lo que participan de las ofrendas del templo, y que los que sirven el altar? Así también dejó el Señor ordenado que los que predicán el Evangelio vivan del Evangelio" (IX, 4, 13, 14.)

"En vista de esto, la Liga de Defensa Económica de la Iglesia Argentina, espera el apoyo de todos los católicos sinceros, para constituir, con modestas suscripciones mensuales, al alcance de los bolsillos más humildes, Un Fondo Arquidiocesano destinado a cubrir las necesidades más apremiantes de la Iglesia".

Lamentamos, por nuestra parte, el hecho de que, a estos recientes, se les haya cortado la apoyadura.



La hora del perdón

Por Belisario Roldán

(Ilustraciones de Pedro Rojas)

Cuando don Mariano Sandoval quedó viudo, hubo de considerarse el más desventurado de los mortales. El y su hija, la pequeña Lucía, que a la sazón contaba ocho años de edad, lloraron copiosamente su desgracia común. ¿Qué harían ahora, ella sin madre y él sin la dulce compañera de todas las horas? Fué recién un mes y medio después de ocurrido el fallecimiento que don Mariano se resolvió a recluir a la desolada muchacha en un colegio de pupilaje donde habría de completar su educación recién comenzada, mientras él viajaría por Europa en procura de un poco de consuelo para su dolor.

Su fortuna le permitía este lujo. Por lo demás, carecía de parientes que limitaran su libertad o lo indujeran a permanecer en el país; y esta circunstancia lo tornaba dueño exclusivo de su amargura actual, tanto como lo fuera de su felicidad en los pasados días. De ahí que su egoísmo resultase un fenómeno más aparente que real. Replegado en sí mismo por razones de temperamento, y libre de lazos consanguíneos que lo pusieran en condiciones de irradiarse un poco más en la vida, la suya había transcurrido en la plena paz de una ventura completa. Era un hombre inteligente y bondadoso, cuya existencia campera — había vivido casi siempre en su estancia "La Lucía" — no había conseguido disminuirlo espiritualmente. Poseía la sensibilidad exquisita que es a un tiempo privilegio y castigo de los que hacen vida interior; y su corazón, como el portal de las iglesias antiguas, estaba siempre abierto de par en par.

Pertenecía, en suma, don Mariano Sandoval, a la categoría de los mortales que difícilmente pueden andar solos por los senderos del mundo. Hay sensibilidades que necesitan el calor de un afecto inmediato para ir avanzando, como hay piernas de hombre que no pueden marchar sin su bastón. Y esta modalidad de su espíritu habíale impedido asimismo fundar amistades. Los amigos de un hombre casado no son por lo común sino la consecuencia de un déficit de afectos íntimos que buscan su compensación en el mundo exterior. "Yo" — hace decir Balzac a uno de sus personajes — "habría sido un gran público si Jannette no me hubiera inducido a ser un gran amante". Y razonaba bien el personaje de Balzac. No es preciso preguntar al mundano que almuerza en el club y come con sus amigos, qué grado de calorías tiene el hogar de donde proviene... Debe hacer en él mucho frío cuando el hombre necesita de estufas exteriores para alcanzar ese coeficiente de afectividad que el corazón parece necesitar con tanta urgencia como las plantas del sol.

Fué así cuando Mariano, a bordo del ultramarino que había de llevarlo a Europa, recibió la inesperada visita de María Luisa Durán, una amiga de la infancia que venía a decirle adiós, experimentó una viva emoción. Habían sido novios de niños; y su matrimonio con Lucía los había alejado entre sí definitivamente. Nunca más había vuelto a acordarse de ella; pero esta resurrección repentina de la ex prometida en el momento de la viudez y la partida, lo turbaba a todas luces. Así es la vida. La oportunidad de la reaparición de una mujer en el campo de nuestras sensaciones, suele ser de una elocuencia desconcertante.

Con todo, partió el hombre. Y en el barco, a solas con su dolor y sus recuerdos, hubo de advertir que María Luisa se entremezclaba demasiado a las añoranzas de la esposa muerta. Evocó los días anteriores a su matrimonio, durante la primera juventud. María Luisa no había cumplido entonces quince años, y él no había llegado a los veinte, lo cual no impedía que creyeran amarse muy sinceramente. Después el destino había hecho su obra; él se había alejado para no volver y había unido su vida a la de la pobre Lucía, mientras ella,

sitarlo por primera vez. Sus lecturas, que le habían permitido penetrar en el alma de la vieja villa, habíanlo familiarizado ya hasta con sus calles, sus plazas, sus monumentos. Era, como se ve, un hombre que merecía viajar. Porque es preciso decirlo: hay mortales, ¡casi todos los que llenan los trasatlánticos en marcha! que son indiscutiblemente indignos de abandonar el campanario donde nacieron. Viajan sin poseer la sensibilidad elemental que permite saborear el aspecto íntimo, el colorido auténtico, el alfa, en fin, de lo que se mira. Colocado



Fué así que cuando Mariano, a bordo del ultramarino que había de llevarlo a Europa, recibió la inesperada visita de María Luisa Durán, una amiga de la infancia que venía a decirle adiós, experimentó una viva emoción.

hija de una madre viuda, había sido después — esto lo sabía él un poco vagamente — protagonista de un noviazgo malogrado con cierto Aurelio Durán, primo de ella y muerto años atrás.

Estos recuerdos, en los que no habría caído seguramente a no mediar la ya explicada circunstancia de la presencia a bordo de María Luisa en el momento de la partida, habían alimentado suficientemente sus meditaciones de viajero solitario durante la travesía.

Las capitales del mundo, París, Londres, Roma, lo aprisionaron en su seno durante tres años. ¡París! Conociólo íntimamente antes de vi-

frente a nuestro viejo Cábildo, un europeo no verá en él sino un mal edificio; pero un hijo de la tierra tendrá la sensación de hallarse ante la casa paterna de sí mismo y todos sus connacionales; evocará sin quererlo el día lejano y grave; verá caer la lluvia sobre la plaza desmantelada, oír la voz de los animosos revolucionarios de corbata y cuello estilo Directorio hablando al pueblo desde el balcón, y se le antojará que para dar paso al sol de libertad que iba a asomar por aquellas ventanas coloniales, el de los cielos prefirió ocultarse y esperar...

Mas, para sentir esas emociones,

es menester hallarse en estado de familiaridad plena con lo que se contempla. Hay un hombre de Barbusse que recorriendo una fosca playa semidesierta, evoca al guerrero antiguo que la cruzara un día al frente de su tropa; y al imaginar que la vaina de su largo espadón chocó contra esa piedra que se ve ahí, oye el ruido metálico del choque y recoge en el tímpano la vibración del mismo... He aquí un mortal que era digno de viajar.

Y Mariano pertenecía un poco a esa categoría. Nada se extrañó, pues, que hallase, ya que no el olvido, al menos el consuelo, recorriendo los grandes emporios del arte y la belleza. No impunemente se acumulan emociones sobre el rescoldo de una gran amargura. Así se explica que al regresar y abrazarse de nuevo con su hija, uno y otro miraran más enérgicamente hacia el futuro que hacia el pasado. Y sus cuarenta y siete años se estremecieron de esperanza...

Lucía, la pequeña Lucía, en quien el culto por la madre muerta aumentaba en vez de disminuir, no previó nunca las consecuencias que para su propia vida había de tener la confianza con que recibió a su padre:

—¿Sabes quién me ha visitado mucho durante tu ausencia, velando por mí con una ternura que me tiene llena de gratitud?

—No...

—María Luisa Durán... Yo no la conocía sino por habértela oído nombrar algunas veces... A poco de tu partida, se me presentó en el colegio; y desde entonces hasta anteayer me ha visitado una vez por semana... ¡Qué buena es! Y habla de ti y se acuerda de mamá con un cariño...

Para un hombre como Mariano este episodio asumía los caracteres de una cosa definitiva. Era inesperado y fulminante, más aún que la visita a bordo nunca olvidada; y lo que había de conmover en la persistencia del rasgo generoso de aquella mujer, la regularidad de sus visitas durante esos tres años que habrían podido ser cinco, diez, toda la vida, se le antojó la síntesis de un poema silencioso y dulce que era preciso convertir en realidad.

Helo aquí, pues, al día siguiente, en casa de María Luisa, cuya madre había fallecido tiempo atrás y que vivía ahora sola con una vieja y respetable tía. Iba a darle las gracias por las bondades que había tenido para con su hija... Frisaba ya María Luisa en los cuarenta y dos años; pero la silueta fina y grácil no se había desfigurado con el tiempo, ni éste había logrado borrar de sus ojos aquella profunda expresión de dulzura que Mariano evocara muchas veces durante el viaje de ida.

Las visitas del padre agradecido empezaron a repetirse. Y un día — fué al caer de una tarde de invierno y en la penumbra propicia de una salita alumbrada por una lámpara de color violeta — Mariano dijo su frase decisiva:

—María Luisa... ¿quiere usted ser mi mujer?

Fué con una gran sorpresa que Mariano oyó de su amada una respuesta negativa. No... Eso que pudo ser antes, no podía ser ya... Era tarde... Ella creía haber hecho ya su camino en la vida... Lo había amado en la niñez y el destino los había separado... Después, había sido novia de su primo Aurelio y el episodio se había clausurado con la muerte de éste. Con-

servaba de Mariano un recuerdo gratísimo, y en la serenidad actual de su espíritu no cabían ya las palpitaciones de otro orden. Lo invitaba a seguir así, profesándose una amistad recíproca y profunda...

No se dió por vencido el padre de Lucía, y más de una vez renovó sus protestas de amor, pero hubo de chocar siempre con la misma negativa. Y al cabo de un año, durante el cual sus visitas a María Luisa habían empezado a ser menos frecuentes, ocurrió el fallecimiento de la vieja tía que la acompañaba. Fué con este motivo que Mariano sintió revivir su cariño por aquella mujer sola, cuyo porvenir parecía presentarse tan oscuro como el traje de enlutada que la cubría. Y fué entonces, ante la fervorosa insistencia de su amigo, que ella, tras muchas y muy largas vacilaciones, le dió el sí tantas veces reclamado.

Cuando Lucía se incautó de la noticia, hubo de cambiar sustancialmente sus sentimientos hacia María Luisa Durán y no ocultó a su padre la profunda contrariedad que le causaba ese compromiso y aún lo absurdo que le parecía un casamiento a tal edad...

Mariano capeó diestramente este pequeño temporal doméstico; y en una ceremonia sencilla y apacible se unió para siempre con la prometida de sus primeros años. Y fué feliz al lado de aquella mujer dulce, que embellecía con una vibración crepuscular la última etapa de su vida. Y transcurrido algún tiempo, padre, madrastra e hija se juntaron en la vieja estancia.

II

"La Lucía" era un establecimiento moderno que marchaba a las mil maravillas. Y para que nada le faltase, Mariano había encontrado en Carlos, un activo y laborioso muchacho, el colaborador ideal, ese que permite descargarse con plena tranquilidad de todo el fardo de las preocupaciones consiguientes. Lo había recibido como peón años atrás; y poco a poco, gracias a su inteligencia y su espíritu de iniciativa, había ido ascendiendo hasta convertirse en el mayordomo primero, el "medianero" más tarde y ahora el socio del patrón. Tenía veintitrés años y era vivaz y varonil. Un buen día habíase presentado al capataz pidiendo trabajo y afirmando que necesitaba del campo para reconstituir su salud. Se le había dado un sitio entre los peones y lo demás había sido obra de él mismo. Sano ahora de cuerpo tanto como de alma, era, amén del socio, el predilecto de Mariano y de María Luisa.

Nada de extraño entonces que llegase a serlo también de la dulce Lucía... Un noviazgo sereno, como son todos los que se hacen y desenvuelven en el campo, había precedido al fausto episodio del casamiento; y esta historia empieza el mismo día en que se celebra la boda.

Es un día de fiesta para todos en la estancia. Música, baile, flores, alegría. La peonada canta y bebe. Ya se ha celebrado la doble ceremonia civil y religiosa y ya los desposados han partido para la llamada "estancia chica" donde vivirán.

Aún quedan frente a las casas, bajo la arboleda que sombrea al jardín, muchos invitados que bailan. María Luisa y Mariano están cansados y desean que aquello concluya. Por lo demás, está cayendo

la tarde. Se han hecho a un lado y conversan.

—¡Cómo la vas a extrañar! — dice María Luisa.

—¿Y tú?

—Yo también, porque nunca le pagué en la misma moneda la mala voluntad que me tenía...

—¡Bah! Todas las madrastras se creen mal queridas por las hijas de su marido...

—Será — replica María Luisa — porque siempre las hijas del marido quieren mal a la madrastra...

cuando el capataz me trajo del pueblo... ¿te acuerdas?, a un muchacho medio enfermo que buscaba trabajo, que iba a concluir siendo mi yerno!... Desde que lo vi me gustó. Me acuerdo de que pensé: este muchacho será bueno para el futuro y tiene que haber sido bueno en el pasado...

María Luisa interrumpió:

—¡Siempre fué bueno!

—¿Lo conocías antes, acaso?

Un poco turbada, ella replicó que no, pero que él le había contado



Y ante la estupefacción de Mariano y de María Luisa, apareció Lucía. Los dos corrieron hacia ella...

—O porqué unas y otras se creen en el deber de mirarse con malos ojos aunque en realidad se tengan cariño... Lo esencial es que Lucía se ha casado con un muchacho que vale lo que pesa... ¿verdad?

—¡Ya lo creo! ¡Ni buscándolo con candiles hubiéramos encontrado un compañero mejor para tu hija!

Mariano miró hacia el horizonte y habló como en soliloquio:

—¡Lo que es la vida! ¡Quién nos hubiera dicho hace cuatro años,

muchas veces la historia de su vida. Aun agregó, con cierta melancólica aprensión:

—Me va a ser difícil llenar el claro que ella deja en esta casa.

Mariano se inclinó tiernamente hacia su compañera:

—Bien sabes cuánto te quiero y cómo has llenado la vida de este hombre demasiado viejo para ti...

—¡Demasiado viejo! ¡Deberás decir más bien demasiado bueno!

—Nunca — repuso gravemente Ma-

riano, — nunca se es demasiado bueno... Además, ¿con qué sino con bondad iba yo a pagar tu cariño? Te he contado muchas veces que hace años, en París, Madame de Thebes, la propia Madame de Thebes, me predijo que me casaría con la mejor de todas las mujeres... y no me engañó.

Mientras María Luisa y su marido prolongaban esta escena de ternura recíproca, ocurría entre los peones que aun quedaban de fiesta una cosa inesperada.

—¿No saben lo que sucede? — había dicho un paisano, echando pie a tierra de su caballo, frente al grupo de hombres y mujeres.

—¿Qué?

—¡Una cosa bárbara! ¡La niña Lucía se ha separado ya de Carlos!

El notición había caído sobre los circunstantes como un estampido... ¿Qué significa eso? ¿No hacía sino una hora que se habían desposado y ya se separaban? El recién llegado fué invitado a explicarse, y se explicó:

—Yo mesmo la vide... No es que me lo hayan contado... Iba sola, en un coche, rumbo del pueblo, llorando...

—¿Y el marido?

—En seguida me fui pa la estancia chica, a ver qué hacía don Carlos; y me contaron que había salido a campearla pal otro lao, pal lao del río, creyendo que hubiese agarrao pa allá. ¡Lo juro por esta cruz que digo lo que he visto!

Los oyentes no salían de su asombro. ¿Qué podía haber sucedido? Uno se atrevió a insinuar:

—¿Se lo contamos a don Mariano?

Y otro:

—No... mejor es que de afuera le den la noticia... Vámonos.

Y el grupo se había dispersado repentinamente, comentando cada uno a su manera el extraño suceso y pensando en la cara que pondría don Mariano cuando llegase a conocerlo.

Bajo el corredor de las casas, continuaban, entretanto los dueños de la estancia su plática cordial, cuando llegó hasta ellos, trémula de emoción, Petrona, la vieja mucama.

—¿Qué pasa, Petrona? — inquirió Mariano al verla llegar así.

—¡Señor, señor! ¡La niña Lucía está aquí! ¡Se ha vuelto de la estancia chica!

—¿Con Carlos?

—¡No, señor; sola, y llorando! Aquí la tiene...

Y ante la estupefacción de Mariano y María Luisa, apareció Lucía. Los dos corrieron hacia ella.

—¿Qué es esto? ¿Qué te ocurre? ¿Qué pasa?

María Luisa agregó anhelosamente:

—¿Le ha sucedido alguna desgracia a Carlos?

Lucía, sacándose de los ojos el pañuelo lleno de lágrimas con que los cubría, habló por fin:

—No volveré jamás al lado de ese hombre por nada del mundo... Mañana me iré de aquí también... Y no me pregunten más porque nada más les diré... Ahora quiero entrar a mi cuarto, quiero estar sola...

Y ahogada por el sollozo, entró... Mariano y María Luisa se miraron. Un rayo cayendo de súbito entre los dos no les habría producido una sorpresa mayor. Iban a hablar cuando apareció Carlos. Venía jadeante y su palidez denunciaba una emoción profunda.

—¿Qué ha sido?...

Carlos habló entrecortadamente:

—Llegamos a la estancia chica...

EL INSTINTO SOCIAL

El instinto social, merced a la fuerza de la selección natural, llega a impregnar de tal manera el ser todo entero hasta en sus miembros, que, si se corta una hormiga por la mitad, la cabeza y la parte del cuerpo que pueda andar todavía continúa defendiendo el hormiguero y llevando las ninfas a su asilo. He ahí un grado de impulso espontáneo que no ha sido alcanzado por la moralidad humana: sería necesario que cada fragmento nuestro viviese y muriese para el otro, y que nuestra vida se viera confundida hasta en sus más profundas fuentes con la vida social toda.

M. GUYAU.



Mis peones la recibieron con flores y vivas a la patrona... Entramos a casa... La dejé sola un momento en el escritorio, mientras yo despedía a las visitas, y cuando volví... no estaba. Se había ido por la puerta de atrás, dejándome este papel escrito con lápiz:

Y tendió un papel a don Mariano, que leyó en voz alta: "Eres indigno de mí, Lucía".

—¿Y qué más? — interrogó.

—No sé más — repuso Carlos. — Sólo sé que quiero hablar con ella. ¿Está en su cuarto?

Y como le contestaran afirmativamente, entró. Quedaron solos otra vez el padre y la madrastra, mudos de estupefacción, sin acertar a explicarse la razón de este golpe tan inesperado, tan brutal y anonadante. Y tras unos minutos de angustiosa expectativa, reapareció Carlos, aún más nervioso que antes:

—¡No he querido echar la puerta abajo! ¡Se niega a recibirme! ¡Su hija, señor don Mariano, parece no haber comprendido los artículos del código que le leyó esta mañana el oficial del Registro Civil, ni el juramento que hizo hace un rato ante el cura! ¡Se olvida también de que soy hombre capaz de hacerme respetar en mis derechos!

No necesitaba más don Mariano para erigirse ante su yerno:

—¡Estoy tan perplejo como usted; pero no ha de pretender que se la entregue maniatada como una ternera para que se la lleve al hombro!

—Conozco muy bien — contestó Carlos — mis derechos de marido.

—¡Y yo — gritó don Mariano — conozco mejor mis deberes de padre!...

María Luisa intervino. Era absurdo que riñeran ahora el padre y el yerno. Eso tenía que aclararse y se aclararía. No era el caso de agravar la situación perdiendo la calma quienes más la necesitaban.

—Usted sabe, Carlos — concluyó, — cuánto lo queremos aquí y con cuánta fe mi marido le ha entregado su hija... Tú sabes, Mariano, cómo es Carlos de noble, de generoso, de caballero...

Fué Carlos el primero en reaccionar.

—Sí—dijo, — tiene usted razón. Perdóneme, don Mariano. No puedo olvidar que usted no tiene la culpa de lo que me ocurre y que le debo todo lo que soy; pero lo que me está sucediendo es como para que uno pierda la cabeza...

Don Mariano le puso paternalmente una mano en el hombro:

—No la perdamos, Carlos, y desdiciémosle este enigma. ¿Mientras estuvo sola en el escritorio, habló con alguien?

—Con nadie... Pero acabo de averiguar lo que hizo cuando se fué. No vino aquí directamente; fué al pueblo primero y estuvo un largo rato hablando con el cura...

—¡El cura — interrumpió Mariano — nos dará la clave de todo! Venga, Carlos. No perdamos un minuto. Vamos al pueblo. Si pretendiera salir — agregó dirigiéndose a su mujer, — ordenarás al mayordomo que la acompañe. En marcha, Carlos.

—¡Quiera el cielo — dijo María Luisa — que el cura aclare este misterio!

Y mientras los dos hombres partían en busca de sus caballos, cayó en una silla y descansó la frente entre las manos.

III

El comentario que el suceso había encendido entre los peones y las mozas que habían acudido a la fiesta, tan inopinadamente interrumpida, era, como va a verse, harto curioso; y las emulaciones que había despertado la carrera rápida y feliz de Carlos, encontraron una oportunidad para ponerse de manifiesto. Los hombres que avanzan en la vida más aceleradamente que los otros son, sin disputa, los que mayor suma de auspicios concitan mientras el avance dura; pero son también los que provocan mayores denuestos cuando un tropiezo cualquiera los detiene en medio del camino. Es entonces cuando los panegiristas de la víspera arrojan la careta y se cobran en improprios oportunos lo que antes habían derrochado en hipóboles y aplausos.

MI AMOR

Para FRAY MOCHO.

Mi amor es como un niño dolorido que añora el beso de la madre ausente; es lo mismo que un pájaro perdido y es un beso de fe sobre una frente.

Llega a mi pecho triste y silenciado y a solas con su drama monologa, y se abisma en el sueño del ahorcado que vió la muerte sin mirar la soga.

Mi amor es el gemido de la orquesta, es la lluvia de flébiles otoños y es dolor de una niña que en la fiesta por vez primera desató sus moños...

En un crujir de sedas perfumadas, un llamado a la vida que retorne, y una queja de vírgenes domadas bajo el beso del sátiro bicorne.

Es un goce de harem. Tu carne rubia domina la obsesión de sus antojos, y en su noche, es como una esclava rubia suspensa en el lucero de tus ojos.

Y es, danzando en el lírico tinglado, ángel que sufre y fiera que acomete; pero, al fin, es un niño desolado ¡al que otro niño arrebató un juguete!

EDUARDO MARIA DE OCAMPO.

Se diría que la sinceridad no está nunca en el fondo de estos últimos, y que nada la traduce tan acabadamente como la ocasión de cebarse en un caído. Las envidias disimuladas, los escozores ocultos, la rabia interior que encendiera, sin ser vista, el éxito de la víspera, estallan en ese momento con una furia de torrente contenido largo tiempo. ¡Poder cebarse en el que ayer nos obligaba al elogio! ¿Existe acaso venganza mayor para la miseria moral que constituye nuestra levadura?

He aquí a los peones de Mariano mordiendo jubilosamente a Carlos. ¡Cómo no había de abandonarlo su mujer apenas lo conoció de cerca, si es un monstruo! ¡Qué otra cosa que un advenedizo sin conciencia podía ser ese pequeño bandido que

ayer llegó a "La Lucía" con una mano atrás y otra adelante, y hoy es socio del infeliz don Mariano! ¡Alguna vez habíamos de darnos cuenta de lo que era ese tipo!

Cada uno puso su hipótesis explicatoria en el fuego donde ardía el encono común; y fué Nicasio, un peón de esos que se hacen oír cuando hablan, quien dió por fin la explicación que satisfizo a todos:

—No sé cómo no se han dado cuenta... Lo que hay entre dos platos es que Carlos era el amante de María Luisa (María Luisa era para ellos otra advenediza) y la muchacha lo ha descubierto en seguida de casarse, vaya uno a saber cómo...

—¡Oiganle a la mosca muerta! — barbotó uno. — ¡Y tan pegada que parecía a su marido!

—¡Por eso se la pegaba! — replicó otro; y un tercero, menos ve-

sio, que con tanta facilidad le atribuía ahora el delito de un adulterio, no podría menos que recordar, haciendo memoria, que cuando estuvo enfermo en su rancho, sólo y sin perro que le ladrara, ella fué a curarlo con una generosidad digna de mejor suerte.

Replicó Nicasio que lo uno no tenía nada que ver con lo otro; que los hechos estaban demostrando cómo él decía la verdad, y que Berta, la mucama que hasta hace poco había prestado servicios en la estancia, los había encontrado una vez a ella y a él en cierto rincón del jardín, hablando en voz muy baja y tratándose de vos... Quiso el otro ensayar alguna insistencia en defensa de la patrona; pero las afirmaciones de Nicasio habían logrado apoderarse de los oyentes y su explicación del suceso mereció el apoyo de todos.

Entretanto, María Luisa, que continuaba sentada en el corredor esperando la vuelta de su marido, recibió una visita inesperada.

—Buenas tardes — oyó decir a su lado; y cuando alzó la cabeza se encontró con el propio señor cura, que se había desenchinado con Mariano y con Carlos y venía a hablar con ella. Su sorpresa subió de punto cuando aquél, luego de explicarle el desencuentro, le añadió que lo celebraba porque esa circunstancia casual le permitiría hablar a solas con ella.

Era un fraile alto y magro, de cabellos grises, bueno hasta más no poder y lleno de contricción.

—Estamos confundidos con lo que sucede — le dijo María Luisa, — y esperamos que usted nos aclare el misterio... Sabemos que Lucía habló con usted apenas abandonó la casa de su marido...

—Se limitó a decirme que ha sufrido un desengaño terrible y se ha dado cuenta de que Carlos no la ama, ni la respeta... Quizá yo, adivinando lo que la infeliz callaba, habría podido tranquilizarla inmediatamente, explicarle la verdad, serenar su espíritu...

—¿Y por qué no lo hizo?

—Porque habría tenido que hacer uso de una confesión recibida por mí de labios de otra mujer...

—¿De labios de qué mujer?

—Una confesión de usted, señora...

María Luisa se estremeció.

—Empleo a comprender — dijo, mientras una angustia indescriptible le velaba el semblante.

—Sí — agregó el cura; — Lucía cree una monstruosidad; no me lo ha dicho, pero yo lo afirmaría...

—¿Cree — inquirió temblando María Luisa — que Carlos y yo?... —

—Sí. Eso cree.

—¿Y qué debo hacer, señor cura, qué debo hacer?

—¡Hablar! ¡Hablar sincera, honradamente! ¡Decir toda la verdad! — Por lo menos, a Lucía...

—¿Y a quién?

Luego se irguió el fraile para añadir con gravedad mística:

—Y sean cuales sean las consecuencias que traigan para usted esa confesión, sepa que yo, su pastor, en nombre del Dios que me inspira y me guía, la absuelvo, María Luisa... la absuelvo...

Entró en seguida al cuarto de Lucía y tras unos minutos reapareció con ella.

—Hablen — dijo dirigiéndose a las dos, — mientras yo regreso a mi puesto y rezo por una y otra...

Y se alejó lentamente, dejando solas a las dos mujeres. Fué un

diálogo agrio y penoso el que sostuvieron. Caía la tarde, y las sombras crepusculares invadían el monte cercano. Fué Lucía la primera en hablar:

—Me acaba de decir el señor cura que quieres conversar a solas conmigo...

—Sí... Espero que ya tus nervios se habrán calmado...

—¿Que mis nervios se calmen o no se calmen es cosa que no te interesa!

—Todo lo tuyo — contestó dulcemente María Luisa — me ha interesado siempre...

—¿Que lo mío te ha interesado siempre, es una cosa cierta, bien cierta; esta vez has dicho la verdad!

María Luisa recibió la ironía en pleno pecho; pero su rostro se suavizó todavía más.

—Si hablaras conmigo francamente — díjole, — tal vez yo pagara tu franqueza con otra mayor...

Silbante y agresiva, de pie junto a la madrastra y vibrando toda entera de indignación contenida, Lucía dió su respuesta:

—¿Te sientes capaz de oír la verdad?

—¡Sí!

—¿Te empeñas en saber por qué he hecho esto?...

—¡Sí!

—...¿Por qué he abandonado a mi marido y estoy resuelta a no volver nunca más a su lado?

—¡Sí!

—¡Pues oye!

Aun se aproximó más a la madrastra, que continuaba sentada. Miró en derredor, y con una voz queda y quemante, le habló así:

—Cuando mi padre, que es un santo, cometió el error de volverse a casar, no vi en ti sino una intrusa que usurpaba el sitio de mi madre... Iba, acostumbrándome, sin embargo, a tu presencia, cuando me comprometí con Carlos. El primer anónimo que recibí me anunciaba que Carlos no venía a esta casa por mí, sino por tí...

—¿Y pudiste creer? — gimió María Luisa.

—Te consta que no lo creí. Si lo hubiera creído, no me habría casado; pero me quedó la duda horrible que yo misma procuraba arrancarme del fondo del alma... Después, aquella mucama Berta que despediste hace seis meses, me juró que te había encontrado hablando a solas con Carlos y tratándole de tú... Tampoco quise creer; pero lo que he visto hoy por mis propios ojos...

—¿Qué has visto hoy, desgraciada? — interrumpió María Luisa con una voz que no parecía la suya, una voz serena y profunda que se diría surgida del fondo mismo de su conciencia.

—Casi sin quererlo — prosiguió Lucía, — abrí hoy un cajón del escritorio de Carlos y tropecé con dos retratos tuyos dedicados a él con palabras de tal ternura, que no necesité averguar más...

Ocurrió en aquel momento una cosa inesperada y terrible. Mariano y Carlos reaparecieron a espaldas de las dos mujeres, sin ser vistos por ninguna de ellas. Y oyeron. Oyeron las últimas palabras de Lucía y estas otras, que la muchacha lanzó sordamente a la faz de su madrastra:

—¡Eres la querida de Carlos! ¡Has manchado el nombre de mi padre y el mío! ¡Has ultrajado sus canas y has desecho mi vida! ¡Te

desprecio, te odio, y te maldigo!

—¡Basta, por Dios! — exclamó María Luisa, — y oye mi confesión...

Mariano no pudo contenerse y avanzó: avanzó hacia su mujer, demudado y trágico, mientras Lucía, aterrada, se cubría el rostro con las manos.

—¡Lo confiesas, entonces, miserable! ¡Eres una vil ramera que mi estupidez había levantado hasta mí!

En alto el brazo, iba a esperar la

cómo fué mi madre y por qué lo fué! ¡En mi presencia, ni usted ni nadie ha de ofenderla!

Como aturrido por un golpe que le hubiese partido el cráneo, guardó Mariano un silencio de algunos segundos. El estupor le había convertido en ascuas las pupilas y una ola de sangre le encendía el rostro. Miró a su mujer; y con una voz que era mitad imprecación, mitad gemido, le dijo:

—¡Habla! ¡Te lo mando!

—Hablaré — repuso María Lui-



—Y sean cuáles fueren las consecuencias que traiga para usted esa confesión, sepa que yo, su pastor, en nombre de Dios, que me inspira y me guía, la absuelvo, María Luisa... la absuelvo....

respuesta de la compañera de su vida cuando Carlos se interpuso entre ella y él con un monosílabo energicamente lanzado:

—¡No! — dijo.

—Y vos — le rugió Mariano volviéndose hacia él, mientras instintivamente buscaba su revólver en el tirador, — vos salís en defensa de tu prenda, canalla!

—¡Yo — gritó Carlos — vengo a ponerme del lado de mi madre!

—¿Qué!

—¡Mi madre, sí! ¡Y yo la amparo contra cualquier avance y la defiendiendo contra cualquier ultraje! ¡Sé

sa, — pero a solas contigo.

—¡Váyanse! — ordenó Mariano a los recién casados.

Obedecieron ambos, pero no sin que antes Carlos, aproximándose a María Luisa y en un tono que tenía a la vez algo de desafiante y algo de tierno, le dijera:

—Estoy ahí, madre. Nada tema. Y se alejó unos pasos hacia el jardín, arrastrando a Lucía.

IV

Las sombras envolvían ya el panorama y algunas estrellas empezaban

a titilar allá abajo. María Luisa había adquirido una serenidad casi ultraterrena. Las lágrimas habían desaparecido de sus ojos; y como si una súbita determinación interior la hubiese transfigurado, daba, en este momento solemne de su existencia, la impresión de una mujer que no fuera sino el eco póstumo de sí misma. Fué así que su voz adquirió una suavidad imprevista cuando empezó a hablar:

—Reclamo toda tu calma... No voy a hacer mi defensa, sino mi confesión, una confesión que hace años hice al cura que acaba de casar a Lucía y que nunca tuve valor para hacerte también a tí... Cuando nos casamos, yo era madre de un niño... Nadie lo sabía; ni él mismo. Sólo estábamos en el secreto la que fué mi madre, el miserable que me sedujo, y yo... Si mis instintos maternos no hubieran sido tantos y tan fuertes, nunca se habría sabido nada. El padre murió a poco de dar yo a luz; y años después de nuestro casamiento, años después...

Carlos tenía entonces 13 años y yo había velado por él desde lejos sin que él supiera quien era la autora de sus días, — tuve noticias de que se moría. Estaba en un hospital. Y allí, ante su cama de enfermo, una tarde en que pareció que iba a cerrar sus ojos para siempre, le confesé mi maternidad, para que en la hora de la agonía recogiera el consuelo de pensar que una madre iba a quedar llorándolo silenciosamente en la tierra... Pero Dios no quiso llevárselo y continuó viviendo. Más tarde, la casualidad, la providencia, el destino, lo trajo a estos campos. Tú hiciste de él tu preferido, llegaste a convertirlo en tu socio y le entregaste por fin a Lucía. Cuando alguna vez le preguntaste quiénes habían sido sus padres, te contestó que lo ignoraba. Y esto sucedió así porque Dios lo quiso. Yo no había hecho nada para que sucediera.

Mariano había escuchado sin moverse, inclinada la cabeza y clavados los ojos en el suelo.

—¿El nombre del padre! — dijo.

—Mi primo Aurelio...

—¿Engañar a un hombre que te brindaba el más santo de los cariños! ¡Manchar una vida hecha en el bien y en el trabajo, hecha a fuerza de hundir la energía en la adversidad, como el buey en la tierra su pezuña para cinchar más fuerte! ¡Hacerme poner rojo de vergüenza en la vejez y obligarme a seguir solo, barranca abajo, el tiempo que me queda de vida y de bochorno!

María Luisa volvió a hablar:

—Una gran culpable... Lo sé. Debí habértelo confesado antes de casarnos, pero me faltó valor. Por eso no te podía explicar la causa de esos llantos en que solías sorprenderme... Y ahora que te lo he dicho, me parece que pertenezco a Dios solamente. Y me consuela pensar que la verdad, la terrible verdad, hará que no se malogre el hogar de esas dos criaturas...

Mariano miró hacia el jardín. Ahí estaban, entre la sombra, Carlos y Lucía.

—¡Vengan! — dijo.

Los dos se acercaron; y dirigiéndose a Lucía:

—Lo sabes todo... ¿Qué dices ahora?

—Que sólo me entristece — contestó Lucía — que mi felicidad empiece con tu dolor...

—Quiero — agregó Mariano con

La verdadera misión...

de las mujeres es socorrer a los que luchan solos. Su deber es proteger a los heroísmos angustiados. No deben acudir sino a los perseguidos; que reserven sus dulces miradas, sus cintas, sus ramos de flores, para el caballero herido en la arena; pero que rehúsen un aplauso al vencedor felón que debe su triunfo a la trampa.

Todo está perdido, todo ha acabado en un país en que los renegados son protegidos por las mujeres; porque sólo las mujeres pueden aún mantener en el corazón de los hombres, puesto a prueba por todas las tentaciones del egoísmo, esa sublime demencia que se llama el valor, esa ingenuidad divina que se llama la lealtad.

MADAME DE GIRARDIN.

una inesperada energía — que sean felices ustedes dos... Que se vayan juntos para siempre a la estancia chica... Que yo los vea irse...

Lucía avanzó entonces hacia su madrastra y le tendió la mano.

—¡Perdón, madre! — le dijo.

—¡Gracias, hija! — contestó María Luisa estrechándola en sus brazos, mientras Carlos, dirigiéndose a ella le decía:

—Si has de abandonar algún día la estancia grande, la chica estará siempre abierta para ti... ¿Verdad, Lucía?

—¡Sí! — repuso Lucía con firmeza.

Y volviéndose a Mariano, agregó Carlos:

—Adiós, don Mariano. Que Dios vele por todos nosotros.

Y partieron. Partieron como dos flores emergidas del escombros, como dos ilusiones nacidas de un derrumbamiento. Solos con su propio dolor, los dos vencidos guardaron un largo silencio. Fué María Luisa quien osó romperlo:

—Te conozco bien, Mariano, y sé cuál es la resolución que vas a tomar...

—¿Cuál?

—Perdonarme...

—¿Qué otra cosa podría hacer yo! — suspiró, más que dijo el infeliz.

—Y ya — añadió María Luisa con un tono cuya dulzura no lograba sustraerla lo que había en él de firmeza, — yo no acepto ese perdón...

—¿Qué!

—No aceptó ese perdón y te suplico que me oigas sin irritarte... A partir de este día, tú y yo, que fuimos dichosos, seríamos doblemente desgraciados... Tú no po-

drias ver en mí sino a una culpable perdonada, y yo no podría ver en ti sino a mi propia víctima... Si he sido capaz de hacer tu felicidad sobre la base de una ocultación, no soy capaz de labrar tu desventura sobre la base de la verdad... Verte temblando de cólera y alzando sobre mí tus dos puños; recibir tu maldición y tu castigo... ese

—Írme. Mi misión junto a ti ha concluido...

—Írte... ¿Y adónde? Yo no te perdono ni te condeno. Sigo no más. Y tú tendrás que imitarme. A esta altura de la vida, cuando está muriendo el día, cuando está anocheciendo en el alma, no se rectifica el pasado, ni siquiera el presente. No hay más remedio que seguir

A LUCASTA

No me llames cruel porque el encanto
de tu cariño dejo;
no me llames cruel, bañada en llanto,
porque a luchar, cual paladín, me alejo.

Un astro nuevo en mi sendero luce,
tengo otra nueva amada.
Un nuevo amor mi corazón seduce:
el acero fulgente de mi espada.

Mas mi inconstancia que te arranca llanto,
perdonarás un día:
sabrás al fin que no te amara tanto
si no amara el honor más todavía.

LOVELACE.

sería para mí un dolor soportable; pero verte como ahora, inclinando la frente ante el dolor y doblegándote bajo la angustia; verte así, siempre así, yo que te quiero... es un suplicio superior a mis fuerzas... ¡No me condenes a ese martirio, por favor, Mariano!

—¿Y qué quieres hacer?

andando, aunque sea con el dolor a cuestas. ¿Que una gran sombra nublará lo que nos queda de vida? ¿Qué vamos a hacerle! Salirse a estas horas del camino sería perderse en la Pampa... ¿Adónde iríamos, tú con tu conciencia y yo con mi soledad? Si te esperan, si nos esperan, horas tristes de silencio y

Los cambios de temperatura

producen resfriados, tos y catarros. Evite estos males tomando las insuperables

Pastillas RIN-RIN

PRECIO DE LA CAJA CHICA, \$ 0.45.
DE LA CAJA GRANDE, \$ 1.
VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

de amargura... ¿no te parece que le debes a tu pasado la expiación de aceptar esas horas?

Hablaba serenamente, como si la calma de la culpable se le hubiera contagiado y la resignación lo hubiese transfigurado también a él.

Ella cayó de rodillas, vencida por la lógica dolorosa del hombre que la perdonaba; y mientras besaba sus manos y las cubría de lágrimas, sólo acertó a repetirle como mecánicamente:

—¡Hágase tu voluntad, hágase tu voluntad!

Y en tanto que él se inclinaba a su vez ante el destino implacable, llegó hasta las casas, sonora y alegre, la voz de un peoncito que ignoraba lo ocurrido por haber permanecido todo el día fuera de la estancia y que desde el galpón cercano echaba al aire una "huella" que pareció compendiar irónicamente la amarga filosofía del desventurado y encerrar en cuatro versos campesinos las recientes expresiones de su resignación:

—¡A la huella, a la huella
mal que te pese,
que es preciso ir por ella,
mi vida, cuando anochece!

El maíz, vencedor del desierto, levantando sus millones de penachos como un ejército de valientes, no dejaba ver bien el rancho, oculto en la ribera del río.

La áspera tierra se volvía mansa y tranquila bajo la acción de las raíces forcejeantes. El soplo de la primavera corría avivando el instinto que hace tejer su cesto al gusano y a la flor enarcar el agitado estigma. Las yeguas, altas las ancas bañadas de sol, vagaban en raudos galopes, perseguidas de lejos por potros salvajes.

Las pitas alzaban sus columnas cilíndricas, en cuya copa iba a desarrollarse en breve el verano un cosmos de oro.

Sólo Juan, sordo al vital ejemplo, permanecía insensible en la puerta del rancho. Sólo él sentía una negra tristeza que amarilleaba su recio semblante.

Por eso no vio llegar por el polvoroso sendero una cabecita de niña, una jovencita apartando los pastos sin causar ruido. Venía dulcemente, sosteniendo una pequeña batalla, apartando los nutridos hilos fibrosos que le atajaban el paso venciendo aquel verdor tapizado a trechos de amapolas, vírgenes cálidas que llevan en su seno el ensueño.

Avanzaba la cabecita rubia, ostentando un sombrero de paja. A veces la tapaban los pastos como si fueran olas, y luego otra vez reaparecía, sobrenadando en el verdor, envuelta en la aureola del día.

Juan sintió angustia, casi miedo, cuando la miró cara a cara. Era una alba visión y se presentaba a sus ojos ceñido el talle por una cin-

AMOR QUE PASA

Por Victor Arreguine

ta roja. Si alguna vez la abuela Mitología le hubiese hablado de las ledas ninfas, creyérala la Ceres joven, surgiendo de los prados en flor, la diosa de los trigos, hendiendo el aire con su figura cándida.

Al verla, quedó en éxtasis. Ella lo había mirado con su luz de estrella, turbándolo todo, y él la vio alejarse, lentamente, lentamente, bajo el arco de triunfo del firmamento, y sintió que su vida quedaba encadenada a lo imposible.

No lejos del rancho de Juan levantábase la casa blanqueada de don Hipólito, viejo veraz y tomador de mate, casa en que se festejaba todos los años a San Isidro, patrono de los campos sembrados, casa también donde se respiraba un aura de salud y de cariño, que no podía emanar sino de dos lindas triqueñas, siempre con grandes rosas, o cintas de colores, en las matas capitosas de sus cabellos.

A fuerza de pasar a caballo por

Busquemos las riquezas en nosotros mismos.

—Aprendamos a vivir con templanza, a refrenar la lujuria, a vencer la gula, a mitigar la ira, a mirar con buenos ojos la pobreza, a amar la sobriedad, a satisfacer los deseos naturales con cosas fáciles y de poca costa, a tener como debajo de llave las esperanzas falsas y reprimir el ánimo deseoso de vanidad; y, finalmente, a buscar las riquezas no en la fortuna sino en nosotros mismos.

SENECA.

"las casas", Juan llegó a detenerse en ocasiones bajo la fresca ramada y aun a departir, sobre algo más que los vaticinios del tiempo, con el viejo hacendado.

Hablaban de la guerra una tarde, de la roja guerra en cuchillas y llanos, cuando aparecióse la menor de las morochas.

En un arbolito próximo cantaba un cardenal de rojo copete; lejos, el rojizo polvo, se contorsionaba como un payaso, en los bajos; ardía la tarde; la bóveda celeste mentía la copa de caolín de un horno infinito. Juan pidió un jarro de agua, que le alcanzó Filomena, tan encendida como una nube de fuego que flotaba en el Occidente.

Más adelante, las lunas de enero vieron algo que no quisieron revelar a las auras, y el rugoso ombú supo también de una pasión y se regocijó esperando ser testigo de un nuevo idilio, más grato para él, por tratarse de una morocha a quien hubiese podido llamar su biznieta. Pero fué vana la esperanza del pobre árbol viejo, que oyó en una ruborosa mañana la desdeñosa despedida del mozo:

—Me voy del pago, Filomena, porque no te quiero perder y... para que me olvides.

Sin embargo, de parte de la muchacha la despedida fué más tierna y fué regada con llanto. Juan se alejó y al estar a dos o tres cuerdas refrenó su caballo para volver el rostro por última vez. Divisó a Filomena, le mandó su adiós con la mano y picando espuelas se alejó cantando tristes versos de amores, que oyeron indiferentes las salvajes pitas del camino.

A las tres de la mañana, despertóme mi propia impaciencia. Cuando fuera día saldríamos, llevando nuestra tropa, camino al desconocido. Aguanté en lo posible mi turbulencia, diciéndome las múltiples obligaciones, en las cuales una falla sería luego castigada severamente. Recordé que mi recado estaba en el galpón de los padrillos, donde lo había dejado por su proximidad con el palenque. El petizo reservado para mis primeras horas estaba en el corral, mientras su compañero y mi nueva adquisición, debían encontrarse en compañía de la tropilla de Goyo. Las mudas que había dispuesto llevar yacían apiladas a los pies de mi catre. ¿Tabaco?... tenía un paquete de picadura y papel para armar.

Hecha mi revisión de haberes, me sentí feliz rememorando cómo los preparativos de ese primer viaje fueron fáciles para mí. El patrón me había hecho entregar los veinticinco pesos de mi sueldo mensual, con los cuales pude pagar el potrillo, sobrando para "los vicios".

¿Qué más quería? Tres petizos, de los cuales uno chúcaro que podía reservarme una mala sorpresa, es cierto, recado completo con su juego de riendas y bozal, su manea, lonjas y tientos, ropa para mudarme en caso de mojadura y buen poncho que es cobija, abrigo e impermeable. Con menos avíos, a la verdad, suele salir un resero hecho.

Concluido aquel recuento, al tiempo que anudaba las alzaprimas de mis espuelas, me incorporé satisfecho, echando, no sin tristeza, una mirada a mi cuartito y al catre, que quedaba desnudo y lamentable como una oveja cuereada. Adiós vida de estancia, ya veríamos lo que nos reservaban los caminos y el campo sin huellas.

Con las dos mudas envueltas en el poncho, puesto en la cintura, salí andando de a pedacitos hasta afuera y me detuve un rato, porque la noche suele ser traicionera y no hay que andar llevándosela por delante.

Respiré hondamente el aliento de los campos dormidos. Era una oscuridad serena, alegrada de luminarias lucientes como chispas de un fuego ruidoso. Al dejar que entrara en mí aquel silencio me sentí más fuerte y más grande.

A lo lejos oí tintinear un cencerro. Alguno andaría agarrando caballo o juntando la tropilla. Los novillos no daban aún señales de su vida tosca, pero yo sentía por el olor la presencia de sus quinientos cuerpos gruesos.

De pronto oí correr unos caballos; un cencerro agitó sus notas con precipitación de gotera. Aquellos sonidos se expandían en el sereno matinal, como ondas en la piel somnolente del agua, al golpe de algún cascote. Perdido en la noche, cantó un gallo, despertando la simpatía de unos teros. Solitarias expresiones de vida diurna, que amplificaban la inmensidad del mundo.

En el corral, agarré mi petiso, algo inquieto por el inusitado correr de sus compañeros libres. Al ponerle el bozal sentí su frente mojada de rocío. Sobre el suelo húmedo oí rascar las espuelas de Goyo que andaba buscando alguna prenda.

—¿Güen día, hermano—dije despacio.

—¿Güen día.

—¿Se te ha perdido algo?

—Ahá, el arriador.

Don Segundo Sombra

Por Ricardo Güiraldes

(Del libro de este título, recientemente aparecido)

—¿Cuál?

—El cabo'e plata.

—Está en el cuarto contra del baúl.

—¿Vi a alzarlo.

—¿No matiamos?

—Aurita.

Mientras Goyo buscaba su arriador, ensillé chiflando mi petiso que dormitaba, gachas las orejas, resolviendo a intervalos con disgusto.

Cuando entré a la cocina, estaban ya acompañando a Goyo, Pedro Barrales y Don Segundo.

—¿Güenos días.

—¿Güenos días.

Horacio entró descoyuntándose a desperezos.

—Te vah'a quebrar — rió Goyo.

—¿Quebrar?... Ni una arruguita le vi a dejar al cuerpo.

Silencioso, Valerio transpuso el umbral, dirigiéndose a un rincón, donde en cuclillas se calzó de un brillante par de lloronas de plata. Después rodeamos el fogón y el mate comenzó a hacer sus visitas.

Cada cual vivía para sí y mi alegría de pronto se hizo grave, contenida. Un extraño nos hubiese creído apesadumbrados por una desgracia.

No pudiendo hablar, observé.

Pedro Barrales se asomó hacia la noche, dió un sonoro rebencazo en un banco y dijo con mueca de resignación:

—Me parece que a mediodía, el sol nos va a hacer hervir los caracues.

De un movimiento coincidente salimos sin necesidad de ser mandados. Las espuelas resonaron en coro, trazando en el suelo sus puntos suspensivos. La noche empezaba a desmayarse.

En el palenque tomamos cada cual su caballo y salimos tranquilando por la playa.

—Goyo — dijo Valerio — andá sacando los caballos... nosotros vamoh'a buscar la tropa... Vos, muchacho, seguilo a Goyo. Ya es güeno que nos movamos.

Por primera vez el capataz daba una orden y esto era como un paréntesis abierto para el arreo.

Valerio, Horacio y Barrales galoparon hacia un potrero cercano, en que se vela confusamente el bulto de los novillos echados. Goyo y yo abrimos la tranquera del corral, dejando salir las tropillas que pronto hicieron familia, cada cual con su madrina, cuyo cencerro les sirve de voluntad.

Algo de nuestro ayer...

La plaza y los naranjos encendidos, con sus frutas redondas y risueñas. Tumulto de pequeños colegiales que al salir en desorden de la escuela, llenan el aire de la plaza en sombra con la algazara de sus voces nuevas. ¡Alegría infantil, en los rincones de las ciudades muertas! ¡Y algo nuestro de ayer, que todavía vemos vagar por estas calles viejas!

ANTONIO MACHADO.

Todos me parecían más grandes, más robustos y en sus ojos se adivinaban los caminos del mañana. De peones de estancia habían pasado a ser hombres de pampa. Tenían almas de reseros, que es tener alma de horizonte.

Sus ropas no eran las del día anterior; más rústica, más práctica, cada prenda de sus indumentarias decía los movimientos venideros.

Me dominó la rudeza de aquellos tipos callados y, no sé si por timidez o por respeto, dejé caer la barbilla sobre el pecho, encerrando así mi emoción.

Afuera los caballos relinchaban.

Don Segundo se puso en pie, salió un momento, volvió con un par de riendas tiocas y fuertes.

—Traime un poco de sebo, muchacho.

Lentamente untó el cuero grueso con la pasta, que a las tres pasadas perdió su blancura.

Valerio acomodó una poca ropa en su poncho, que ató en torno a su cintura, sobre el tirador.

Fuése calmando la tropa hasta formar una sola masa de movimiento, de la cual yo era el principio tallado en punta.

En mi aislamiento y mientras el amanecer iba haciendo su obra, me sentí de pronto triste. ¿Por qué? Tal vez fuera un detalla del oficio. Hoy en la cocina, antes de la partida, no había oído ninguna risa, sorprendiéndome por el contrario, la seriedad de las expresiones. ¿Sería porque dejaban algo detrás suyo? ¿Sería un pasajero momento de duda al iniciar la tarea, en que corrían el albur de no volver más a sus pagos, a sus familias? No conociendo lo que era de extrañar la querencia, explicábame a medios los sentimientos nostálgicos. ¿Sería entonces, por las chinas y los guachitos? ¿Y qué tenía yo que ver con eso? Una carita olvidada en el trajín de mi partida, se presentó nítida a mis ojos. Aurora.

Aurora, pensé, ¿qué tenía que ver conmigo sino el compartimiento de un juego sin mayor pasión, dada nuestra rudimentaria sensualidad.

Sin embargo, la imagen no retrocedió ante mi pensamiento. ¿En qué andaría a esas horas? ¿No estaría triste, a pesar de la sonrisa con que me había despedido la noche antes, en el maizal?

Idear una expresión de llanto en su pequeño rostro hecho de alegría, me echó en un repentino enternecimiento.

"Chinita", dije casi fuerte, y mordí la manijera del rebencue mirando hacia adelante, para abstraerme en otra cosa.

El día se iba preparando hacia el Este con vibración potente. Mi petizo escarceaba seguido como llamando la madrugada. Ya un pájaro tendía el vuelo sobre la llanura.

Los recuerdos de mis últimas dos horas en la estancia, parecían empaparse de finura y lejanía.

Al día siguiente de mi primer encuentro con Aurora, había ido a hacer efectiva mi compra, y de vuelta la encontré en el mismo lugar, pero esa vez hosca.

—¿Güenas tardes.

—¿Güenas.

—¿Estah' enojada?

—No he de estar. Anoche por culpa tuya, he perdido una sortija entre el maíz y manía me ha pegao una paliza.

—¿Querés que la busque? — pregunté, no sin malicia.

—¿Te acordás dónde jué?

—Como no me vía acordar, preciosa.

—Sonso.

Después, juntos habíamos buscado la pequeña joya y habíamos encontrado nuestros juegos.

Esa tarde no me había reñido, y al apartarnos, no fui yo quien dijo: —Mañana te espero.

Pobre chinita, aquel mañana había sido nuestro último encuentro.

Distrajome de mis pensamientos la cruzada del río. Volvió a formarse el remolino y el griterío osciló la tropa asustada, hasta que los primeros novillos se echaron al agua. Llenóse de espuma, de risas y roturas, la corriente arisca; salimos a la otra orilla con las cinchas goteando y alguno que otro salpicón en las bombachas.

Sobre la tierra, de pronto oscurecida, asomó un sol enorme y sentí que era yo un hombre gozoso de vida. Un hombre que tenía en sí una voluntad, los haberes necesarios del buen gaucho y hasta una chinita querendona que llorara su partida.

Las actividades de la política se caracterizan por los rasgos propios de los sujetos que intervienen. Por eso exhibe la doble compenetración que traduce el ambiente en el hombre y el hombre en el ambiente. Cuando la atmósfera se encuentra caldeada, en las vísperas de una batalla electoral, por ejemplo, predomina casi siempre el hombre de acción. En cambio, pasada la lucha, después del triunfo o la derrota, aparece el deliberativo, que tiene la ventaja del soliloquio que plantea problemas sin resolver y promueve dificultades sin eludirlos.

El hombre de acción se halla siempre resuelto a imponer resoluciones extremas. Para él, la meditación y el raciocinio son rémoras que impiden la acción. De ahí, las fórmulas y procedimientos que propone, la intemperancia de sus palabras y la movilidad de sus puntos de vista. Sin duda refleja con ello la tendencia étnica, unilateral e intransigente, que no admite la deliberación amable y la cordialidad doctrinaria que orienta la acción y concreta las energías con el valor positivo de los hechos. El hombre de acción es siempre un hombre de acción, aunque en la hora que se requiera la energía que engendra una actitud no tenga el valor indispensable para suscribir su propio mandato.

He conocido muchos hombres de acción en el país, durante los procesos electorales cuyas consecuencias han modificado algunas veces el preconcepto inicial. De la enumeración, elimino ciudadanos de primera fila, cuyas cualidades sobresalen en contra y en favor de la acción, para recordar al hombre de acción suburbano que vale por la forma imperativa con que pregonaba la opinión que pretende imponer. Con ella, según sus propias palabras, podría modificar en veinticuatro horas la situación, transformando la derrota en triunfo o engañando con su habilidad al adversario. En ese ambiente, que oscila al margen de la cultura, el hombre de acción predomina y acrecienta su popularidad.

Un hombre de acción en el lenguaje político, o, mejor dicho, en la jerga campechana, es todo un programa y vale por lo menos tanto como el treinta por ciento de una fuerza electoral. Con él se va a todas partes y se resuelven todas las dificultades. Sin él, el fracaso es inevitable y la propaganda deslucida. Si un hombre de acción entra en acción es toda una promesa. Es más aún: es un feliz augurio. El éxito se encuentra asegurado para todos los que estiman infalibles los procedimientos del que, por propia definición, se denomina hombre de acción.

Inútil me parece recordar que el enunciado no corresponde a la realidad positiva de los hechos. El hombre de acción es casi siempre un atolondrado que todo lo da por resuelto para inculpar, en la hora fatal del desencanto, la derrota a los que han intervenido y han secundado sus planes por debilidad o por complacencia. Cuando un hombre de acción actúa en un comité es inevitable el fracaso por la misma facilidad con que se augura el éxito. Tal es el significado de los hombres de acción en los partidos políticos y en las contiendas electorales...

Escenario político

CARACTERES DE AMBIENTE

XXIII LOS DISPONIBLES

Los disponibles raras veces pertenecen a un partido político determinado. Siempre se colocan al margen de todos los partidos. Esta actitud les permite ser y no ser afiliados o adversarios de las agrupaciones que se esfuerzan en conquistar o mantener las posiciones oficiales.

Los disponibles se exhiben con apariencias de personajes o por lo menos se empeñan en presentarse como tales. Son en su inmensa ma-

nes y subalternos de los que mandan. Tienen, sin embargo, su pequeña "claque" que aplaude sus posturas y pregonaba sus aptitudes. Se valen de ella para exteriorizar, en el ambiente, el significado del propio valer.

Los disponibles se hallan en todas las jerarquías políticas. Se caracterizan por una modalidad que mi noble amigo, el doctor Angel Ferrera Cortés, — uno de los espíritus más ponderados y austeros de su generación, — solía expresar con aparente sencillez: "Los disponibles, — decía, — se cuelgan de los

el artículo firmado, es el procedimiento usual. Escriben su reportaje, dan su conferencia o publican su artículo. Ellos — según afirman — no tienen otro propósito que el interés público y el porvenir de la patria. Han nacido predestinados para el sacrificio. Sacrificarían su tranquilidad y desatenderían sus intereses, también siempre en holocausto de la patria, si ella reclamara sus servicios. Tras el exordio, viene la plataforma que pregonaba la paz y la concordia, para evitar las luchas que exasperan y malgastan energías, indispensables para la prosperidad del país. Ofrecen a los partidos el olivo simbólico y se presentan como cristos redentores, para cargar la pesada cruz, cuya finalidad es el calvario del poder...

No siempre tratan el tema político. De vez en cuando proceden en forma indirecta, para dar mayor resonancia, todavía, a sus opiniones y espectabilidad a sus actitudes. Se ocupan de temas sociales o de las cuestiones palpitantes del día, para señalar, con dagnática precisión, los problemas que plantean esas cuestiones y las soluciones inevitables para el engrandecimiento nacional.

Naturalmente, el lenguaje se halla en relación con la prosopopeya del disponible. No es lo mismo ser disponible en el modesto rodeo de un pueblo de campaña, que en el vasto escenario de la república. No todos saben tampoco escribir. Verbigra: Renato Secundino Navone, es incapaz de redactar una página sin falta de concordancia, no obstante sus ínfulas de personaje, encumbrado por el acaso, para rodar, poco después, por la pendiente del ridículo, con la renuncia que puso de manifiesto su propia insignificancia. Pero tienen todos bastante labia para encontrar cualquier tabulario cuya recompensa hacen esperar para cuando sean ministros, gobernadores o presidentes.

Los disponibles, en las posiciones públicas, se confunden, muchas veces, con los encumbrados. Otras, tienen algún parecido con los solemnes. En el llano son, en cambio, inconfundibles por las posturas que adoptan, al ofrecerse como víctimas expiatorias en aras del bienestar común...

La indumentaria de los disponibles tiene siempre algo de risible, no obstante la aparente gravedad con que pretenden llamar la atención y concentrar la opinión alrededor de sus personas. Es, porque esa indumentaria, psicológicamente, sustantiva la vanidad y exterioriza la insignificancia, en sus rasgos esenciales. La vanidad y la insignificancia, adulan, para ser aduladas. Los disponibles no tienen la viril gallardía que exhibe el orgullo, ni la entereza moral que aureola la dignidad y el carácter. Gastan obsequiosidades campechanas con los inferiores, sus puntitos de amor propio con los iguales y sumiso acatamiento con los superiores. Les falta energía para la lucha y encubren su debilidad con la flexibilidad que les permite, como a los líquidos, tomar la forma del recipiente que los contiene.

Los partidos, muchas veces, para evitar preponderancias excesivas o restar influencias justificadas, se sirven de los disponibles. Los disponibles, a su vez, especulan con esta modalidad política. Por eso aparecen y se hacen presentes en vísperas electorales.

BALTAKAR GRACIAN.

CAMINO FAMILIAR

Caminito que llevas al campo que florece
detrás de la humildad de mi hogar solariego;
caminito que sabes la secreta alegría
que por tí me conduce recitando mis versos.

Caminito que miro desde las azoteas
como si en tí mirara la sombra de un recuerdo
que se aleja, dejando una estela de nieve
sobre la verde alfombra de los campos risueños.

Muchas noches de luna, muchos días de sol,
con mi amada del brazo caminarte nos vieron
como dos esperanzas dulcemente enlazadas
buscando el suave azul de un pedazo de cielo.

ALFREDO R. BUFANO.

yoría, ex. Ex ministros, ex magistrados, ex senadores, ex diputados, ex gobernadores. Fueron, algunas veces, por el acaso o el favoritismo. Pero dejaron de ser. Les faltó, casi siempre, el arraigambre que fortalece sus procederes en la vida pública. Sin convicciones propias, fluctúan al vaivén de todas las opiniones. Se declaran independientes, para ser sumisos y obsecuentes servidores de los que pueden dar. Nunca son hombres de primera fila. Carecen de personalidad. Siempre son tenientes o subtenientes, segundo-

faldones de nuestros héroes, navegan por el mar del patriotismo y en la tierra hacen las más grandes pillerías, cuando los partidos políticos, por circunstancias complejas, se sirven de ellos, al ubicarlos en las posiciones donde legalizan y decoran hechos, siempre inconfesables y poco decorosos".

En las vísperas de cualquier lucha electoral, los disponibles se hacen visibles. La actitud es simple, al par que ingenua. Apelan a la publicidad con la fotografía inevitable. El reportaje, la conferencia o

LAS CUATRO RATAS

Un czar de Oriente no podía dormir. Su guerra iba de mal en peor.

Una noche tuvo un sueño raro faraónico. Vió cuatro ratas: la una gordísima, la otra flaquísima, la tercera ciega, la cuarta luchando patas arriba con la sombra de su cola.

Muy inquieto y muy seguro de que aquel sueño era un aviso de algún dios, mandó venir a palacio un brujo de mucho nombre.

—Señor—dijo el brujo,—la rata gordísima es la clase conservadora.

—¿Y la flaquísima?

—El pueblo.

—¿Y la que queriendo agarrar la sombra del rabo se abre el corazón y el vientre?

—El ejército.

—¿Y la rata ciega?

—La rata ciega es Vuestra Majestad.

TOMAS MEABE.

Sobre el rojo incendio de la tarde que muere, el tropel hirviente de gauchos fugitivos tiembla y se desliza como una gran mancha negra, como una sombra trágica, erizada de lanzas, recortada por los ponchos tendidos al viento y aguzada por el cuello estirado de los caballos que corren una carrera frenética y desesperada. Una cauda violeta de polvo va siguiendo la huella del raudo tropel, ensuciando las vivas púrpuras del occidente, mientras allá abajo, entre dos enhiestas cuchillas, restallan por momentos, como secos cohetes, los últimos disparos de los máusers.

El campo donde se ha librado la batalla va quedando lejos, y ellos continúan aún su huida, locamente, desesperadamente, espoleados por aquel gran pánico que invadió de pronto al ejército cuando, después de una jornada de incesante combate, de heroísmo prodigado generosamente, se vieron rodeados, vencidos, deshechos por todo un ejército de refresco que acudía a reforzar al ya muy poderoso de los gubernistas. Y el mismo terror que se arremolinó sobre las filas revolucionarias, como una hidra enorme de la que partían resplandores de rayos y silbidos estridentes, les agujoneaba aún, conduciéndolos al acaso, ciegamente, perdida la ruta en aquellos campos tan lejanos de sus propios pagos.

Por fin, al descender una cuchilla, dejaron de sonar en sus oídos los alaridos broncíneos de la diana

Los últimos gauchos

Por Víctor Pérez Petit

con que llenaban la tarde los vencedores. Los jinetes que habían iniciado su persecución no se divisaban ya. El silencio y la noche venían despacio a reclinarse sobre la tierra. Cerca de un monte de espinillos refrenaron los caballos, y uno de ellos, que había asumido el mando del grupo, echó pie a tierra. Otros le imitaron para apretar las cinchas o emparejar el recado. Ni una palabra se cruzó entre aquellos hombres.

Pero, si no una palabra, una idea pavorosa iba creciendo en aquellos toscos cerebros de gauchos indómitos y bravos. ¡Ah, la venganza! ¡El desquite! ¡Acorralar a los odiados enemigos y concluir con ellos, sin compasión, salvajemente!

Habían vuelto a montar y subían una cuesta, despacio, al trote de sus cabalgaduras, siempre mudos, sin mirarse. Tenían sed de sangre; pero tenían más que nada vergüenza, los unos de los otros, por haber huido. En su orgullo de gauchos nobles y corajudos, sentían ansias de romper a llorar por aquella de-

rrota inconcebible, por aquella derrota que se les había echado encima, a pesar del denuesto con que habían peleado.

De pronto, frente a ellos, en la cumbre de una próxima cuchilla, surgió un oscuro rancho. En un asta flameaba una bandera. ¿Alguna comisaría de campaña?

— ¡A ver, muchachos! — dijo de pronto el jefe, traduciendo los secretos deseos de todos; — hay que lavarse la marca. Nos han arriado lo mismo que a borregos... ¡Basta de hinchar el lomo! ¿Tomamos el desquite?

— ¡Vamos! — replicaron todos.

Y, sin más discusión, avanzaron sobre el rancho solitario, dispuestos a exterminar a los que encontraran, fueran hombres o mujeres, y a no abandonar el sitio hasta ver las llamas calcinar los últimos terrones. Un rugido hirvió en todas las gargantas y otras vez los cansados caballos tomaron el galope.

Allá arriba, por la puerta del rancho, una larga hilera de chicos se perfiló sobre las tintas crepuscu-

res. Al compás de las palmadas de la maestra, los pequeños escolares, terminada la lección diurna, abandonaban la escuela para volver a sus tristes hogares. En medio de la horrible lucha fratricida que ensangrentaba los campos de la patria, aquella pobre mujer, soldado de la civilización perdido en la soledad de los campos, proseguía resignadamente, amorosamente, su labor, derramando las simientes de la educación, preparando el alma de los niños de hoy, de los hombres del porvenir, para hacerlos buenos, más humanos y más laboriosos.

La horda gaucha llegó al galope y refrenó en seco sus caballos. Ante aquella doliente mujer que acariciaba, al despedirlos, a sus niños, algo sobrehumano pasó sobre la huerte guerrera, sedienta de odio y de venganza. Y vencidos, esta vez de verdad, ante la teoría infantil que abrevaba sus tiernas almas en la fuente educadora, bajaron sus frentes indomables y depusieron su orgullosa fiera.

— Muchachos... los sombreros... — balbuceó el jefe. Y todos, religiosamente, se descubrieron en silencio, sintiendo que algo más grande y más eterno que su odio de gauchos flotaba en la quietud de la tarde.

Luego, sin un gesto, sin una palabra, se alejaron lentamente. Y vino la noche y diluyó para siempre la sombra de los últimos gauchos.

¡Otra vez la influenza!

La ciudad ha sido invadida de nuevo por tan terrible enemigo. Hay que estar preparados para cualquier eventualidad. Lo que más importa es no perder ni un instante. En cuanto se sienta Ud. indispuerto, deje lo que esté haciendo, váyase a la casa, métase en la cama y tómese dos tabletas de FENASPIRINA con un trago de agua e inmediatamente después un limón exprimido en agua caliente. Abríguese bien y sude cuanto pueda. Tres o cuatro horas después, si queda algún síntoma, tómese otras dos tabletas.

Por lo general, esto basta para cortar el avance de la enfermedad.

Recuerde Ud. que la FENASPIRINA fue uno de los productos que salvó más vidas en el mundo entero durante la última epidemia de influenza. Con su auxilio oportuno y tomando las precauciones aconsejadas por los médicos, nada tiene Ud. que temer.

¡Compre un tubo de FENASPIRINA ahora mismo y llévelo a su casa! Nadie sabe lo que puede suceder. Ahora Ud. y los suyos están buenos, pero ¿si alguno se siente enfermo a media noche, cuando ya las boticas están cerradas...?



Las impresiones de Loreto Santos

Por el teniente H. Doserres

(Del libro «Mar de leva. - Cuentos marineros», recientemente aparecido).

El catamarqueño Loreto Santos es persona de estilo propio. Es un indio chiquito, barbi-lampifio, cara alargada como zorrino y pelo lacio que se pronuncia a dos dedos de las cejas, arqueadas como lomo de ballena.

Presta servicios en la cocina de tropa, así que debe levantarse antes de diana para preparar a la gente del buque el mate cocido, acostándose tan pronto ha terminado de limpiar el último de los cacharros a su cargo.

A pesar de no haber salido con licencia más de dos veces durante el viaje, está enterado de todo lo que ocurre en el exterior, conociendo los países que la fragata ha recorrido, a través de las conversaciones que en las proximidades de la cocina escucha a un gran número de "protegidos" que reciben de sus manos pródigas, anticipos de mate cocido o saldos de puchero fiambre.

Mientras fuma, una especie de marea avanza lentamente de sus labios deslizándose sobre el cigarrillo que corre el riesgo de apagarle, y a quien en venganza mastica con rabia.

Cuando le critican la fea costumbre de maltratar el cigarrillo, contesta con intención aviesa, voz aflautada y modesta de gaucho pobre: — Yo aprovecho lo que otros dejan — y se venga de todos aquellos, largando por el cenicero el remanente de la comida.

Habla siempre en voz baja como si platicara con las ollas valiéndose de frases cortas que llegan a fondo cual escandallada de mano maestra. Días pasados, poco después de las 4 de la mañana me situé a tiro de su sonda protegiéndome con la niebla que envolvía al buque, oyéndole los paréntesis que no sin cierto gracejo intercalaba en la conversación de dos de sus camaradas, estilo que ha de pintar al hombre.

Uno de aquellos, sentado en el quicio de la puerta de la cocina, era un foguista cuya fisonomía no alcancé a distinguir porque capeaba el frío de la mañana con una bufanda de lana que sólo le dejaba al descubierto la nariz, tiznada por añadidura.

El pobre, que seguramente dejaba su guardia de calderas, repletaba sus carboneras pujando por estivar un "marroco jefe" achicando de paso el tercer jarro de mate cocido. — El segundo personaje, recostado contra el mamparo, era un rubio de gran desplazamiento — tipo de la "progenie" de las colonias de Santa Fe — que usa brazal de lanilla azul con las iniciales O. C. entrelazadas.

Conversaban a medio tono y con grandes pausas, convencidos de que el parralito les iba a durar largo rato, sin importárseles, al parecer, las incursiones de Loreto Santos.

— "Mira che, — decía el foguista desperezándose con ensañamiento — a nosotros los que hemos oído las dianas de los Infantes de España

al salir de San Sebastián, no nos van a entusiasmar ahora con "un good save the Keen". Porque no hay que olvidarse que en este viaje hemos estado tallando nada menos que con reyes..."

— De la baraja, — intercaló Loreto con voz ahuecada después de haber desinflado los carrillos ocupados hasta entonces en soplar el fuego.

— "...Sería descender el aceptar ahora un invite de una Doña de Berkenhead por más Lora (1) que sea..."

— Que le den perejil por las dudas — agregó el del pucho con mareógrafo.

— "Además, ché, no me hace mucha gracia largarme a comer pescado en día de lluvia. Este país está resultando peor que Ushuaia".

— Pa Zacomano — terminó el catamarqueño.

— "Y qué quieren con su elegancia estas Miss..."

— ¡Juera gato! — chilló el hombrecito terco, colocando una pava de agua en el fuego.

— "Son pura pata..."

La harina del dolor

La Humanidad es sementera en ancha vega,
que Dios siembra y Dios siega.

Y cada hombre, ya sea rey, ya sea mendigo,
en el troje de Dios es un grano de trigo.

Y a cada instante pueblos, montes, ciudades, llanos,
dan espigas sin fin de espíritus humanos.

Brotan, florecen, crecen, son cortados,
y los muele el destino, tritutados.

Y esta es la harina; esta es la harina del Dolor,
que nutre la Verdad, la Bellaza, el Amor.

GUERRA JUNQUEIRO.

— Como puchero de tropa — saltó la voz meliflua de Don Loreto.

— "Y nada de pantorrilla..."

— Se les habrá corrido a los pies, retrucó con sorna el intruso.

— Y de yapa con esa pamele equilibrista, terció el rubio del brazal. — Se ve cada cofa con verdura!...

— Alcachofas de juro — insistió la vocesita de la cocina echando a pique un salivazo con la velocidad de un ancla que se fondeara con todo el estoporabierto.

— "Cada traza de palo macho" — continuó el foguista, iniciando otra desperezada.

— No le hace, ahora los estamos por echar abajo a todos, — agregó nuevamente el hombre chiquito.

— "Pero lo que más revienta" — enderezó doctoralmente el foguista.

— "como ciudadano de un país li-

bre, es la hipocresía de estas "colectividades". A las diez de la noche no te sirven más copas, pero para que la justicia no se te enoje tenés que desagraviarte a un "polisman" con un par de chelines o apagar las luces".

— Y te cobran doble por mamarte a obscuro y triple pa despertarte a diana con agua — remató el perejeño, mientras de un trincaso mandó el puchito llorón al tracanil.

Aunque la charla me resultaba sabrosa, abandoné mi observatorio del puente para dar una vuelta por el sollado, y a mi regreso observo que el cabo de vigilancia, furtivamente, engrosa la reunión ofreciendo a los tres hombres una vuelta de cigarrillos Abdula. El foguista bostezando, y sacudiéndose las migas con el jarro, se retira con un "no gracias, ahora no pito". Entonces el criyito Loreto sirviéndose del paquete sin mirarlo, pues sigue con la vista al que se va, dice francamente por primera vez, para que todos oigan:

— Debe estar en ayunas...

Cuando le toca el turno al Ordenanza, éste que tiene el palito de piñazabal en la boca le agradece, "porque no pita más que del país" y el catamarqueño, que en la puerta de la cocina enciende el cigarrillo con una brasa, lo despide también suavecito:

— Es que los patrias que regaló Piccardo se acabaron, che gringo...

Como la niebla quiere despejar, me dispongo a bajar por la escala de proa del puente y retirarme definitivamente a popa recalando a la cámara llevado por el insinuante

CONTRA
LA TOS
Y CATARROS
BRONQUITIS
LARINGITIS
INFLUENZA
PILDORAS
DE
Cataramina
BERTELLI

Se venden
en todas
las Farmacias

Concesionarios
para ARGENTINA,
URUGUAY y PARAGUAY:
JOSÉ PERETTI Y C.ª
BUENOS AIRES
MONTEVIDEO

...que es muy traidora la niebla — al mismo tiempo que levantando la mano izquierda tira el pucho por elevación a través de la reja que hay en el techo de la cocina.

Por eso, me extrañó anoche que Loreto Santos vestido con el uniforme número uno, viniera a pedirme licencia para bajar a tierra a pesar de no ser del trozo, pretestando "cuestiones privados".

Lo perdí de vista caminando a paso "picadito como peludo", con el gabán arrollado bajo el brazo izquierdo, como si fuera poncho, y las piernas arqueadas de domador de mulas.

Al pasar frente a la luz de una pantalla del "California", buque mercante norteamericano amarrado cerca nuestro — cuya tripulación como es de práctica arma broncea con la gente de la fragata — me pareció ver que llevaba una cabilla atravesada en el cinturón.

Me convencí de ello, cuando minutos más tarde el sereno de la casa Camell Laird, que repara al buque, comunicó al oficial de retén, que un hombre chiquito, con cinta de a bordo a quien no ha visto nunca cruzar el portán de salida del astillero, ha herido a dos norteamericanos grandotes del "California" que pretendieron cerrarle el paso, a uno de los cuales lo estaban curando en la enfermería. De paso nos advertía la conveniencia de no dejar bajar a tierra a nadie, porque la policía había tomado posiciones escondiéndose entre las calderas diseminadas por el establecimiento, con deseo de intervenir.

Al regresar Loreto Santos de su primera y única licencia en tierra europea, colocó prolijamente su arma en el cabillero como si nada hubiera ocurrido. Por curiosidad me adelanté al interrogarlo a que la denuncia de su falta obligaba y, recordando la respuesta que días antes diera al cabo de vigilancia, le pregunté:

— "¿Y qué ha visto hoy en tierra, Santos?"

Y el hombrecito, mirando el suelo con mayor modestia que nunca, me devolvió el escandallo entre dos aguas.

— "Los polisman, señor..."

Liverpool, octubre de 1925.

(1) El cargo de Lord de la ciudad estaba en esa época desempeñado por una mujer.

EL ESPEJO

Por J. H. Rosny

Cuando era niño, contaba Claudio Berney, los espejos me inspiraban gran terror. Me parecían abismos, cosas vacías y vertiginosas ante las cuales no me animaba a detenerme. Durante el crepúsculo, de noche sobre todo, se me hacían terribles. Las cosas se mueven en ellos a esa hora de una manera tan extraña, con reflejos tan lejanos, tan profundos, tan misteriosos...

Había en casa, en el fondo de un corredor, un horroroso espejo verde, que se me representaba como la entrada a un mundo de fantasmas, de almas en pena, de vampiros; cuántas veces se me han erizado los cabellos al tener que pasar por fuerza por ese corredor, a la hora tenebrosa en que andan los murciélagos!

Después, mi terror se disipó, pero he conservado siempre un recelo instintivo a los espejos. ¿No hay algo de perfidia y de embuste en esas superficies casi invisibles, donde los objetos aparecen invertidos, donde lo que está al levante se presenta al poniente, donde nuestra mano derecha parece ser la izquierda, donde la escritura al revés se hace normal? El espejo es el símbolo más brillante de que todo en este mundo no es más que apariencia, o por lo menos, de que no hay nada que sea más real de una manera que de otra...

Nadie, sin embargo, tiene más motivos que yo para amar a estos muebles íntimos; uno de ellos, una preciosa psiquis, con marco de ébano, ha hecho realmente el papel de hada en mi existencia.

¿Qué sería yo hoy sin la intervención de ese travieso espejo?

Yo tenía entonces 23 años y pertenecía a la tonta corporación de los jóvenes tímidos. Y puedo asegurar que no era tímido a medias. Chateaubriand, que se jacta de haber sido de una torpeza consumada en su juventud, podría haber pasado, relativamente, por una águila de audacia y de buen tino. Si he perdido este defecto ¿no se lo debo también a la psiquis?...

II

Tenía, pues, 23 años, y estaba enamorado. Pero enamorado sin esperanza. El castillo próximo al nuestro había sido alquilado ese verano por una familia lombarda, y las circunstancias crearon pronto vinculaciones entre mi padre y los recién llegados. Eran lombardos rubios, especie que no es rara; seres radiantes de petulancia, de ingenio, de elegancia. El padre parecía un retrato de Van Dyck; la madre conservaba vestigios de una belleza deslumbradora, y la hija, Francesca, agregaba a la luz, a la frescura de las rubias, ese encanto divino, esa flexibilidad armoniosa, esa vivacidad feliz y rítmica que sólo dentro de muchos siglos habrá pasado de las razas meridionales a las razas del norte.

Yo la amé casi inmediatamente, y este amor se acrecentó de una manera prodigiosa en pocas semanas. Pero, cuanto más la amaba, tanto más cohibido me sentía en presencia de ella. Además, estaba real y completamente convencido de que esa magnífica criatura no podía quererme. Por lo común, hay siempre una esperanza oculta en el fondo de las desesperaciones más intensas. Mi caso no era ese. Un teorema de geometría no era para mí más evidente que la imposibili-

dad de que yo llegara a ser el marido de Francesca. Por lo tanto, no había pensado ni por un momento en hacerle la corte. La amaba con desinterés; disimulaba mi pasión como se disimula un sentimiento grotesco o vergonzoso.

De modo que, por sutil que fuese, la joven lombarda no sospechó nada; me había acogido con una afabilidad cordial, pero debió concluir por tomarme por un osezno; me hablaba raras veces y con frialdad.

Francesca tenía locos a todos los jóvenes de la comarca, y por mucho tiempo se mostró indiferente al ho-

hermana y una de nuestras primas, se habían retirado, después de un paseo por el parque, a la gran cámara roja, uno de esos aposentos sin destino bien definido que existen en ciertas viejas mansiones. Yo había entrado en él, quizá por casualidad, quizá arrastrado inconscientemente por el deseo de estar un momento con Francesca. Mi prima me había retenido haciéndome algunas preguntas. Y allí estaba yo todavía, hacía ya media hora, sentado un poco lejos. Mi hermana y Francesca me daban casi la espalda.



—Hija mía, prométeme que te saldrás de la Compañía si quieren obligarte a salir con mallas.
—No te apures, mamá. Ya no se sale con mallas.
—¡Ah! Eso me tranquiliza.

menaje universal. Pero al fin hizo su elección. Visiblemente, Alfredo Frontault obtenía una preferencia marcada sobre sus rivales. Francesca, sincera y sin coquetería, no disimuló el gusto que le inspiraba este joven, y yo no podía dejar de reconocer que él era superior en todo a sus rivales. Esto, sin embargo, no me consolaba. La idea de que Francesca iba a casarse me ponía loco. Me paseaba por la orilla del río, con la cabeza ardiendo, el corazón ora oprimido de angustia, ora palpitando con fuertes latidos dolorosos, y pensaba continuamente en el suicidio.

III

Una tarde, los Luraghi nos hicieron una larga visita. Francesca, mi

Mi prima fué la primera que se marchó; después salió mi hermana, para ir a buscar unas fotografías que deseaba mostrar a su amiga. Hubo un momento de silencio, un silencio pesado, opresivo. Yo habría querido huir, pero los tímidos no saben irse.

Me quedé, pues.

Francesca me dirigió algunas palabras, a las que respondía apenas, y se sumió luego en una especie de abstracción.

Sus miradas se fijaban—así lo creía yo, por lo menos—en la ventana, y no podía verme sin volver la cabeza. Esta circunstancia me infundió la audacia necesaria para contemplarla largamente, apasionadamente, sin apartar por un momento mis ojos de su fulgurante

cabecita rubia. El corazón me latía con tanta fuerza, que me sentía como sofocado. Me asaltó una especie de delirio; y, seguro de no ser visto, con un impulso maquinal, me llevé la mano a los labios y envié un beso a Francesca.

Un minuto después entró mi hermana, y tuve al fin valor para levantarme y salir.

IV

Transcurrió un mes. Francesca multiplicaba sus visitas. Me hablaba más a menudo, con una familiaridad tan sencilla y tan cordial que a veces me olvidaba casi de ser tímido.

¡Cosa extraña! no demostraba ya ninguna preferencia a Frontault. Le manifestaba más bien una especie de frialdad. Esto me hacía feliz, sin que tratara yo de averiguar la causa; era feliz, instintiva, aturdidamente feliz, como lo es uno a los 20 años.

Ahora bien: un día volví a encontrarme con Francesca en la cámara roja. Esta sola, sentada delante de una gran psiquis con marco de ébano. Hice además de retirarme.

—Quédese un momento — me dijo; — su hermana no ha de tardar... Además, quisiera preguntar a usted una cosa.

Me había hecho señas para que me aproximara. Me quedé de pie al lado de ella, impresionado, como siempre que me hallaba en su presencia, un poco trémulo también. Francesca continuó con una voz burlona y dulcísima a la vez:

—¿Cree usted que los espejos sean sinceros?... Yo estaba interrogando a éste... Le preguntaba si me había dicho la verdad o si me había mentado... cuando me contó que...

Fijé mis miradas en ella, desconcertado, confundido ante su rostro risueño y sus ojos chispeantes.

—Espere—me dijo.—No está bien colocado para responderme... Siéntese allí, en esa silla... y yo voy a sentarme aquí... Míreme bien ahora, y piense bien lo que va a decir... Sobre todo, le ruego que su respuesta sea sincera... porque ella ha de sacarme de una gran perplejidad...

Esta vez temblé de pies a cabeza: los dos estábamos exactamente en la misma posición de un mes antes, cuando mi hermana nos había dejado allí solos para ir a buscar unas fotografías.

—¿Y bien?—dijo ella a media voz.—Si el espejo me ha contado la verdad, toda la verdad... hay que hacerle hablar otra vez.

Por fortuna, en este instante maravilloso en que se decidía mi suerte, aunque tímido y medroso, no fui estúpido.

Respondí como había que responder: me llevé las manos a los labios y envié a la cabecita rubia el mismo beso de la otra vez... y, como la otra vez—pero entonces pude verlo,—la psiquis repitió fielmente mi ademán.

Y Francesca me dijo con gravedad:

—¿Es para siempre?

Yo me había echado ya a sus pies y besaba la orla de su vestido con un sollozo de amor, mientras ella murmuraba movida por el instinto supersticioso de su raza:

—No cree usted que los viejos espejos, a fuerza de estar mezclados a la vida íntima de los seres, acaban por tener también una especie de alma?

Danza en la montaña

Empuñaré una antorcha bajo tus negros cielos,
Delirio, y por las vías de cortadora piedra,
Los ojos en los astros, sobre la sien la hiedra,
Iré, estatua de sangre bajo pálidos velos.

Bajo pálidos velos que labrara el Furor,
Desdeñando los rostros y moradas usuales,
Entre acordes titánicos de purpúreos timbales,
Iré hacia la montaña del Azul Esplendor.

¡Oh la antorcha fragante en la piedad nocturna
Sobre ensueños tangibles y luz con albedrío
Y grandes huellas de ángeles en el negro rocío
Y la explosión dorada de mi alma taciturna!

Como ágil danzarina que de la inútil veste
Y los áureos collares danzando se despoja,
Frente al Arbol del Mundo temblante de hoja
[en hoja
Me quedará desnudo bajo el horror celeste.

De la Razón estéril y los vanos sentidos
Hollará mi frenética planta las vestiduras.
La Intuición con sus alas magníficas y puras
Abrigará mis sienes más cálidas que nidos.

Líricos universos a través de los poros
De este universo fútil descubrirá mi ciencia
De imperiales impulsos y de feroz demencia,
Bajo arcadas enormes de fulgurantes oros.

Y será mi cerebro metáfora viviente
De álgebras musicales y luz de nebulosas.
La esfinge de basalto del porqué de las cosas
De fúnebres diamantes circundará su frente.

Y cantaré en la noche sublime, en libertad,
Trágico fuego rojo sobre la azul montaña,
¡Oh Pan, el sacro instinto que la razón no
[engaña,
La delirante, la alucinante Eternidad!

Senegalense

Senegalense de ojos cálidos,
Hondos de negra inmensidad
Danzas como una tromba de ébano.
¡Llanto de ausencia es tu danzar!

En un pandero sin sonajas
Daten tus manos el compás.
Alta floresta de bambúes
Y cocodrilos ves brillar.

Sobre el circense tabladillo,
Endemoniados tus pies van,
Y hacia una ausente luna de Africa
Abres la boca de coral.

Son nuestras frentes, monstruosas
Flores de selva ecuatorial.
Rompen aplausos en rumores
Que en Senegambia tiene el mar.

Negro de plantas de tormenta
Y la cabeza echada atrás,
¡Si lo presente es un verdugo
Tú lo supiste degollar!

Cristo sonriente

Espíritu del hombre, como un mármol celeste
Te desean mis dedos tormentosos y puros
Inaugurar querría frente al azul del Este
Tu efigie astral, erguida sobre supremos muros.

¡Oh Acrópolis de plata bajo tus pies nevados
Y tus alas que nimbán los fuegos de jacinto
Del alba! ¡Oh ciudadela por sobre los dorados
Pecados y las víboras nocturnas del instinto!

Quien de los dulces vicios desoye las sirenas
Marcha entre catafalcos de salvaje negrura
Sólo el ojo marchito por espantos y penas
Ve los cráteres vírgenes de la aurora futura.

En la férrea ventana del fatal sufrimiento
El Bien hacia los astros yergue sus tulipanes
Y en el yogui es un mártir sublime el
[pensamiento
Y fascinan las llagas de Job cual talismanes.

Nuestros poetas

Arturo Vázquez Cey



Arturo Vázquez Cey, autor del libro de poesías "Poliedro Azul", recientemente aparecido, y del cual transcribimos las presentes composiciones.

Arturo Vázquez Cey es uno de nuestros poetas de más hondo lirismo. Lejos de los cenáculos y del ruido, en la propicia soledad de sus noches, escucha la música alucinante de los mundos y se abstrae en su propia meditación. Por eso su poesía es rumorosa y lejana como si viniera del misterio. A veces el espíritu del poeta se exalta hasta el delirio, y entonces arde su imaginación entre los carbones candentes de la locura.

En el Poliedro Azul, el rayo puro del sol se diversifica en mil tonalidades distintas, pero casi siempre es el color rojo el que deslumbra. Paisajes cárdenos del crepúsculo, en cuyas luces danzan los genios de la tarde; paisajes cárdenos del alma, estremecida de un infinito amor panteísta.

Profundo y místico, este poeta ha dialogado ya con las estrellas y en las páginas recias de su libro sopla un extraño viento sensual.

Y cerrado el volumen, el ulular de ese viento perdura en nuestro corazón, y habrá de perdurar por mucho tiempo, como una voz que viene quién sabe de dónde.

F. E. G.

Sobre podrido esquite, por piélagos de llanto
Avanzan los remeros de la vida ulterior.
¿En qué alba de rocío el hombre será santo.
Y romperá la mística diadema del Dolor?

Humanidad futura, hacia tus muchedumbres,
Bajo edénicos nimbos de sonrosada luz,
Deshojando azucenas sobre angélicas cumbres,
Avanza Jesucristo sonriente y sin cruz!

El buzo

Mi mente dionisiaca, mi tormentosa mente
De púrpura, mi mente feroz como un tridente,
Sumérgete en las olas de plata y claridades
Del alma y, buzo trémulo, bajo las tempestades
En que estallan las nubes de la razón precaria,
Mira surgir la vívida flora subplanetaria
De los ensueños pálidos y la roja locura.

Noche fosforescente del trópico es la hondura
Donde yacen las proas náufras del instinto.
Truncas arborescencias de eléctrico jacinto
Asterias de topacio, madreporas bravías
Y azules resplandores como colgantes días
Alumbran sesgamente los báratros abiertos
De la inconsciencia y muertos y muertos sobre
[muertos

Ocupan, verdes pólipos, sus sonoras cavernas,
¡Sus cavernas fatales, sus cavernas eternas!

¡Oh decender al limo de las generaciones
De antaño entre los choques y las oscilaciones
De las aguas magnéticas de mi alma fulgurante
E impersonalizado en un lírico instante
Fundirme con las fuerzas místicas de mi ser
Y los siglos y siglos de mi ancestral ayer!

Sabré porque las tardes de angustia y amatista
Semicieran mis ojos y les dan doble vista
Hacia propíleos de oro bajo cóndores blancos,
Porque si se deslizan de noche sordos trancos
Pienso en el ojo oblicuo de la luna sangrienta,
Porque la atroz serpiente de coral me amedrenta
Y porque cuando el viento sacude los juncos
Estrujan mis arterias temblores siderales.
Los éxtasis que ahora sorprenden mis retinas
Fueron dichas de niños y voces matutinas
Hace millares de años. Los pálidos terrores
De la gris pesadilla proyectan los temblores
De la postrer mirada del abuelo difunto
En el sueño del nieto que mira erguirse junto
A su lecho un violáceo demente degollado.
Me hundiré en los glaciales vórtices del pasado,
Entre medusas lóbregas y algas iridescentes,
Y ¡oh palpar de siglos y siglos de ascendientes!
De mi yo cotidiano sólo será un residuo.
Perderé mi apariencia de terrestre individuo
Y en un vibrar latino de mármoles y rosas
Hollaré de la estirpe las lamas tenebrosas
Y, luego, en lo profundo, más allá de la Raza
Y la Animalidad, donde el Cosmos se enlaza
Con Dios, buzo vesánico, contemplaré la esencia
Vital, un infinito de aroma y transparencia
En que laten las formas y surgen las creaturas
Y el ímpetu que en mí cuaja en lágrimas puras,
Y, abarcando ese océano del uno al otro extremo
Me fundiré en su plasma luminoso y supremo.

¡Luna, enfía mis manos! ¡Estrellas lancinantes,
Como brujescas uñas de gélidos diamantes
Perforadme los ojos! ¡Conduceme al delirio,
Brisa! ¡Tierra olorosa, séme un lento martirio!
¡Que al pensar que medito, como un monstruo
[me alarme!

¡Quiero desvanecerme, sangrarme y torturarme!
Concentraré mi mente en idea obsesora
Hasta que en torno vea resplandores de aurora
Y, en la tierra yacente, taciturno poeta,
Igual que una caída cariátide violeta,
Bajo el aliento negro de la noche de estío,
Se pierda en las magnolias y el cielo mi
[albedrío...

Alma multiplicada

¡Salud, joviales plátanos!, ¡gorriones, buenos
[días!,
Soy un cohete lírico bajo el sol que me cubre.
Estalla en cien penachos de absurdas pedrerías
En mí la dulce pólvora del esplendor de Octubre.

Con los ojos risueños y las plantas ligeras
Me iré soñando en mi alma por las calles
[fervientes
Y en el tapiz de púrpura que dan las primaveras
A Dios y en los inviernos hondos y transparentes

Empuñaré el baladro cristalino del viento.
Entraré con mis risas en los negros talleres.
Será mi simpatía bronce en el monumento
Y mirada en los nómades ojos de las mujeres.

Comprendo tu congoja, mi solitaria oruga!
¡Llanta de la gran rueda frenética y sonora,
Con tu dicha metálica la mía se conjuga!
¡Mi corazón es hijo, mañana, de tu aurora!

Esfuerzos de los hombres, silbatos, maniqués,
Omnibus y fulgores de hirvientes bulevares
Y coches y vidrieras cual flagrantísimos rubies,
Amo vuestros misterios sublimes y vulgares.

Multiplicado en cosas, transformado en
[creaturas,
Avanzo por aceras de ámbar primaveral
Hacia maravillosas alegrías futuras
Y ríe como un fauno mi cuerpo universal.

La ciudad de la Asunción

Por Fulgencio R. Moreno

(De la obra LA CIUDAD DE LA ASUNCION, recientemente publicada por el antiguo diplomático paraguayo y activo hombre de letras, doctor Fulgencio R. Moreno, que desde hace tantos años reside entre nosotros y hoy forma parte del cuerpo de redactores de "La Prensa" extraemos este curioso capítulo, altamente expresivo del valor literario del libro y de su importancia didáctica).

El cabildo y su torre

El Cabildo de la Asunción, que se constituyó, según parece, bajo el gobierno de Irala, a poco de la despoblación de Buenos Aires, fué tan pobre en sus comienzos, que careció por bastante tiempo de un edificio propio, habiendo inaugurado sus funciones en el recinto de la iglesia, celebrando también posteriormente sus acuerdos en la casa del gobernador. No era indudablemente el hecho extraño a otras ciudades menos aisladas y lejanas, que diseñaban ya su próspero porvenir: el Cabildo de Buenos Aires funcionó por muchos años en el fuerte de la ciudad, y hasta hubo un gobernador que se quejaba de que los cabildantes le recibieran en una sala de la cárcel pública, donde "a la sazón tenían allí presos todo género de españoles, indios y negros... y allí estaba el cepo y el burro en que se da el tormento". Pero lo que en los orígenes de la gran metrópoli fue sin duda un accidente, un tanto recargado por la susceptibilidad del gobernador, se manifestó con bastante permanencia en la antigua sede colonial. El primitivo asiento del Cabildo debió ser bien mezquino y deleznable; en 1607, la casa de la ciudad, reconstruida probablemente, estaba todavía inconclusa (1). Y su terminación no significó sino la pronta reanudación de las reparaciones, que se sucedían sin término, bajo la constante acción de las aguas del río y las aguas del cielo. En 1743, según consta en el acuerdo correspondiente al 13 de mayo, el edificio del Cabildo, "estaba amenazado de inminente ruina" por el avance de las zanja laterales, que requirieron una seria defensa de cal y piedra. En situación parecida siguió algunos lustros más; pero desde el último cuarto del siglo XVIII, pudo notarse, a ese respecto, una reacción favorable, debida sin duda al mejoramiento económico de la provincia, que refluendo directamente en la capital, se hizo sentir desde luego en las condiciones materiales de su predilecta institución. Su antiguo mobiliario sufrió transformaciones de importancia; el edificio recibió sensibles mejoras, y hasta se renovaron las deshiladas alfombras

de los regidores en la iglesia catedral. Pero el hecho que, en tan sentido, hizo época en los fastos del Cabildo fué la adquisición de un reloj, destinado a distribuir regularmente el tiempo en aquella población acostumbrada a medir el curso del día por las sombras de los campanarios y los aleros de sus casas.

Era el reloj del Cabildo, según refieren los documentos, una máquina de gran tamaño y acabada ejecución, "con una campana grande que da las horas y otra más pequeña que da los cuartos". Y de su advenimiento al dominio capitular quedan constancias bien precisas en las actas de las sesiones de 1773. Pero la adquisición de ese precioso instrumento, que acogió con complacencia toda la ciudad, tuvo que plantear en seguida el problema de su ubicación: el reloj necesitaba espacio, sobre todo altura, para repartir sonoramente las horas a la población asuncena. No era el asun-

colocó el reloj con su doble campana, bajo una grande y vistosa cúpula trabajada por el arquitecto don Antonio Martínez de Viana (1).

Esa obra, que de tal modo pusiera a prueba la paciente entereza del Cabildo, estaba, empero, muy lejos de probar la pericia arquitectónica de su constructor. Formada ella de un alto armazón de madera, cubierta interiormente de un ligero revestimiento de adobe, terminaba en un amplio capitel, que en igual forma, asentaba su pesada mole sobre sólidos postes de urunday. La consistencia de la construcción no ofrecía así reparos en apariencia, sobre todo en las tranquilas horas en que los cabildantes se dedicaban a sus tareas. Pero no sucedía lo mismo cuando se desencadenaban los torrenciales aguaceros con fuerte viento. En las noches tormentosas, en que arreciaba con furia el temporal, los vecinos más próximos podían escuchar las sordas trepidaciones del monumento, cuya colosal cabeza oscilaba pausadamente, entre los zumbidos del viento por sus desgastadas claraboyas. Y mientras los embates del aire conmovían el recio maderamen del armazón, las aguas realizaban labor no menos importante en su deleznable capa de adobes.

A mediados del año 1786, se dió cuenta el Cabildo de que algo grave ocurría dentro de la torre, cuyas



—Antes de poner la mesa, acuérdesse de servirle al señor el HIERRO QUINA BISLERI, pues de lo contrario no prueba bocado.

—Descuide la señora, así lo haré.

El carácter

*El carácter es la cualidad más alta del individuo.
Quien vive en constante cambio de opiniones inspira siempre desconfianza.
Quien sostiene una teoría y la abandona mañana es muy ligero o muy tonto.
Quien cambia a cada instante de opinión, ¿qué seguridad inspira?
Odio a los hombres veletas. Para ser estimado se ha menester la perseverancia en la senda que se trace.
Los grandes caracteres son moles gigantesacas que siempre se presentan en el mismo horizonte con la misma rigidez de líneas.
Los hombres variables son como la ola: siempre pérfida y cambiante.*

LEON TOLSTOY.

to muy sencillo dentro del presupuesto municipal y las crecientes exigencias de las obras públicas. Mas la ciudad no manifestó por ello la menor vacilación, y previa la asignación de los recursos correspondientes, resolvió de común acuerdo, a principios del citado año, la erección de una torre para "el reloj del Cabildo."

Coincidió esa determinación con el comienzo del gobierno de don Agustín Fernando de Pinedo, que no dejó amables recuerdos en la sociedad, ni fué de la devoción del Cabildo, circunstancias favorables a la sospecha de su perniciosa intervención contra aquella medida. Así se desprende en cierto modo de algunos testimonios, cuya imparcialidad es, sin embargo, discutible. Lo cierto es que, durante la administración de Pinedo, la obra apenas pudo comenzarse; un año después de su retiro todavía ella estaba sin concluirse; y fué al cabo de siete años, durante el gobierno Melo de Portugal, que el Cabildo pudo, al fin, inaugurar la torre, donde se

paredes, surcadas de numerosas grietas, deshechas o desconchadas en varias partes, ofrecían a la vista grandes fragmentos de su desventajada armadura. La máquina del reloj no funcionaba normalmente, y hasta las campanas parecían sonar con vibraciones extrañas, más tenues de lo acostumbrado. En el acto fué ordenada una minuciosa inspección, comisionándose, al efecto, "al inteligente negro Pachí", un gran perito en la materia, quien informó en seguida que la morada del reloj estaba herida de muerte por la acción combinada de los vientos y de las lluvias, que la batían constantemente por fuera como por dentro. No había otro medio que rehacer la obra, cambiando sus materiales: a la madera y el adobe debían reemplazar el ladrillo y la cal. Y el Cabildo, ajustándose a ese dictamen, resolvió inmediatamente el comienzo de los trabajos, cuya dirección se encomendó, "para evi-

tar cualquier imperfección en la nueva obra", al ingeniero de la 3.ª partida de límites con Portugal, don Julio Ramón de César. La construcción de la nueva torre, realizada con la mayor vigilancia y esmero, terminó, por fin, en diciembre del mismo año (1).

Y fué así como el Cabildo de la Asunción pudo comprobar una vez más que las aguas, que eran la bendición de la ciudad, así correrían a sus pies como viniesen de arriba, y constituirían entonces (como constituyen hoy) su poderoso elemento de comunicación externa, de limpieza, higiene y salubridad públicas, eran a la vez los agentes más activos de los estragos municipales, el origen secular de sus males sin término. Y pudo sobre todo comprobar que, para luchar contra ellas, no había más remedio que sustituir el régimen del palo y el adobe por el de la piedra y el ladrillo. La construcción definitiva de la torre del Cabildo aparece así estrechamente vinculada a la visible reacción que en tal sentido se notó desde entonces, siendo sin duda su más elevado exponente. A los rollos y tirantes de laurel o urunday reemplazaron la piedra, la cal y el ladrillo, en los arreglos de las calles y las defensas de las barrancas, como puede comprobarse revisando las "Cuentas de las obras públicas", que corrían a cargo del síndico procurador general de la ciudad.

Pero esa torre, que se erguía, al fin, con firmeza frente a la casa del gobernador, al cabo de trece años de persistentes esfuerzos, tenía, sin duda, en el concepto del Cabildo una significación más alta: era la expresión tangible de su paciente tenacidad, comprendía algo de su propia importancia, que dañada en ocasiones bajo el ingrato recuerdo de pasados tumultos, fué mantenida con serenidad inquebrantable por los miembros de la vieja institución.

(1) M. S. del Archivo Nacional.—El 17 de diciembre de dicho año el Cabildo "acordó pregonar la conclusión del edificio".

(1) M. S. del Archivo Nacional. Actas del Cabildo del mes de marzo de 1781.

(1) M. S. del Archivo Nacional. Actas del Cabildo de 1876.

CURIOSIDADES

En la cima del monte Helix, de San Diego (California), se erige una gran cruz, ante la cual, todos los años, se prosternan miles de peregrinos que acuden desde muchas leguas a la redonda. La última peregrinación ha tenido lugar el día de Pascua de Pentecostés.

Los huracanes más violentos provienen de las latitudes tropicales: del Atlántico, de las Antillas, del Pacífico, de los mares de la China y de las cercanías de las islas Filipinas.

En las Antillas los ciclones siguen el curso de la llamada "corriente del golfo" o "Gulf Stream" así como los tifones del Pacífico siguen el curso de las corrientes oceánicas que pasan rodeando el Archipiélago Indico, las costas de la China y las islas del Japón. En el norte de Escocia hay corrientes también muy peligrosas.

En Manila, actúa con gran éxito y hasta con envidia de los jazz una original banda de música. Los instrumentos son todos de bambú, pero de diferentes tamaños, tanto en el largo como en el grueso.

Según personas que han oído los conciertos de los músicos filipinos, que con gran maestría manejan los originales instrumentos, el sonido que producen se parece bastante al del saxofón.

Como la materia prima, el bambú, abunda tanto en Filipinas, y la fabricación de los instrumentos no tiene nada de dificultosa, es probable que esta clase de bandas se propague hasta llegar a las más pequeñas islas del archipiélago.

Acaba de ser construido en Nueva York un nuevo tipo de canoa-automóvil. Según los técnicos, se trata del tipo de canoa más rápido conocido hasta el día. Su máxima velocidad es de noventa millas por hora.

El reloj astronómico del palacio de Hampton Court, de Londres, construido en 1540, por encargo del rey Enrique VIII, es en opinión de la gente supersticiosa un reloj fatídico.

El día 12 de marzo de 1619, al morir en el palacio, la reina Ana de Dinamarca, el reloj que estaba dando las cuatro se paró instantáneamente, y desde entonces hace lo mismo siempre que fallece en el recinto del palacio una persona que lleve mucho tiempo viviendo en él.

La gente del pueblo cita muchos casos como el de la reina Ana, ocurridos hasta en épocas recientes.

Mucha gente cree todavía, como los gitanos, que el carácter de las personas está escrito en las rayas de las manos. Otros creen adivinarlo por las cartas o en el resto que se deja en el vaso cuando se toma café.

¿Por qué, pues, no deducirlo de la clase de alimentos que come cada cual?

Dime lo que comes, y te diré quién eres.

Así pensaba un médico inglés que se dedicaba a hacer estudios sobre este punto, y de los cuales vino a sacar las siguientes conclusiones:

La carne de vaca hace enérgicos y animosos.

La de cerdo, pesimistas.

La de carnero pone melancólicos.

La de ternera, a la larga, agita toda energía y destruye toda resistencia.

La leche y los huevos dan vivacidad a la inteligencia, principalmente a las mujeres.

La manteca nos hace flumáticos.

La manzana es favorable a los trabajadores intelectuales.

La batata engendra el enojo y la pereza.

Y la mostaza, finalmente, estimula por modo notable la memoria.

Ahora bien: debemos añadir que estas conclusiones del sabio inglés no las elevamos a definitivas, ni mucho menos.

Diversos médicos de los ejércitos francés y británico han comprobado que las heridas de los soldados africanos cicatrizan más rápidamente que las de los hombres de Europa.

Asimismo, la convalecencia de los africanos es mucho más rápida que la de los europeos.

En Baltimore, donde se hace gran cantidad de conservas de ostras, los fabricantes venían pagando hasta 100.000 francos al año para desembarazarse de las conchas vacías. Actualmente en lugar de pagar los 100.000 francos, reciben 130.000 por la venta de las conchas, que se utilizan para reparar y empedrar las carreteras y guarnecer el fondo del mar donde se producen las ostras. Estas suelen fijarse sobre el lecho de las conchas vacías.

De la cabeza del tiburón se obtiene la primera materia para cola. Sus aletas son muy apreciadas en China, en donde se venden a tres dólares la libra. Su carne es muy sabrosa, y el aceite extraído del hígado alcanza considerables cotizaciones. Lo más apreciado es la piel, por resultar poco menos que indestructible. El cuero del tiburón es excelente para la confección de calzado. Los cueros más finos se emplean en tapicería. La piel de los tiburones pequeños sustituye perfectamente a la de lija para el pulimento de metales.

Según afirma un famoso operador inglés, todo cojo o manco, sobre todo si es amputado, disfruta de mayor salud y vitalidad que las personas completas, de igual suerte que los vegetales prosperan y ganan con la poda.

Lo que se desgasta

Debe reponerse

Está comprobado que el ser humano, no es una máquina que puede trabajar indefinidamente.

El trabajo excesivo que se realiza hoy en todas las esferas, ya sea para sobresalir y destacarse de los demás, o bien para mejorar los medios de vida de que se dispone, origina una pérdida considerable de energías que puede acarrear trastornos de importancia.

La vida diaria nos da ejemplos variados y numerosos: hombres de negocios, funcionarios públicos, profesores, alumnos y en general todas aquellas personas que trabajan excesivamente, en un momento dado se sienten desgastados, sin fuerzas, pierden la memoria y la neurastenia los empieza a dominar.

Es entonces llegado el momento de equilibrar el desgaste con nuevas fuerzas. Para eso está la

NUCLEODYNE

(El tónico que dá fuerza)

que lo dejará como nuevo.

En su fórmula, creación de nuestros laboratorios, entran: Fósforo fisiológico, que regenera las células; estricnina, que tonifica los nervios, y zumo testicular de toro, que favorece la secreción de las glándulas del cuerpo. Es realmente un tónico maravilloso.

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmento y Florida

Buenos Aires



La llegada de los tripulantes del hidroavión "Buenos Aires"



El "Buenos Aires", terminando su raid desde Nueva York a nuestra capital, toma aguas argentinas en la dársena norte.



En medio de los entusiastas aplausos de un público enorme, los intrépidos aviadores Duggan, Olivero y Campanelli, se dirigen a bordo del "Garibaldi".



Un detalle de la multitud que esperó el arribo del glorioso hidroavión, apiñada en la Avenida Costanera.



La señora de Duggan aguardando en el crucero "Garibaldi", el emocionante abrazo de su hijo Bernardo.



La entrega a los aviadores, de las medallas de oro instituidas por la Asociación Pro Patria. El acto se realizó en el Automóvil Club.



La señorita Elisabeth Howard Saavedra, de la mencionada institución pronunciando un discurso durante dicha ceremonia.



Duggan, Olivero y Campanelli, saliendo de la Casa de Gobierno después de la visita al presidente de la República, doctor Alvear.



Los aviadores acompañados del presidente de la comisión de recepción, doctor Aldao, y de otros caballeros, durante su recepción en el Aero Club.



Las señoras de Duggan y de Olivero, y otras damas e invitados, acompañando a los valientes pilotos, en la fiesta organizada en el domicilio particular de la primera de las nombradas, pocas horas después del feliz arribo de los aviadores.

BIBLIOGRAFIA



Teniente de navío H. R. Batto, que, bajo el pseudónimo "Teniente H. Dosserres", acaba de publicar "Mar de leva. Cuentos marineros".



Doctor Fulgencio L. Moreno diplomático y publicista paraguayo, autor de "La ciudad de la Asunción", obra que ha obtenido extraordinario éxito.



Doctor Ricardo Gárraldes, autor del libro "Doña Segundo Sombra", recientemente aparecido, y que ha merecido los elogios de la crítica.

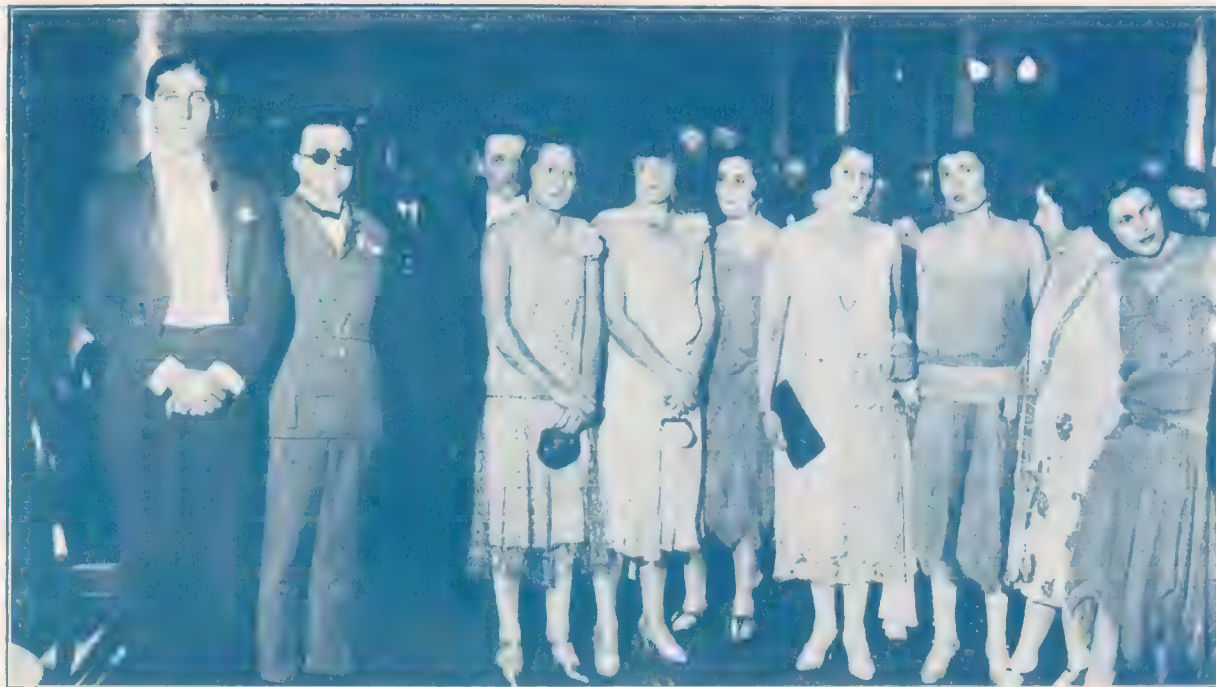


Doctor Enrique Pérez Colman, a cuya pluma se debe el volumen "Amores del terruño. Meditaciones breves", acabado de editar.

Fiesta de beneficencia en el Plaza Hotel



Bajo los auspicios de una comisión de caracterizadas damas de nuestra sociedad, realizóse en el Plaza Hotel un brillante festival de caridad, al cual fueron especialmente invitados los aviadores del "Buenos Aires".— Los pilotos Duggan y Olivero, acompañados por un grupo de damas concurrentes a la fiesta, durante un intervalo del baile.



Celebración del Día del Cerealista



Con la asistencia del ministro de Agricultura, ingeniero Mihura, realizóse en el Príncipe Jorge el banquete con el cual se celebró el Día de los Cerealistas, recientemente instituido.—A la izquierda: la cabecera de la mesa.—A la derecha: vista parcial de los numerosos comensales que concurrieron al banquete.

Aniversario de la Reconquista



Los ministros de Guerra y de Marina y el intendente municipal, saliendo de Santo Domingo, después de oficiado el Tedéum.

Aureolación de la imagen de San Roque



La procesión dirigiéndose desde la Catedral a la basílica de San Francisco, durante la ceremonia de la aureolación de la imagen de San Roque.

Nuevo presidente de la Unión Industrial Argentina

Señor Luis Colombo, que acaba de ser elegido por unanimidad para ocupar la presidencia de la Unión Industrial Argentina.



NECROLOGIA



Señora Esperanza M. de Decol.



Señora María E. de Saint Hilary.

Homenaje de la Liga Patriótica Argentina a los tripulantes del "Buenos Aires"

Los aviadores Duggan, Olivero y Campanelli con un grupo de señoritas de la comisión central de la Liga Patriótica, durante el homenaje que esta institución tributó a los bravos aviadores y que consistió en un te danzante realizado en su honor, en los salones del Giro's Club. Los pilotos fueron condecorados con medallas de oro por las señoritas Celina de Estrada, María Esther Campos Carlés y María Clementina Villegas, que son las que aparecen en la fotografía.



Nota deportiva



Señora Margarita E. de Palmeyro, distinguida y entusiasta deportista del norte argentino, recientemente premiada con medalla de oro en el campeonato de tennis de Tucumán.

Sociedad "Hacia el camino de la perfección"



Elementos de la nombrada asociación cultural, que interpretaron la comedia de Jacinto Benavente "Los intereses creados", durante la fiesta realizada en el salón de la Unión e Benevolencia, con la cual se celebró el octavo aniversario de la fundación del mencionado centro social.



Asociación Atlética Argentinos Juniors

Celebrando el vigésimo segundo aniversario de su fundación, la Asociación Atlética Argentinos Juniors organizó una lucida fiesta social, que se llevó a efecto en los salones de la asociación. — Dos grupos de la concurrencia que asistió al acto.



Centro de Clases de la Armada Nacional



Organizado en honor de los socios de dicho centro, recientemente ascendidos, realizóse un animado te danzante en el local de la mencionada institución. — A la izquierda: grupo de los ascendidos, en cuyo obsequio se efectuó la fiesta. — A la derecha: vista parcial de la concurrencia.



SOCIALES



CAPITAL FEDERAL.—La señorita Nella Anguillesi y el señor Daniel P. Harispe, recientemente desposados.



Enlace de la señorita Teresa Piecho con el señor Vicente Biondo.



La señorita Irma Beyer Murphy, y el doctor José G. Arroyo, después de sus esponsales.



La señorita Delia Lanfranchi Boero y el señor Emilio Marconetti, cuyo matrimonio se efectuó recientemente.



MENDOZA.—Señorita María Florencia Beto, que contrajo enlace con el ingeniero Jorge Erquiaga.



Señorita Margarita Guilhou, desposada con el doctor Alberto Chacón.



CORDOBA.—Doctor Carlos E. Bettelani y señorita Lucía Schmierdeche, cuyo matrimonio se realizó últimamente.



ROSARIO.—Enlace de la señorita Manola Lurá con el señor Jacobo Leeggstra.



La señorita Florinda Guerrero y el señor Manuel Sousa, después de su matrimonio



Enlace de la señorita Margarita Orobitz con el señor Prudencio Torres.



La señorita Inés María Ruggieri y el señor Joaquín Castex, que recientemente se desposaron.



Los contrayentes, señorita Aurora López y señor T. Adolfo Deffes, después de su enlace.



Actualidades cinematográficas



Raquel Meller, protagonista de "La ronda nocturna", cine drama que Max Glücksmann comenzó a exhibir ayer.



Madge Bellamy, la bella protagonista de "Mechita, la chica 1920", extraordinaria que presentará la Fox el próximo domingo.



Za-Zu-Pits y Baby Violet Cane en una escena de "Despojados de ama", que la Corporación estrenará mañana.



Maurice La Motte y Allan Forrest en "La quinta avenida", lujoso film que Max Glücksmann estrenará el viernes próximo.



Douglas Fairbanks completando su caracterización durante el filmaje de "El pirata negro", próximo estreno de Artistas Unidos.



Eileen Percy y Rex Lease, en "El triunfo final", que la New York Film estrenará pasado mañana.



Mario Lopez, David Devine y Glenda Gault en "Vientos de espumas", cine drama que la Fox estrenará pasado mañana jueves.



Mary Prevost y Williams Lewis en "Bécame otra voz", film Ajuria que la General estrenará el próximo viernes.

FRAY MOCHO EN ROSARIO DE SANTA FE



Los esposos don Manuel Ordóñez y doña Amelia Escudero de Ordóñez, rodeados de los miembros de su familia, en ocasión de celebrar sus bodas de plata matrimoniales, acontecimiento por el cual les tributaron numerosas demostraciones de afecto las muchas personas que concurrieron a cumplimentarles en su residencia particular.



Señorita Alcira Olivé, distinguida escritora rosarina, autora de numerosas obras teatrales representadas con éxito.



Vista parcial de la concurrencia que asistió a la conferencia pronunciada por el señor Ponsa y organizada por el Centro de Estudiantes en la Escuela Normal número 2.



Asamblea del C. A. Newell's Old Boys, para elegir 4 miembros de la comisión directiva.—Arriba: la mesa directiva. Abajo: público asistente.



El señor Pincenza (x) presidente de la Federación Agraria Argentina y la comisión de la misma, durante el 14.º congreso realizado por la institución (Fots. Flores Toledo.)



Información gráfica del interior



QUEMU - QUEMU.—Team El Nacional que triunfó sobre Pico Football, por un score de 2 a 1 goals.



Representantes de Pico Football, que fueron vencidos en su encuentro con El Nacional de Quemu-Quemu.



TEMPERLEY.—Señora Brígida viuda de Piccioulo, cuyo fallecimiento ha sido lamentado en la localidad.



TANDIL.—Durante el homenaje tributado al señor Linares Rivas en la estancia Bella Vista. El director de la Escuela Normal, señor Cotta, haciendo uso de la palabra.



ZAPALA.—Banquete con que un grupo de vecinos de la localidad obsequió al gobernador del Territorio del Neuquén, señor Pedro Moreno, en ocasión de la visita de dicho mandatario al mencionado pueblo.



DEL CAMPILLO (Córdoba).—Team del Club Deportivo Belgrano, acompañado de su presidente, doctor L. Esquivel Huergo y del niño Bollito Alustiza, mascota de dicho cuadro, que ha actuado brillantemente en dicha región.



ZAPALA (Neuquén).—Escena del drama "El rosar de las ruinas", interpretado por un conjunto de aficionados, durante la función organizada en honor del gobernador del territorio.



FELIPE SOLA (F. C. S.).—Equipo Nueve de Julio vencido en el match sostenido con Sportivo Pelicura.



Cuadro Sportivo Pelicura que triunfo sobre Nueve de Julio de Felipe Sola. (Fots. Carretero, Ligaluppi, Bersano y Otaola.)

Mi querido Nelson: Me encuentro en una situación verdaderamente angustiosa y estoy firmemente convencido de que tú eres la única persona que en el mundo puede sacarme de ella. Si puedes dejar por unos días tus importantes ocupaciones, te agradeceré con toda mi alma que me hagas una visita. No sé si habrás leído en los diarios que estoy por casarme con William Mansford. Pues bien; hay cosas de por medio que harán imposible nuestro matrimonio. En el camino de mi felicidad se ha interpuesto un terrible misterio, que sólo tú podrás aclarar. No niegues este favor que te pide tu pobre prima, que se encuentra a las puertas del manicomio. Te espera sin falta, Mabel".

Nelson Coléman leyó por décima vez la carta anterior, mientras cómodamente arrellenado en un sillón Pullman del expreso de Edimburgo, saboreaba con fruición el exquisito tabaco que llenaba su pipa. Luego, sacando un mapa del bolsillo, se puso a estudiarlo con detención.

—"Old Hall" — murmuró al cabo de un rato hablando consigo mismo. — La residencia de mi prima Mabel se encuentra a cinco kilómetros escasos de la granja de Staveley. ¿No estará relacionado el motivo de su llamada con los misteriosos sucesos que se han desarrollado allí hace poco tiempo? William Mansford, el prometido de mi prima, es el único sobreviviente de la familia a quien pertenece aquella propiedad. Hace seis meses todavía vivían el viejo Mansford y su hijo Tomás. Poco después el jefe de la familia murió, y a los dos meses desapareció en circunstancias misteriosas su hijo y heredero.

El detective cargó nuevamente su pipa, encendióla distraidamente y prosiguió su monólogo:

—El viejo Mansford fué encontrado muerto en la cama por su mayordomo algunos meses después de la llegada de sus hijos, que habían permanecido durante algunos años en Australia. Según las declaraciones de la servidumbre, estaba sentado sobre el lecho, con los ojos muy abiertos, y teniendo en la mano derecha el extremo del tubo acústico que ponía en comunicación su dormitorio con el del mayordomo. El médico certificó que había muerto de un ataque al corazón. Esto ocurrió hace cinco meses — continuó mentalmente el detective. — Hace dos, uno de los sirvientes de la casa quedó horrorizado al encontrar a Tom Mansford, el hijo y heredero del viejo, tendido muerto a los pies de la cama. Tom había elegido para habitar la mismas habitaciones que ocupaba su padre y dormía en el mismo lecho que usara éste. Los médicos certificaron, igualmente, que había fallecido de un ataque al corazón. Estas coincidencias fueron comentadas por los diarios; pero la cosa no pasó de aquí.

Y Nelson Coléman trató de buscar en su mente la relación que pudieran tener estos hechos con la carta que había recibido de su prima.

—Pronto saldré de dudas — pensó al cabo de un buen rato mientras el tren acertaba la marcha.

Minutos después, el detective se apeaba en la estación de Marchall, en la que lo esperaba Mabel, acompañada de su prometido. Un coche aguardaba a la salida y, después de hechas las presentaciones del caso,

El misterio de la granja Staveley

Por Nelson Coléman

Coléman fué conducido como lo esperaba, a la granja Staveley, de la que, a consecuencia del fallecimiento de su padre y hermano mayor, era propietario Guillermo Mansford.

tenible. Pero para que usted se forme idea exacta de ella, voy a ponerle al corriente de cuanto pueda servirle para orientarse en este asunto. Mi difunto padre hizo su fortuna en Australia, de donde re-

cia tres meses antes de su muerte. La granja, despertó una noche con sus gritos a toda la servidumbre de la casa. Cuando penetraron en su dormitorio, la encontraron presa de un ataque de histerismo agudo, y sólo pudieron inferir de sus incoherentes palabras que un fantasma había penetrado en la habitación, y que, acercándose al lecho, la había tocado con su mano brillante y descarnada. La buena señora falleció a consecuencia del susto y, como es natural, nadie dió crédito a sus afirmaciones. Sin embargo, su hijo trató de vender la propiedad y desapareció de la región.

Mansford encendió un cigarrillo y prosiguió:

—Cuando nosotros supimos estos detalles, la compra estaba hecha; y, poco tiempo después, nos instalamos en la granja. De la antigua servidumbre sólo queda el mayordomo Templeton, hombre de carácter hosco y retraído, pero de una honradez a toda prueba. Como el dormitorio donde muriera la anterior dueña de la propiedad, era la mejor pieza de la casa, mi padre la eligió para él y allí fué donde murió en la forma trágica de que hablaron los diarios y que usted seguramente conoce.

Coléman hizo una señal de asentimiento.

—Aunque mi padre jamás había sufrido anteriormente del corazón — prosiguió el joven, — tanto mi hermano Tom, quien, según las leyes inglesas, entró en posesión de la mayor parte de los bienes del finado, como yo, terminamos por hacernos la idea de que su muerte había sido puramente casual. Mi hermano era hombre de una obstinación sin límites, y bastó que volvieran a correr entre la servidumbre rumores acerca de la existencia de duendes o fantasmas en la pieza que había servido de dormitorio a nuestro padre para que no hubiera medio de disuadirle de su propósito de dormir a su vez en ella. Sin embargo, dormía siempre con un revólver cargado al alcance de su mano, y le advertí que su puntería era tan excelente como grande su valor. Pues bien, durante dos semanas nada ocurrió de anormal, hasta que un día, cuando todavía me encontraba en el lecho, uno de los sirvientes comenzó a dar descomulgados golpes a la puerta de mi dormitorio. Entonces tuve un presentimiento, y antes de que él me dijera una sola palabra, corrí apresuradamente al cuarto de mi hermano. Allí lo encontré tendido en el suelo, al lado de la cama, y empuñando todavía el revólver. Los médicos que hicieron la autopsia certificaron que también había muerto de un ataque al corazón. Pero, señor Coléman yo le juro — y la voz de Guillermo Mansford adquirió, al pronunciar estas palabras una entonación solenne, — le juro que mi hermano no murió del corazón. Algo ocurrió en aquella pieza, algo terrible, que no acierto a comprender, tuvo lugar allí, y eso fué lo que mató tanto a mi padre como a mi hermano, con la misma rapidez y eficacia que si sus cerebros hubieran sido atravesados por una bala. Y yo tengo que averiguarlo; ¿me comprende usted?; porque — y aquí su voz se alteró de nuevo — hay quien cree, y no es un solo, que he sido yo quien asesinó tanto a mi padre como a mi hermano, por heredar su fortuna. El detective le miró fijamente, como si quisiera penetrar con su

Pidan

"QUILMES DE INVIERNO"

La mejor cerveza
para la estación

Una hora después, los dos hombres, cómodamente arrellenados en sendos sillones, conversaban en el gabinete de trabajo del dueño de la granja.

—Mabel—manifestó Guillermo— lo ha llamado a indicación mía, porque mi situación se ha hecho insos-

gresó hace poco más de un año, comprando al poco tiempo de su venida esta propiedad, que su dueño se vió obligado a vender por menos de su verdadero valor, por desear deshacerse de ella a consecuencia de la misteriosa muerte de su madre. Esta señora, que sólo ha-

Aun cuando un gran ingenio....

siempre se haga admirar, profesamos empero especial respeto al carácter. El primero es producto en cierto modo de la fuerza del cerebro; el segundo lo es de la fuerza del corazón y en último resultado, el corazón es el que gobierna la vida.

SMILES.

mirada hasta el fondo de su alma. Era indudable que la hipótesis que acababa de emitir no le parecía completamente desprovista de verosimilitud.

—¿Ha tomado cartas en el asunto la policía? — preguntó.

—De una manera abierta, todavía no; pero me consta que se están haciendo averiguaciones. Por otra parte, yo no puedo casarme con Mabel mientras esto siga así.

—¿Ha dormido usted alguna vez en esa habitación? — interrogó el detective.

—No, señor — contestó Guillermo como avergonzado por su falta de valor. — Mabel me hizo prometerse así.

—Muéstreme el dormitorio—dijo Coleman, después de algunos instantes de reflexión.

Mansford hizo sonar un timbre, y momentos después se presentaba un hombre de edad madura, el tipo clásico del mayordomo y hombre de confianza, con grandes patillas, y el seño de la honradez más acrisolada retratado en el semblante. El dueño de la casa le pidió la llave del dormitorio, al mismo tiempo que le puso al corriente del objeto de la visita del detective.

—¡Ojala pueda el señor aclarar el terrible misterio que pesa sobre esta casa! — manifestó con acento sincero; — pero mucho me temo que sea un asunto de fuera de este mundo. Hay, tanto en esta vida como en la de más allá, infinidad de cosas en las que al hombre le es vedado penetrar.

—¡Pobre Templeton! — dijo Mansford cuando se hubo retirado el fiel mayordomo. — No hay quien le saque de la cabeza que todo ha sido obra de algún espíritu del otro mundo.

Cuando Coleman penetró en el dormitorio donde se habían desarrollado los dramas cuyo misterio trataba de aclarar, durante largo rato permaneció concentrado en sus propios pensamientos, tratando de grabar en su mente sus menores detalles.

Era una gran pieza cuadrada, sobre una de cuyas paredes se apoyaba la cabecera de un lecho de madera, de estilo antiguo, con pabellón que daba frente a dos ventanas abiertas simétricamente en la parte de la casa que daba al parque. La pieza estaba situada en la parte media del primer piso. Una gran chimenea ocupaba una de las paredes laterales, y cerca de ella se veía un lavatorio. Casi pegando con la cama, y del lado de la chimenea, había una mesita de noche, en la que se notaba la presencia de una horquilla metálica, que servía de soporte al tubo acústico, que como ya se dijo, era utilizado para comunicarse con la habitación de abajo, donde vivía el mayordomo. Sobre esta mesita se veía un velador eléctrico. Varios sillones de brazos y otros muebles de menor cuantía contribuían a completar el aspecto de sólido confort que presentaba el dormitorio.

Al cabo de un largo rato salió Nelson Coleman de su ensimismamiento.

—¿Quiere mostrarme, señor Mansford, la postura exacta que tenía su padre cuando lo encontraron muerto? — dijo de pronto.

Haciendo un visible signo de repugnancia, Guillermo obedeció.

Faltan las ropas de la cama y las almohadas—dijo;—pero su posición era más o menos ésta: casi sentado, las rodillas un poco levantadas, y el tubo acústico en la ma-

no derecha y mirando con los ojos muy abiertos en dirección a la ventana.

De nuevo se sumergió el detective en el estado de concentración profunda que le era habitual. Dirigió una mirada inquisitiva en torno de la habitación, en la que el sol penetraba a torrentes por las abiertas ventanas. De repente lanzó una exclamación ahogada, subió de un salto sobre el lecho y examinó detenidamente los alambres que sujetaban el pabellón. Los tanteó alternativamente y comenzó a silbar con aire distraído.

—¡Qué cosa más rara! — exclamó, como si hablara consigo mismo.

—¿El qué? — preguntó Mansford sorprendido.

—La luz; rarezas de la luz — contestó con sonrisa enigmática

cia su propósito de dormir en él como su padre y su hermano. Esta misma noche llegarán de Londres uno de mis mejores auxiliares, el sargento Smith, y velaremos por que no corra ningún peligro. Nosotros estaremos ocultos en el parque. Usted se acuesta, apaga la luz y permanece durante un cuarto de hora en el lecho. Pasado este tiempo se levanta, salta por una de las ventanas y se reúne a nosotros. ¿Me ha comprendido bien? Por lo que más ame en este mundo, le recomiendo que no vaya a quedarse dormido. Pues si eso sucede, acaso no llegaríamos a tiempo para salvarlo.

Un cuarto de hora después, Coleman anunció al dueño de la granja, en presencia del mayordomo y otros sirvientes, que aquella misma noche

supercherías, y para probárselo, entonces mismo, dió orden a uno de sus sirvientes para que aquella noche preparara lo necesario para dormir allí.

Coleman repitió insistentemente su recomendación al subir al carruaje que había de conducirlo a la estación del ferrocarril y al cerrar la portezuela, el viejo mayordomo le susurró al oído:

—Es inútil, señor... ¡Obstinado y duro de cabeza como su padre y su hermano! No se marche sin haberle convencido de que no debe dormir en esa pieza maldita.

Aquella misma noche, Nelson Coleman y el sargento Smith saltaban, pasadas las once, las tapias de la granja e iban a ocultarse detrás de unos matorrales, desde donde se distinguía perfectamente, a pesar de la oscuridad reinante, toda la casa. En las ventanas del dormitorio se distinguía luz. Al cabo de una larga espera, ésta se apagó. El momento crítico se acercaba.

Pasaron como veinte minutos y Coleman comenzaba a dar muestras de desasosiego, cuando ambos detectives vieron que una sombra, más negra aún que la oscuridad ambiente, se destacaba en el marco de la ventana y saltaba después sobre el césped.

—Todo parece normal—dijo Guillermo en voz baja a Coleman cuando estuvo a su lado.—Me metí en la cama como usted me dijo, teniendo la precaución de atar la puerta con un hilo fino de coser. Si el fantasma entra por ella, lo sabremos.

—Esta bien—contestó el detective;—y ahora preparémonos para observar.

Las horas se destilaron lentamente y los tres hombres se turnaron en la vigilancia de las ventanas del dormitorio. A eso de las cinco Coleman se decidió a penetrar en la habitación. Todo estaba exactamente como lo había dejado Mansford, quien no pudo ocultar su desencanto por la inutilidad de la prueba. El detective se había subido al lecho y nuevamente examinaba con detención el alambre que sujetaba el pabellón. De repente, Guillermo exclamó asombrado:

—¿Cómo puede ser esto? Yo no hice funcionar el ventilador y ahora se encuentra en movimiento. Sin embargo — agregó examinando el hilo que había colocado en la puerta — nadie ha penetrado en el dormitorio.

—El hecho es bastante extraño por cierto — manifestó Coleman, sin dar al parecer gran importancia al detalle. — Y ahora desnúdese y acuéstese tranquilamente a dormir. Por el momento no existe el menor peligro.

—No comprendo...

—Ni yo tampoco. Lo único que puedo decirle es lo siguiente: ni su padre, ni su hermano, murieron de ataque al corazón, sino que fueron lisa y llanamente asesinados. Probablemente usted lo habría sido también si hubiera dormido en esa pieza.

—Pero, ¿quién los asesinó y cómo?

—No lo sé todavía, pero lo averiguaré — contestó sombríamente Coleman.

Coleman y el sargento Smith se encaminaron a la granja donde vivía la prometida de Mansford, distante, como ya se ha dicho, unos cinco kilómetros de Staveley. Allí pensaban pasar el día. Guillermo iría a verlos por la tarde.

EL PANTALON DEL OFICINISTA



—Se ha roto el espejo... Pero todavía queda el pantalón de papá...

mientras sacaba furiosas bocanadas de humo de su pipa y media repetidas veces, a largos pasos, el piso de la habitación.

—Vea, Mansford — prosiguió, — aquí ha intervenido un duende, y necesitamos que trabaje de nuevo; esta será la única manera de poderle seguir la pista. Ahora vamos abajo, y en presencia del mayor número de personas posible yo le recomiendo que cierre la puerta del dormitorio y no vuelva a penetrar en él. Entonces usted se ríe, y, haciéndose el espíritu fuerte me anun-

pensaba volverse a Londres. Como medida precaucional, aconsejó a Mansford que cerrara a cal y canto el dormitorio fatal, pues que, dado los rumores que habían corrido acerca de la existencia de fantasmas y seres del otro mundo en el mismo, su imaginación exaltada podría dar lugar a que por sugestión se repitiera el caso de su padre y hermano.

Esta recomendación del detective fué acogida por Guillermo con una carcajada. El era demasiado hombre para dar crédito a semejantes

AFINIDAD

Luego que el temporal hubo escampado,
—mientras el tiempo blandamente pasa—
en un rincón del patio me he sentado,
y hay un charco en el patio de la casa.

Desde mi silla, conturbado veo
la estrella que en el agua se refleja.
¡Si pudiera lograrla!... Mi deseo
se agudiza de pronto en una queja.

Pues recordando a la mujer aquélla
—tan adorable como casquivana—
la he comparado con la hermosa estrella,
que teniéndola cerca está lejana...

EDUARDO O. ZAPIOLA.

Marbel estaba inquieta por la suerte que pudiera haber corrido su prometido al pasar la noche en el dormitorio maldito. Coleman calmó mediante algunas palabras tranquilizadoras sus excitados nervios. Terminado el desayuno, los dos hombres del Scotland Yard dedicaron algunas horas al descanso. Smith, sin embargo, tuvo un sueño bastante intranquilo.

El recuerdo de la muerte de la señora Bretherton, la anterior dueña de la granja, de cuyo trágico fin le había puesto en antecedentes su amigo y superior Nelson Coleman, no podía separarse en su mente de las figuras de los dos miembros de la familia Mansford, que tan misteriosamente habían pasado al otro mundo ocupando la misma cama. La granja era un edificio antiguo que probablemente tendría más de tres siglos, y pertenecía a ese tipo de construcciones en que solían prodigarse los pasajes misteriosos y las puertas secretas. ¿Por qué no había de haber una que diera paso al dormitorio fatídico?

Por esa puerta habría penetrado en los tres casos el asesino, disfrazado en forma tal que su vista produjera la sensación del más intenso espanto. El fósforo hábilmente aplicado al rostro, a las manos y al vestido le habría dado un aspecto suficientemente aterrador para producir el pánico en el corazón varonil. Smith recordó que la señora Bretherton afirmó que había sido tocada por una mano descarnada que brillaba en la oscuridad; la del asesino, sin duda, impregnada en una disolución de fósforo. Este asesino era probablemente un loco poseído de la manía homicida, quien, atemorizado por los gritos de la vieja, que pusieron en conmoción a todos los habitantes de la casa, se había puesto a salvo sin consumir su delito...

Y el buen Smith se sonrió de la falta de intuición de su amigo y superior jerárquico Coleman, al no habérsele ocurrido la idea luminosa que acababa de brotar en su mente. Momentos después de hacer estas reflexiones, Smith se dirigía a la habitación que ocupaba Coleman y con marcado aire de suficiencia le exponía su hipótesis. El detective le escuchó distraídamente arrancando densas nubes de humo a su renegrida pipa. Cuando Smith terminó su exposición, sacóse la pipa de sus labios y le contestó fríamente:

—Mi querido Smith, lo felicito por sus progresos en el oficio; pero por esta vez he de decirle que no está acertado; en el dormitorio no hay puerta secreta.

—¿Cómo lo sabe usted—preguntó el sargento un tanto amoscado por la frialdad con que el jefe había acogido su descubrimiento,—si ni siquiera la ha buscado?

—Voy a decirle por qué no la he buscado, pues estoy convencido de que no existe tal puerta. El dormitorio ha sido enlucido recientemente por un obrero de la localidad inmediata, y de haber existido tal puerta, la habría tapado al colocar el papel. Además, en el caso de la muerte de la señora Bretherton intervinó el inspector Mc Iver, de Scotland Yard, y yo a Mc Iver lo conozco bien porque hemos trabajado juntos. Su fuerza de observación es extraordinaria y si su potencia deductiva estuviera desarrollada en el mismo grado, sería sin duda alguna el primer as de la po-

licía británica. Pues bien; si Mc Iver no encontró la puerta secreta, es porque tal entrada no existe.

Y bien—insistió Smith;—si no existe la puerta secreta, ¿por dónde entró el que puso en movimiento anoche el ventilador?

—El ventilador fué puesto en movimiento desde afuera, y quien puso en movimiento el ventilador es precisamente el pájaro que andamos buscando.

En aquel momento llegó Guillermo Mansford. Coleman lo miró fijamente. En su rostro había algo que llamó poderosamente la atención al detective. Era como una mancha rojiza que formaba un círculo en torno de la boca.

—¿Qué es eso que tiene en la cara? —le preguntó el detective.

—No lo sé, señor Coleman. Hace cosa de un par de horas comencé a sentir una gran picazón en este

Guillermo recibió la orden de volver a Staveley. Cenaría como de costumbre e iría a acostarse a la misma hora que la noche anterior. Los dos detectives, en lugar de pasar la noche fuera de la casa, penetrarían en el dormitorio por una de las ventanas, y los tres, armados hasta los dientes, esperarían los acontecimientos.

Todo se cumplió al pie de la letra y a eso de las once y media los dos detectives trepaban por la ventana del dormitorio donde, con la luz ya apagada, los esperaba Mansford.

—Ni una palabra, ni el menor ruido —les dijo Coleman en voz baja.—Siéntense y esperen.

El detective cruzó la pieza dirigiéndose a la mesita donde estaba el ventilador. Tomó el extremo del tubo acústico, que, como se ha dicho, estaba enganchado en una hor-

ca y oyó un tenue ruido, muy parecido a un ligero tapotazo. A eso siguió otro ruido apenas perceptible en la cama que ocupaba Coleman, y pudo verse que éste acababa de encender un fósforo. En el tubo metálico que enchufaba Coleman dentro del acústico ya no se veía el tapón. Sin duda el pequeño ruido en primer término había sido producido por éste al saltar empujado por una corriente de aire. Coleman acercó el fósforo encendido al tubo y con gran asombro de los que contemplaban la operación se produjo una llama azulada, que continuó ardiendo iluminando con sinic tra y tenue luz el dormitorio. El detective corrió entonces las cortinas del lecho y la habitación quedó de nuevo a oscuras.

Smith tenía a su lado a Guillermo Mansford y percibía con toda claridad la respiración entrecortada que se escapaba de su garganta. Así permanecieron durante más de diez minutos. De repente oyeron la voz de Coleman que decía en voz tan baja que parecía un suspiro:

—Ahora viene; quietos, oculta lo que ocurra.

El sargento Smith no era hombre que se asustara por cualquier cosa. En más de una ocasión se había encontrado frente a frente con la muerte y siempre supo desafiarla con valor. Sin embargo, en aquel momento no pudo reprimir un temblor de espanto que recorrió todo su cuerpo, mientras sus dientes castañeteaban sin que su voluntad fuera lo suficientemente poderosa para dominar aquellos movimientos incoercibles de su sistema nervioso excitado hasta el paroxismo. Por lo que hace al estado de ánimo de Mansford, quince días después todavía conservaba Smith, en uno de sus brazos, las señales de sus dedos.

Lo que vieron los espectadores de aquella escena de horror fue lo siguiente:

En el ángulo superior de una de las ventanas comenzó a desracarse una tenue claridad que poco a poco se fué convirtiendo en una especie de halo luminoso en cuyo centro se veía una mano, una garra más bien, descarnada y huesosa que brillaba con siniestro resplandor. Aquella mano fatídica comenzó a moverse con lentitud en dirección a la cama, deteniéndose por fin a los pies de ella y como a medio metro de altura sobre la misma.

Gruesas gotas de sudor brotaban de la frente de Smith, quien al tenue resplandor producido por la aparición, pudo ver el rostro de Mansford contraído por el terror. Ahora comprendía el infeliz cómo habían muerto su padre y su hermano, o mejor dicho, lo iría a comprender pronto. ¿Qué haría ahora aquella garra misteriosa, cuya aparición no podía explicarse? ¿Reanudaría de nuevo su movimiento a través de la atmósfera de la habitación hasta asirle por la garganta, como probablemente había hecho con su padre y con su infatigado hermano?

En aquel momento se vió a Coleman, que hasta entonces había permanecido tendido en el lecho, ponerse de rodillas sobre el mismo. El detective contempló durante algunos segundos la mano misteriosa, luego llevó un dedo a los labios indicando silencio a sus compañeros, y dando un agudo grito de espanto se dejó caer estrepitosamente del lecho. Un momento después estaba en pie y hacía signos imperativos

ANÉCDOTA

Defendiendo Demóstenes—la gran figura a quien ahora va a consagrar Clemenceau un libro apologético—a un hombre que iba a ser condenado a la pena capital, algunos de los jueces se divertían entre sí en conversaciones que disgustaron al elocuente orador.

Y al comprender que la oratoria sería inútil en un país de sordos, trató de llamar la atención de los jueces; y lo consiguió refiriendo un cuento que enlazó con su asunto, y es el siguiente.

Un aldeano alquiló un asno a un pasajero, principiendo la jornada juntos; el pasajero en el jumento y el dueño a pie. Como era en el estío, y la hora de mediodía, el sol incomodaba demasiado; al extremo de haber de apearse el que iba montado, acogiéndose a la sombra del asno. Viendo esto el alquilador, dijo:

—Eso no, buen pasajero; que yo el jumento alquilé, pero la sombra no, y siendo esto así, apártate de ella y déjamelas.

—No estás en lo justo —replicó el otro;— porque si el asno no puede apartarse de su sombra, cuando yo pagué su alquiler también pagué su sombra.

—He aquí—dijo Demóstenes—entablado un pleito entre dos partes que van al tribunal, sosteniendo cada cual su derecho y confiando en la imparcialidad de los jueces.

Entre tanto, los que esto escuchaban habían dejado de hablar, y atentos y silenciosos, no podían ocultar el interés que tomaban en el pleito del jumento, ni la extraordinaria curiosidad que tenían por saber la resolución que en él recayó; pero el diestro orador, cambiando de repente de entonación y de asunto, dijo:

—¡Oh, Senado supremo! El despreciable litigio de un asno llama vuestra atención y no os la despierta la vida de un hombre!

Esta reconvencción produjo tal efecto que no se distrajeran más; escucharon al irresistible orador, y el reo fué absuelto.

sitio. Ahora no me molesta tanto, pero tengo un cerco rojo alrededor de la boca. Parece como si me hubiera picado una familia de avispas.

Coleman se sumió en sus habituales meditaciones. Al cabo de unos minutos dió un fuerte puñetazo sobre la mesa. Sus interlocutores lo miraron asombrados.

—Ya está—dijo con aire de triunfo.—Ya tengo el hilo que me faltaba. Esta noche espero que se aclarará el misterio. Me mantengo en lo que dije esta mañana, Mansford. Tanto su padre como su hermano murieron villanamente asesinados. Antes de mañana sabremos quién ha sido el asesino.

quilla metálica clavada en la madera, y sacándole el tapón introdujo en el orificio un tubito metálico como de diez centímetros de longitud, el que ajustó perfectamente. Luego puso el tapón del tubo acústico en el extremo abierto del cilindro metálico que acababa de acoplarle, apagó la lámpara eléctrica de bolsillo que le había suministrado luz para ejecutar estas operaciones y sentándose en la cama, esperó.

El tic-tac del reloj que había en la repisa de la chimenea era lo único que rompía el silencio de la noche. Así fueron transcurriendo las horas, lentas, monótonas, interminables. Por fin, cerca de las dos,

a sus compañeros para que no se movieran. Entonces la mano misteriosa comenzó a retirarse lentamente hacia la ventana recorriendo el mismo camino que había traído a su venida. La luz se fué desvaneciendo poco a poco hasta desaparecer por completo, quedando el dormitorio alumbrado únicamente por el tenue resplandor azulado de la llama que ardía en el extremo del tubo acústico.

Oyóse en la habitación de arriba algo parecido al ruido de una puerta al cerrarse nuevamente, reinando de nuevo el silencio más absoluto en toda la casa. Un momento después, la luz que ardía en el extremo del tubo se apagó de repente, y casi de una manera simultánea comenzó a oírse el ruido característico de un ventilador en movimiento, mientras una corriente de aire se hacía sentir dentro del dormitorio.

Entonces se oyó la voz de Nelson que daba órdenes en voz baja:

—Mansford, tiéndase en el suelo al lado de la cama, como si hubiera caído. Fínjase muerto y no se mueva por nada del mundo. Smith, prepare las esposas y ocúltense conmigo detrás de las cortinas de la cama. Esté preparado porque todavía no sé con qué clase de pájaro tendremos que lidiar.

Cóleman apagó su lamparita de bolsillo; los primeros resplandores del alba iluminaban confusamente la habitación. De repente se oyó un tenue ruido en la puerta; ésta se abrió lentamente y una figura humana penetró cautelosamente en la estancia, dió vuelta al lecho y se detuvo a los pies del mismo, donde yacía el cuerpo de Mansford. Aquel hombre se inclinó, casi se dobló sobre él, permaneciendo así largo rato. Luego se irguió y rompió en una horrible carcajada, en una risa lenta, sorda, exultante, en la que se percibía una nota que por sí misma bastaba para dar la clave de aquel misterio. El hombre capaz de reír de aquella manera no podía menos de estar loco.

A una señal de Cóleman, Smith se arrojó sobre él. Ambos lucharon denodadamente y fué preciso la cooperación de los tres hombres para reducir aquella bestia salvaje a la inacción. Por fin consiguieron ponerle las esposas y a la luz tenue del crepúsculo pudieron distinguir sus facciones. Aquel hombre era Templeton, el mayordomo de los Mansford.

—Atelo a la cama para que no pueda moverse — dijo el detective a su subordinado. — Nosotros tenemos que hacer arriba.

Cumplida esta orden, los tres hombres salieron precipitadamente de la habitación.

—Condúzcanos a la pieza con que se comunica el dormitorio mediante el tubo acústico — dijo el detective al dueño de la casa.

Mansford indicó el camino; abrió de un empujón una puerta, y un grito de horror los contuvo apenas habían puesto los pies en el umbral.

Frente a ellos había una mujer de mirada extraviada, vestida únicamente con una camisa de noche. Estaba de pie en medio de la habitación, delante de una retorta de cristal, llena de líquido viscoso, que hervía y burbujaba con ruido siniestro. En el momento que notó la presencia de los tres hombres, aquella mujer, que tenía todo el aspecto de una furia, levantó la retorta, alzándola por encima de la cabeza.

—¡Atrás! — gritó Cóleman a sus compañeros. — ¡Atrás, si en algo aprecian sus vidas!

Pero la recomendación fué inútil porque la retorta se desprendió de las manos de la mujer, haciéndose pedazos al chocar contra su cabeza. Entonces se oyó un grito de mortal agonía y la mujer se arrojó al suelo retorciéndose en las convulsiones de la más horrible de las muertes. Nada pudo hacerse por ella, y antes de cinco minutos había expirado en medio de los sufrimientos más atro-

vía en la oscuridad más completa.

—Nada más sencillo— manifestó el detective. — Como recordará usted, una de las cosas que más llamaron la atención en su dormitorio fueron los alambres que sujetan el pabellón de su lecho. Su brillo a los rayos del sol no era el mismo, y al examinarlos detenidamente noté que uno de ellos estaba cubierto con una capa de aceite que se había secado. Ahora bien; ¿por qué uno de los alambres había sido untado con aceite y el otro no? A pesar de



—¿Te has comido el pastel?
—No, mamá.
—Entonces, ¿qué significan estas miguitas en el suelo?
—Precisamente... ¿Crees que si me lo hubiera comido dejo miguitas en el suelo ni en ninguna parte?

ces. El contenido de la retorta era ácido sulfúrico en ebullición.

—Bien—decía Nelson Cóleman algunas horas después, mientras sentado en el comedor de la granja, saboreaba tranquilamente su desayuno, — señor Mansford; ya puede estar tranquilo. Por mi parte, espero que no dejará de invitarme para su boda.

—De acuerdo—contestó Guillermo; pero antes que se vaya tiene que explicarme todo lo que ha ocurrido aquí; yo me encuentro toda-

este descubrimiento, yo me encontraba todavía en la oscuridad, aunque tenía la certeza de que aquel alambre aceitado servía para introducir algo que no adivinaba en el interior del dormitorio. Aquella noche hicimos la primera prueba. Usted se acostó en la cama maldita y después vino a reunirse con nosotros en el jardín. Pues bien; al examinar de nuevo el alambre noté que había sido aceitado recientemente. La puerta no había sido tocada, por las ventanas no había

entrado nadie y, lo que era más sugestivo, el ventilador estaba funcionando. Sin embargo, yo todavía no podía relacionar estos hechos, aunque ya me había ocurrido la idea de la existencia de algún gas ponzoñoso que por algún medio desconocido introdujera el asesino, eliminándolo después por medio del ventilador. Por la tarde se presentó usted con la boca lastimada y diciéndome que sentía una picazón semejante a la producida por las picaduras de avispas. Este fué el eslabón que me permitió enlazar los hechos que conocía, para lo cual tuve que acudir a mis conocimientos de química. El ácido fórmico, que constituye el elemento esencial del líquido segregado por las avispas, es precisamente uno de los elementos que se emplean para la obtención del monóxido de carbono. Con esto ya tenía la clave del infernal complot. El tubo acústico servía para introducir en el dormitorio el terrible gas que al salir por la pieza que se adapta a la boca para hablar por su medio, dejó en ella parte de los ingredientes que sirven para su obtención, y que fueron los que al hacer usted uso del aparato le produjeron la ingrata sensación de las picaduras de avispas. Usted sabe que el monóxido de carbono es un gas terrible, más liviano que el aire, y que mata sin dejar apenas rastro.

Anoche, cuando nos instalamos en su dormitorio, yo ya sabía la manera de operar del asesino, si bien aun no conocía a éste. Su primera operación consistía en introducir mediante el tubo acústico cierta cantidad de monóxido de carbono, que yo destruí mediante la combustión. Como el gas es más liviano que el aire, el asesino pensó en un medio verdaderamente diabólico para obligar a su víctima a incorporarse sobre el lecho y obligarla a respirarlo. Esto fué precisamente lo que hicieron tanto su padre como su hermano al ver la mano fosforescente que avanzaba hacia ellos. La señora Bretherton, en vez de sentarse en la cama, ocultó la cabeza entre las cobijas y no murió, aunque las consecuencias del susto le fueron después fatales. El alambre aceitado servía para poner en movimiento la mano fantasma, que tan terrible impresión había de producir en la víctima.

Desde un principio sospeché de Templeton. El y su esposa eran los únicos sirvientes de la casa que habían permanecido en ella desde los tiempos de la señora Bretherton. Además, ciertas investigaciones que hice ayer mismo en los alrededores me revelaron que esta granja perteneció hace unos cuarenta años a un tal Templeton. Este tuvo un hijo natural, a quien no se conocieron derechos a la herencia de su padre. Bien puede ser que éste fuera su mayordomo, quien, obsesionado por la idea de que la granja debía de pertenecerle, concibió en su mente enferma el proyecto de aniquilar a todos los que él juzgaba poseedores ilegítimos de la misma. Y ahora — terminó el detective — permítame que me despidas. Tengo mucho que hacer hoy en Londres.

—Pero todavía hay muchos puntos oscuros que aclarar — protestó Mansford. — No se marche dejándonos con deseos de saberlos. — El detective ya se encaminaba hacia la puerta.

—Bueno — dijo; — ya le explicaré todo cuando venga para su casamiento con Mabel.

LA CIENCIA

La ciencia pura es como la soberbia nube de oro y grana que se dilata en Occidente, entre destellos de luz y matices maravillosos; no es ilusión, es el resplandor, la hermosura de la verdad. Pero esa nube se eleva, el viento la arrasa sobre los campos y ya toma tintas más oscuras y más severas; es que va a la faena y cambia sus trajes de fiesta, digámoslo así, por la blusa del trabajo. Y entonces se condensa en lluvia, y riega las tierras, y se afana en el terruño, y prepara la futura cosecha, y al fin da a los hombres el pan nuestro de cada día.

Lo que empezó por hermosura para el alma y para la inteligencia, concluye por ser alimento para la pobre vida corporal.

JOSE ECHEGARAY.

"...tuta tua visión fá manifesta
nel primo gusto, vital nutrimento
lascerà poi, quando sarà di gesta.
Questo tuo grido farà come vento,
che le più alte cime più percuote;
e ciò non fan d'onor poco argomento".
(Il coraggio della verità).

DANTE, Cielo, quinto, XVII.

El principio civilizador de la "comprensión", necesita forzosa-mente para realizarse, para hacerse un hecho, de un medio viable. Y ese medio consiste en el intercambio, individual y colectivo, del pensamiento, de las ideas, de los modos de ver y de sentir.

Si todos los hombres llamados por su posición en sociedad a orientar, dirigir o gobernar, — cualesquiera sean los núcleos en que desarrollan sus actividades, — cumplieran con ese deber elemental de colaboración, los destinos humanos correrían por un carril más fácil hacia la finalidad suma.

Desgraciadamente, las exigencias del utilitarismo, las inhibiciones del apocamiento, el desamor del egoísmo, la bancarrota de la voluntad, hacen por lo general del hombre un encastillado en la torre del silencio y del escepticismo.

Nada sería, — aunque ya lo es y mucho, — que aquellos que no llevan sobre sí otro lote de responsabilidades que el emergente de su condición de miembros comunes de un grupo social, colaboren sólo en los círculos privados e íntimos en la tarea de la convivencia. Pero es que el fenómeno del retraimiento, embrida hoy, mucho más, a los que por sus funciones sociales están obligados al ejercicio del pensar y decir lo que se piensa.

Si la ilustración y la experiencia fueran los únicos títulos, que como un exequatur se exigiera para toda alta función, lindaríamos con las perfecciones. Pero, como esa no es la realidad, debemos contemplar las cosas tal como son y ajustar a ellas las conclusiones.

Las leyes de la democracia imperante, obligan generalmente al hombre a adquirir sus derechos para ocupar las primeras filas, conquistándolos al par que su experiencia. En tales circunstancias, los deberes se multiplican para con el organismo social. Y es así, como, ninguna otra garantía puede ofrecerse a la sociedad en que se vive, por parte de aquellos hombres de avanzada, que mostrar el pensamiento y el espíritu en una permanente exposición. Que sus contemporáneos los examinen como a través del más puro cristal.

Si los que están obligados a pensar, se sumen en el nirvana; si los llamados a hablar sellan sus labios y arrumban sus plumas; si los obligados a obrar se anquilosan en la quietud, — no se declamen virtudes, no se espere la perfección, ni se finquen esperanzas en el progreso. Los pueblos viejos morirán de anemia. Los pueblos jóvenes, serán el tinglado permanente de los bufones, el campo experimental de los audaces y los serviles.

Hacia esta parte del mundo busca la democracia la defensa de sus divinos fueros. Salgamos a su encuentro. Brindémosle las primicias de nuestras fuerzas jóvenes y virtuales.

Pensamientos en crisálida

Por Enrique Pérez Colman

(Del libro «Amores al terruño. - Meditaciones breves», recientemente aparecido).

Aquí como en Atenas, "la mejor dirección del Estado ha de resultar orgánicamente de la participación de todos en la vida pública". Pero esa participación debe ser activa, en la acción y en el pensamiento.

No basta *estar* y *hacer*, desde las posiciones públicas. Es necesario también *exponer* las resultancias de la experiencia. Desde todas las posiciones ha de obrarse de manera tal, que a la vez que se cumplen los

mandatos, se estén rindiendo cuentas claras.

El principio, sin embargo, se do-frauda. De cien gobernantes, uno hace saber a sus coetáneos el por qué está, qué es lo que piensa, la razón de sus acciones, cómo llegó y hacia dónde marcha.

No basta *ser* orientador y dirigente de las generaciones que se forman. Es necesario también *exponer* los frutos de la experiencia. Desde todas las cátedras ha de actuarse en forma tal que surja a la vista de todos cuáles son los métodos que emplean los maestros para acomodar los principios del conocimiento a la estructura espiritual del pueblo en evolución cuya esencia se pretende evidenciar.

Esta obligación, sin embargo, es letra muerta. Los maestros, cuya misión es, precisamente, la de *exponer*, enmudecen. Se vela, en ni-bla de misterio, la aptitud y la vocación.

Dígame. Dígame sin temores, — nada importa el cómo se diga, — lo que se piensa, lo que se sabe, lo que se quiere, lo que se cree. Es un deber ineludible de honestidad mental.

Nada importa que las ideas no sean propias. Nada importa que la concepción no sea autóctona. Nada, que proceda de dentro o de fuera. Absolutamente nada, la identidad con lo que otros concibieron. Hasta en el arte han existido mellizos. Pero que se sepa que las concepciones y pensamientos adquiridos, pueden, por razones de aptitud y de vocación, ser convertidos en ideas productivas.

Nada importa que se pueda incurrir en contradicción en inconsecuencia, en discordancia con prohibimientos anteriores. La contradicción ha existido hasta en los dioses. Pero, demuéstrese que se es honrado, virtuoso y veraz. Demuéstrese que se evoluciona por convicción. No se oculte el pensamiento como si fuera una lacra.

El que es incapaz de pensar, no tiene derecho a usurpar puestos ajenos. Y si los ocupa, es un defraudador.

El que es capaz de pensar y calla, no tiene derecho a reclamar primicias y a retener posiciones a las cuales no se ha hecho acreedor. Y si lo hace, es un mercader y un hipócrita.

¿La modestia?... Para el que está obligado a cumplir con un deber, es la mentira con que se pretende encubrir el contrabando.

¿El qué dirán?... no debe preocuparnos. Para el caso habrá de repetirse con Norwood: "Toda manera de comportarse en la vida recibe de sus detractores alguna etiqueta. Si eres religioso, te llaman pacato; si escéptico, mundano; si erudito, pedante; si inculto, perodista; si conservador, reaccionario; si socialista, bolchevique. No pares mientes en esas etiquetas; considera solamente los privilegios, virtudes, tentaciones y responsabilidades del período de la vida que vas cruzando".

¡Es necesario romper las crisálidas!



La modelo demuestra a sus padres que ha hecho indudables progresos en su profesión.

Un pobre diablo

Para FRAY MOCHO.

Un zopenco que sueña tener alas
porque han roto su cuero dos canutos,
me ha tirado sus coces... ¡Pobres brutos
los que así intentan halagar a Palas!

¿Tiene culpa el jardín de que sus galas
muevan la tentación?... Cuántos minutos
pierden esos espíritus enjutos,
dignos de la piedad de un par de balas.

Pobre diablo. Me apena. Yo quisiera
decirle que no envidie. Que cualquiera
puede cosechar oro, dicha, prez...

¿Pero a qué proyectar si no hay cimiento?
Ya lo engendraron ¡pobre! sin talento,
y él ha perdido, andando, su honradez.

JUAN MANUEL COTTA.

Como la prisión militar se había incendiado el día anterior, y no había local disponible en las inmediaciones, el acusado Baudelot no fue sacado de la sala de audiencia, como es la costumbre, después de la acusación del fiscal y de la defensa del abogado.

Dos centinelas, con la bayoneta calada, fueron a colocarse al lado de él cuando el consejo de guerra se retiró para deliberar. El acusado lloraba, doblado sobre su asiento... Cortando un suspiro, miró a su abogado, el doctor Cormier, una gloria del foro de Grenoble. Muy tranquilo, éste limpiaba los cristales de sus lentes y se encogía de hombros.

—Os condenarán a dos años por lo menos, cinco tal vez; tenedlo por seguro—murmuró el abogado al oído de su cliente. —¿Qué queréis? Esta gente tiene un "Código de justicia militar" en el sitio que debería ocupar el corazón.

A estas palabras, un sollozo convulsionó al acusado. ¡Cómo! ¡era así como su defensor lo confortaba, indicándole por toda solución de su desastroso caso el presidio para él, y para los que lo esperaban, allá, en el hogar desolado, la miseria y la humillación!...

El abogado continuaba, inclinado siempre hacia él:

—Yo les he dicho todo cuanto he podido. Mi peroración sobre todo; ¿oíste mi peroración?... ¡Ah, Cristo! sólo que ellos parecían no escucharla... También, ¿por qué diablos se os ocurrió presentaros?

Pedro Baudelot quiso responder; pero su angustia era tal, que le faltaba la voz. Hizo un ademán vago como para decir: "¿Y qué queráis que hiciera?"; después, anonadado, se dobló más aún sobre el banquillo, gimiendo y sollozando siempre... andrango humano, conmovedor y doloroso.

En la pieza reservada para las deliberaciones — unos cuantos metros cuadrados de sala triste con una mesa en el centro y un gran Cristo lloroso en la pared, — los miembros del consejo tomaban asiento, apoyando la espada contra el muslo. Cuando todos estuvieron en sus puestos, el teniente coronel Hervé, que presidía los debates, irguió su alto busto, se pasó maquinalmente la mano por su bigote encanecido, y hojeando el proceso colocado delante de él, tomó la palabra:

—Señores, ya habéis oído las conclusiones del fiscal y la exposición del defensor del acusado. Como lo prescribe la ley, voy a recordar sumariamente los hechos. Pedro Baudelot, fusilero de segunda clase en el 22 de línea de Montélimar, dejó su cuerpo sin autorización, el 21 de junio de 1888. Después del período reglamentario, fué declarado desertor. Quince años habían transcurrido sin que hubiera sido posible dar con él... Para esto ha sido necesario que él mismo haya venido a entregarse y a constituirse prisionero en la ciudadela de Grenoble.

"El sumario ha puesto en claro que Pedro Baudelot desertó con motivo de la enfermedad de su madre, una enfermedad que se prolongaba ya mucho... Se fué a atenderla, pues la viuda carecía de recursos, y se quedó para esto en la aldea donde, por una sorprendente casualidad, las investigaciones de la gendarmería han resultado infructuosas. Cuando sanó la enferma, el acusado se la llevó consigo a Lyon, donde siguió viviendo al lado de ella, como buen hijo... Después, un

El consejo de guerra

Por Serge Basset

buen día, se casó; quiero decir, señores, que adoptó una compañera, porque el inf... el acusado no podía declarar su estado civil sin comprometer su seguridad, ni podía dar los pasos necesarios para contraer matrimonio. De esta unión tuvo dos hijos, que tampoco ha po-

dido legitimar, por las mismas razones... Y su vida fué siempre así, una vida de angustias, de recelos, de temores perpetuos, hasta el día en que, aconsejado por su compañera, resolvió venir aquí a constituirse prisionero y a ponerse en manos de la justicia militar.

PAYASO LIRICO

Ponte a la moda,
payaso lírico,
cámbiate el traje
lleno del polvo de los caminos.
y entre las manos
de los modistos
—reyes del gusto, padres del éxito—
deja tu espíritu.

Brilla en certámenes, cosecha aplausos,
nada en el ruido,
degüella ideas, tuerce las frases
y ante los ojos de los pontífices
del nuevo estilo,
como una espada mohosa y sin gloria,
rompe los ritmos.

Ponte a la moda,
payaso lírico.
Que no te tiente la "noñería"
del infinito,
ni el viejo vino de la emoción
ponga crespiones en tus sentidos.
Ante la atónita multitud,
aliviado de alma y de espíritu,
retuerce el cuello de las imágenes,
y ágil, alegre, nervioso, altivo,
cbrío de triunfo,
baila en la cuerda floja de un "ismo".

Todo lo tienes. Ríe de aquellos
que en el silencio de su retiro,
sudando sangre, bebiendo lágrimas,
con toda el alma: ¡forjan un libro,
plantan un árbol
y hacen un hijo!

MANUEL BENAVENTE.

Payasado (R. O.).

SOY CRISTIANA

de democracia total. Creo que el cristianismo, con profundo sentido social, puede salvar a los pueblos. He escrito como quien habla en soledad. Porque he vivido muy sola en todas partes. Mis maestros en el arte y para regir la vida: la Biblia, el Dante, Tagore y los Rusos... Vengo de campesinos y soy uno de ellos. Mis grandes amores son mi fe, la tierra, la poesía.

GABRIELA MISTRAL.

"Como es su deber, el señor fiscal ha pedido la condena del acusado y la aplicación de la pena establecida por el Código y por los reglamentos militares. Antes de que se proceda a la votación sobre la culpabilidad del acusado, deseo saber, señores, si alguno de vosotros tiene alguna observación que hacer o alguna información complementaria que pedir.

El comandante Mathieu, un hombre, que se calificaba a sí mismo de "seco como un garrotazo", tomó la palabra:

—¿Disculpe mi coronel! ¿Es terminante el Código sobre el caso de desertión en el interior? ¿De dos a cinco años de prisión?... ¡diantre! esto me parece singularmente duro, para el caso.

—Eso—agregó el capitán Siblat, abstraído, con los ojos fijos en el Cristo, — sin contar con que, al cabo de la condena, tenemos la miseria y la muerte quizá, para las cuatro personas cuya vida sostiene este Baudelot.

—El texto de la ley del 13 brumario, año V, es terminante, señores — declaró el coronel. — Voy a recoger los votos... De acuerdo con la ley, debo empezar por el miembro de menor graduación. Según los términos del reglamento de justicia, la primer pregunta es la siguiente: "¿Es culpable el acusado de los hechos que se le imputan?" Y, una vez declarada la culpabilidad, os consultaré sobre la aplicación de la pena. Sargento Baudoin, ¿cuál es vuestro voto?

El interpelado se levantó, indeciso.

—Mi coronel—dijo;—yo...

El coronel Hervé repitió la pregunta:

—Sargento Baudoin, ¿cuál es vuestro voto?

El sargento balbució trabajosamente:

—Yo voto... me parece... En fin, yo no voto por que se le declare culpable... aunque, a decir verdad...

—El voto está dado—dijo el coronel. — Subteniente Du Malgouet, ¿cuál es vuestro voto?

—Voto por la culpabilidad y por la condena, mi coronel — dijo el subteniente con voz muy firme.

El comandante Mathieu se inclinó hacia el capitán Bauderette y le dijo al oído, indicándole con una ojeada al subteniente, un poco pálido entonces:

—Es muy joven; acaba de salir de Saint-Cyr, y no sabe...

El segundo oficial interrogado, el teniente Baudry, votó también por la culpabilidad, declarando que firmaría con las dos manos una petición de gracia.

El capitán Bauderette frunció las cejas. Levantó la cabeza y al oír su nombre, miró al coronel en la cara y respondió con resolución:

—Yo no voto la culpabilidad, mi coronel.

El presidente del consejo de guerra movió bruscamente la cabeza, pero no dijo nada... Se volvió a la derecha:

—Vos ahora, capitán Siblat, ¿cuál es vuestro voto?

—Yo no voto tampoco, mi coronel.

El comandante Mathieu, agitado los brazos, perplejo.

Cuando el coronel Hervé, impasible, le interrogó, dió un salto en su silla, sacudió la cabeza y exclamó:

—¿Qué queréis, mi coronel? Yo soy soldado: esto es evidente; pero

no por eso he dejado de ser hombre. Y vos también, mi coronel. Veo muy bien que vos pensáis como yo, como todos nosotros, los dos tenientes inclusive, que cinco años de prisión para ese pobre diablo de Baudelot, sería espantoso... Sin hablar de la miseria, y de la muerte quizá, por hambre, que esperan a su madre, a su mujer y a sus hijos... Decidme, coronel, ¿podemos condenar a ese hombre?

El presidente repitió, imperturbable:

—Comandante Mathieu, ¿cuál es vuestro voto?

—¡No voto por la culpabilidad!—gritó el comandante levantándose bruscamente y haciendo a un lado su silla. —Yo también soy padre de familia... No quiero echarme sobre la conciencia la desgracia de todas esas personas.

Y volvió a sentarse, haciendo chocar ruidosamente su espada contra el pie de la mesa.

El presidente dijo:

—Recogidos ya los votos, señores, debo hacer conocer el mío. Yo voto por la absolución.

Por un instante, el estupor heló todos los rostros. Luego, el comandante Mathieu y los dos capitanes se levantaron, todos a un tiempo. Muy conmovido, el joven subteniente bajaba los ojos.

—¡Ah, mi coronel! ¡qué gusto me habéis dado! —exclamó el comandante. — ¡Sois el mejor de los hombres!... esto lo sabemos desde hace ya mucho tiempo. Bien me decía yo que vos no permitiríais que bajo vuestra presidencia, se labrara la ruina de ese pobre diablo de Baudelot y de los suyos.

El coronel Hervé, muy conmovido, se mordía el bigote.

—Pensé por un momento proponeros —dijo— si vuestros votos importaban la condena, que firmá-

ramos inmediatamente una petición de gracia. Pero, con esos abogados de allá arriba, ¿acaso sabe uno nunca en lo que puede parar una petición de gracia?

—Yo prefiero también la absolución —dijo el teniente Baudry.

—Mi coronel—agregó tímidamente el subteniente, muy encendido; —yo quisiera, si fuera posible, corregir mi voto... Es la primera

vez que, hasta en un consejo de guerra, y con más razón todavía, el oficial no debe olvidar que es también hombre. Señores, si lo pedís así, se procederá a una nueva votación.

—¡Lo pedimos y todos votaremos por la absolución! —exclamó el comandante Mathieu agitando los brazos alegremente.

...Un cuarto de hora después, re-

váltigo enloquece su razón.

—Levantáos, Baudelot —susurra el doctor Cormier a su cliente.

“En el nombre del pueblo francés—lee el coronel con voz alta y clara que vibra en el silencio como la campana de un reloj:—el consejo de guerra permanente de la división militar de Grenoble ha dictado la sentencia siguiente: Hoy, a doce dediciembre, oídas la acusación y las conclusiones del fiscal...”

Baudelot está aterrorizado, al extremo de que no oye una palabra de lo que se lee allí, delante de él. Le parece que el coronel no acaba nunca, y que cada una de las palabras que salen de sus labios son otras tantas condenas... No hay remedio, está perdido. A él lo espera el presidio, y la miseria acecha a los suyos... Un lamento tan doloroso se escapa de su pecho, que el coronel suspende por un momento la lectura y hace una señal al abogado. Baudelot ve todo esto como en medio de una espantosa pesadilla, y sólo recobra sus facultades cuando su defensor, trémulo de emoción, se inclina hacia él y le dice sacudiéndolo:

—¡Pero si os han absuelto!... ¡Estáis libre! ¿Comprendéis?

Redobla entonces el temblor que convulsiona los miembros de Baudelot; el infeliz se alza tambaleante, con una nube en los ojos y con los labios contrídos. Quiere gritar: “¡Gracias!” a los jueces de piedad y de humanidad que acaban de salvarle el honor y la vida, a él y a los suyos, pero no puede. Tartamudea... Al fin, ebrio de indecible júbilo, se lleva la mano al corazón y grita desalentadamente:

—...¡Viva la Francia!

Instintivamente, los oficiales saludan; y el coronel, en tono paternal, dice:

—Sí, Baudelot; tenéis razón. ¡Viva la Francia!



El amigo. ¡Qué comodo es este diván de brazos extensibles!

El dueño del diván.—No. Los brazos extensibles acabas de ponérselos tú.

vez que formo parte de un consejo de guerra... Iba a conducirme como un bruto.

El presidente se sonrió.

—De ninguna manera, mi querido amigo—le dijo con un ademán afectuoso. — Vos no sabíais, y eso es todo... Para otra vez tendréis

sonó la voz de “¡Presenten armas!” al tiempo que entraban en la sala de audiencia, severos, con semblante grave, los siete miembros del consejo de guerra.

El infeliz Baudelot, anonadado en su banquillo, siente que se apodera de él un temblor y que un

Los terremotos del siglo XX (San Francisco de California, Valparaíso, La Martinica, Sur de Italia y el Japón) han hecho reflexionar a los cosmógrafos sobre si podrían evitarse tan terribles accidentes provocando erupciones, y haciendo cráteres que den salida a las fuerzas del vapor intraterrestre.

Julio Verne, que formaba sus novelas con datos científicos, refiere que en Nueva Zelanda se puede en ciertos lugares, provocar una erupción con sólo levantar una piedra.

A propósito de la catástrofe del sur de Italia, el célebre astrónomo francés Flammarion recordó haber propuesto, cuarenta años antes, la idea de formar cráteres artificiales, indicando que para la ingente excavación se utilizasen los ejércitos permanentes. El mismo autor insinuaba que las filtraciones del agua pueden ser causa de conmociones sísmicas, y este dato viene a ayudar la descripción que el sabio Gavidia hace de San Salvador, que tiene una válvula de seguridad, del género de la de Nueva Zelanda, en el cráter del lago de Ilopango. La catástrofe que se espera de una erupción del cerro de San Jacinto es un hecho que se verificó hace muchos siglos, cuando dicho cerro fué separado de la cadena costera. El nivel de las aguas de Ilopango ejerce influencia en los temblores peculiares del llamado Valle de las

Un medio de evitar los terremotos

Por Edmundo González-Blanco

Hamacas. Existe, en efecto, un grupo de islotes de rocas alrededor o cerca del cráter del Ilopango, y,

en ellos, cavidades que permiten la filtración del agua del lago. Los pescadores tienen allí, como indicio

DELIRIO DE GRANDEZAS

Todo está en el corazón—decía el poeta de las Doloras.— ¿De qué sirven grandezas y magnificencias si no las estimamos en lo que valen? Diógenes no se hubiera cambiado por el héroe de Macedonia porque se consideraba superior a él y el hijo de Filipo lo compadecía sinceramente. ¿Cómo podía ser feliz aquel hombre astroso, que dormía en el fondo de un tonel, lo mismo que un can? Al cabo de los siglos, más que la fastuosidad del reinado del cortador del nudo de Gordios, nos ha llegado el vigor de la filosofía clínica. Diógenes se creía un rey y Alejandro un hombre; pero al encontrarse ni se inclinó el hijo de Filipo el Grande ni el filósofo apagó su linterna.

—Yo me inclino ante las verdaderas grandezas; pero también me siento lleno de respeto ante las magnificencias imaginadas. Observad, además, que los hombres que se juzgan poderosos y cubiertos de esplendor y de gloria nunca son déspotas. Sus reinados son como los de Marco Aurelio, plenos de misericordia y de dignidad. ¡Benditos los cetros de caña! De uno de ellos salió la redención de todos los humildes. Finalmente, ¿quiénes son los cuerdos y quiénes los locos? Abramos el corazón a todos y exijámoles solamente que lleen en las frentes un jirón de ensueño y en el pecho unos cuantos adames de bondad.

ANTONIO ZOZAYA.

o señal de la proximidad de los temblores una roca llamada *El Ganchito* por la figura que afecta, y predicen las conmociones sísmicas cuando observan que el nivel del agua ha subido y llegado a la curvatura de la roca.

Sin invadir la esfera de la utopía, ni acumular suposiciones inoficiosas, el citado Gavidia no juzga imposible que en un cráter se haga lo que se hace en toda clase de minas, donde la acción bien dirigida de las explosiones de dinamita permite hacer excavaciones con medida, cuenta y razón. Los cráteres artificiales no deben dejarse a la acción de la naturaleza, que no siempre cunina y obra de acuerdo con los intereses humanos, sino que deben ser como válvulas manejables y manejadas científicamente, de modo que permitan graduar la cantidad de vapores que hayan de ponerse en libertad.

El caso del antiguo filósofo siciliano, del gran Empédocles, que, estudiando el cráter del Etna, cayó en el abismo flamígero, el cual devolvió a sus aterrados compatriotas una de sus sandalias de bronce, ha quitado a los hombres todo deseo de espiar los secretos de los volcanes. Empero, las precauciones de la ciencia moderna, sus adelantos y los medios que le proporciona la mecánica, hacen posibles los experimentos que quizás meditaba Empédocles.

Carne artificial de vaca

El doctor David Wesson de Nueva York asegura que pronto se tendrá una carne artificial o sintética a un precio muy barato. Del *Pathfinder* de Washington, de quien tomamos esta noticia, traducimos los siguientes párrafos del descubridor, quien asegura haber preparado ya un jigote artificial que a su juicio no se distingue del de carne legítima de vaca.

"El algodón es una magnífica fuente de alimento de suprema calidad. Desde 1878, época en que los químicos se aplicaron al estudio del algodón y sus productos, uno tras otro han venido sucediéndose los mejoramientos en cuanto a la refinación del aceite de algodón y en cuanto a la preparación de grasas comestibles; a tal punto que en este país casi ya no hay campo para el consumo del aceite de olivo. Y en cuanto a la manteca de cerdo, ha sido ya igualada si es que no sobrepasada por las diferentes magníficas mantecas artificiales que hay hoy en el mercado y que están todas elaboradas a base del aceite de algodón tan despreciados en otros tiempos. Sin el aceite de algodón no habría suficiente cantidad de grasas para cocinar con que satisfacer las demandas de nuestro constante aumento de población.

"Durante los años de desarrollo que han traído el aceite de algodón y sus productos a su estado de perfección actual, muy escasa atención se ha concedido a la masa alimenticia que la semilla lleva en proporción mayor que el aceite. El análisis de aquella indica que contiene una gran cantidad de proteína a punto tal que después de separar el aceite y otros productos queda un artículo que contiene como un 55 por ciento de proteína. Este producto sería un excelente sustituto de la carne. Costando cincuenta dólares una tonelada de semillas de algodón, y conteniendo éstas como un 50 por ciento de proteína, resulta que podemos obtener como un millar de libras de proteína por cincuenta dólares, lo que equivale a un precio de como cinco centavos por libra. La carne de vaca que no contiene más que un 20 por ciento de proteína se paga al precio de cuarenta centavos la libra, de donde resulta que estamos pagando dos dólares por una libra de proteína. La carne de vaca artificial, puede decirse que está ya al alcance de los químicos".

No será, pues, extraño que muy en breve se ponga a la venta la carne de vaca sintética o artificial con gran ventaja para la humanidad.

Los ultramicrobios

Los bacteriólogos han descubierto un nuevo mundo: el de los "virus invisibles y filtrantes".

¿Cuál es la naturaleza de esos virus enigmáticos? ¿Tendremos que habérnoslos con sustancias líquidas, puramente químicas, con venenos, con toxinas terribles que pudieran

provenir de un individuo enfermo y ser transportados a otros por el viento, los insectos, los alimentos contaminados? O bien, ¿nos hallamos en presencia de seres vivos invisibles, de una extrema pequeñez; de una especie de ultramicrobios que escapan a nuestros medios de investigación, mucho más pequeños que las longitudes de ondas luminosas, y, por tanto, por bajo de la diezmilésima de milímetro e incapaces de presentarnos la imagen de sus formas, cualquiera que sea el aumento del microscopio más perfeccionado?

Esta era ya la solución que había dado Pasteur en sus admirables investigaciones sobre la rabia.

Lo cierto es que todos esos corpúsculos misteriosos se caracterizan por la misma propiedad: la de atravesar los filtros que detienen los microbios ordinarios visibles. Sólo, de otra parte, por este procedimiento se les ha podido separar

y estudiar. De la misma forma, midiendo el diámetro de los poros de los filtros de porcelana o de colodión, se ha llegado a calcular que los elementos de ciertos virus, como el de la peste de los pájaros, debían tener menos de dos milonésimas de milímetro de diámetro.

Y ahora, ¿son esos corpúsculos seres vivos? Este es el tema que hoy tan apasionadamente se discute entre los más ilustres bacteriólogos del mundo.

Los últimos trabajos de F. d'Hérelle, d'Handaroy et de Nicolle nos proporcionan sobre ese extremo datos interesantísimos.

En primer lugar, d'Hérelle, del Instituto Pasteur, autor de la célebre obra *Las defensas del organismo*, ha tenido la suerte de realizar uno de los más grandes descubrimientos bacteriológicos de nuestra época. Ha descubierto que en el mundo de los virus invisibles hay

sujetos excelentes, capaces de prestarnos los más valiosos servicios.

Esos "sujeto" excelentes son los bacteriófagos. Según d'Hérelle, se trata de unos ultramicrobios que atacan, no solamente a los microbios ordinarios, sino también a los microbios patógenos de la disenteria, el tifus, la forunculosis, la peste, el carbunclo, etc.

Aparecen súbitamente en gran número en la sangre de los enfermos durante el período de convalecencia; después penetran en los microbios virulentos, con los que viven a modo de parásitos. Pronto, se nutren y se multiplican en el interior de su huésped, al que terminan por dar muerte. En efecto, en esos instantes, se ve en el ultramicroscopio cómo el microbio contaminado se hincha para luego reventar. Su sustancia protoplásmica se disuelve y deja en libertad a los jóvenes ultramicrobios, quienes, a su vez, van a otras bacterias y las destruyen, como hicieron con la anterior. Es decir, que curamos de casi todas las enfermedades contagiosas por la victoria de nuestros bacteriófagos invisibles sobre los microbios enemigos.

¿Se trata de seres vivos, o de simples sustancias químicas disolventes, de lisinas, como algunos afirman? Porque se puede fácilmente cultivarlos, contarlos y medir su diámetro. Su tamaño suele ser de dos milésimas de milímetro.

Consumición barata

Una tarde Emilio, al pasar frente a una cervecería con su amigo, miró envidioso a los consumidores que ocupaban las mesas.

—¡Es indignante esto de ver cómo bebe la gente cuando no tiene un dinero para tomar un chop.

—No te apures por tan poco — dijo Julio. — He encontrado el medio de refrescar sin que nos cueste un centavo.

—Me intrigas, chico.

—Pues es sencillísimo — respondió Julio. Y después de decirle unas palabras al oído, le señaló el Sport-Bar, que estaba en la esquina.

—Voy a entrar a ese bar. El amo es un fanático de los deportes. Probaré mi pequeña combinación, y si resulta haces lo mismo que yo.

Julio entró en el bar y pidió un medio litro de cerveza. Mientras bebía entabló conversación con el amo acerca del partido que acababan de jugar los equipos de football español y argentino. Discutió las jugadas de tal o cual equipo, y habiendo acabado su medio litro estrechó la mano del dueño y salió tranquilamente del establecimiento.

El dueño le recordó que tenía que pagar la cerveza que había tomado.

—Perdón—respondió Julio;—pero le pagué a usted cuando me sirvió.

El amo no insiste, pide perdón y le deja marchar.

—¿Qué tal? — le preguntó Emilio en la calle.

—¡Admirable, chico! No tienes que hacer más que lo que te he dicho y ya verás el resultado.

Emilio entra a su vez en el bar y pide un vermut. Mientras lo saborea a traguitos, dice al dueño que le ha servido:

—Ha leído usted el partido de rugby del domingo?

—No; no me interesa. Ya estoy harto de todas esas historias de deportes.

—¿No le interesan a usted los deportes?

—Sí; pero no en este momento. Acaba de salir de aquí un cliente que ha estado hablándome del partido de fútbol de ayer, y estoy seguro de que se ha marchado sin pagarme.

Entonces Emilio, que acababa de beber su vermut, dice con gran cinismo:

—Es posible; pero esa no es una razón para que no me dé el vuelto.

El dueño del bar, lleno de asombro, le da el vuelto de un peso y Emilio sale tranquilamente en busca de su cómplice.

ZEP.

El canal de Corinto

El canal de Corinto está formado por dos murallas ciclópeas y por una enorme trinchera, en cuyo fondo se deslizan los barcos.

El viajero que por primera vez atraviesa el istmo de Corinto se siente empujado por aquellas colosales masas que le aprisionan.

César, Calígula y Nerón intentaron horadar la lengua de tierra llamada istmo de Corinto. Hasta el siglo pasado se hallaba todo completamente abandonado por lo lejos de toda línea de navegación como estaba y porque los grandes puertos célebres del tiempo de Filipo habían resultado demasiado pequeños para abrigar los buques modernos, aún los de menor tonelaje.

Corinto, que en otros tiempos era opulenta y fastuosa, no tiene hoy importancia alguna.

Alcanzó Corinto su apogeo en el siglo V (antes de J. C.).

La famosa ciudad fué destruída por el cónsul Munio en 146 (antes de Jesucristo).

A poco más de dos kilómetros de la desnuda ciudad se halla el canal de que acabamos de hablar.

La nueva ciudad fué fundada en el año 1859.

El citado canal tiene 6.500 metros de longitud; su anchura es de 22 metros por ocho de profundidad y las trincheras tienen en algunos sitios hasta 80 metros de altura.

El arte de representar

Por E. Estévez-Ortega

"El actor vulgar ejecuta con la voz y con las actitudes. El buen comediante ejecuta además con la fisonomía".

(De TALMA, en *Reflexiones sobre Lekain y sobre el arte teatral*).

Cuando en los tiempos lejanos de la Edad Media se salvaba algún comediante — considerados en general y por mucho tiempo como seres despreciables, de mala catadura moral — del duro prejuicio que en sí mismo llevaba por su profesión, se lo debía únicamente al prestigio logrado con su arte.

¡Cuán diferentes a los remotos de la época griega del teatro primitivo, en que, agremiados en "sínodos de artistas de Dionisos", lograron los actores, reinando Alejandro el Grande, gran prestigio, poder y consideración!

Consideración no igualada aún hoy, en que han desaparecido diferencias de clases y castas, y que reciben mercedes y galardones, y recompensas oficiales.

Y es que, en todo tiempo, desde los Dionisos acá, el histrión hacía arte y tenía un arte, y en él han sobresalido los de más y mejores condiciones y facultades, que han sido siempre los elegidos y los mimados de los públicos. Arte difícil que requiere, sobre condiciones naturales y físicas en el actor, una cuidadosa preparación.

Desde Roma — recordemos las escuelas de los *comœdi*, dirigidas por retóricos — el arte de representar ha merecido la atención que era debida a su importancia y trascendencia, justamente aprisionada por Diderot en esta frase lapidaria de gran interés: "En la fantasía del actor deben existir siempre los cuatro muros de la escena", y cuando esta importante cuestión era desconocida u olvidada, el arte teatral en general decaía, así en el siglo XIV, en Francia, Inglaterra y Alemania, en que los actores lo eran ocasionalmente, y no profesionales, procedentes en gran parte de asociaciones obreras. (Entonces, cuando se representaba algún *misterio*, los calafates se encargaban de hacer el arca de Noé, los pescadores intervenían en el Diluvio y los aurífices y plateros hacían de Reyes Magos...) Igual aconteció hasta mediados del siglo XVIII, porque los actores procedían de la más humilde condición social y de vida más azarosa. Al comediante no se le exigía entonces preparación alguna, y eran muchos los que no sabían ni escribir, lo que motivó entonces que Lessing, en Viena, pidiese a gritos escuelas para los comediantes, escuela que fracasó...

El desarrollo de la literatura europea, planteando temas que ofrecían ocasiones propicias para trabajos originales en los actores, elevó esta humilde condición moral del actor que tenía en la Edad Media. Alguien ha asegurado que cada escuela literaria crea su actor. Esto ha sido cierto en todas las épocas. La producción literaria procura o no motivos de trabajo del intérprete. Puede decirse que de la valía y

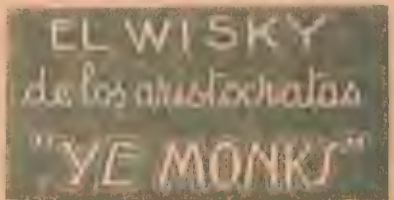
apogeo o de la decadencia de la producción teatral depende la esencia del actor. Claro es que no de un modo absoluto, porque en épocas de mediocridad en la producción teatral, han surgido a lo mejor actores de valor intrínseco, de facultades temperamentales, y entonces bien puede suceder — como ya aconteció — que el comediante se impusiera a la obra, buscara otras de empeño, de épocas anteriores y, sin proponérselo, al remozar su repertorio, influiría en el arte de la producción escénica.

El comediante no puede ser, no debe ser, como los cómicos obreros de los gremios, simples intuitivos. Necesita el estudio; no solamente frente a la Naturaleza, en ávida observación, sino estudios de almas y caracteres, de tiempos y épocas... Precísase que los comediantes sepan hacerse comprensibles al público, hasta los más sutiles estados psicológicos; que posean también el talento suficiente para comprender

peare, puestas en boca de Hamlet: "Dirás este pasaje en la forma que te lo he declarado yo, con soltura de lengua, no con voz desentonada, como lo hacen nuestros cómicos; más valía entonces dar mis versos al pregonero para que los dijese. Ni manotees así, acuchillando el aire; moderación en todo, puesto que aun en el torrente, la tempestad o, por mejor decir, el huracán de las pasiones, se debe conservar aquella templanza, que hace suave y elegante la expresión".

"Ni seas tampoco demasiado frío. Tu misma prudencia debe guiarte. La acción debe corresponder a la palabra, y ésta a la acción, cuidando siempre de no atropellar la sencillez de la Naturaleza", palabras que encierran todo un índice de motivos para el arte de representar, y que debieran grabarse en caracteres bien visibles en los camerinos de todos los comediantes.

O aquella frase de Napoleón, hablando un día con Talma: "Usted, que viene a menudo a mi palacio por las mañanas, encuentra en esas antecámaras princesas desvalidas, príncipes que han perdido sus Estados, antiguos reyes a quienes la guerra ha despojado de su alta jerarquía, y grandes generales que esperan o piden coronas. Ve usted alrededor mío ambiciones ocultas,



Ese es el ejemplo que los artistas deben seguir".

Un poco extensa es la cita, pero debe recordarse por como es de verdadera, de exacta, esta expresión, y por como encierra también todo un tratado de representar comedias.

La idea perenne de Elkhog, fundador en el siglo XVIII de una escuela de actores en Alemania, de que cada uno de los artistas que intervenían en una representación debía considerarse como un miembro subordinado al conjunto, se olvidó entonces prontamente y nadie la recuerda, ni quiere recordarla. Por el contrario, parece que todos, más atentos a su labor personal, acuciados de un gran afán por sobresalir, por *hacer*, anteponen al interés del conjunto el lucimiento propio, en un afán egolátrico indomeñado.

Este afán acaso nazca del arte fugitivo del actor. Crear una figura, dar vida a un personaje es siempre admirable; pero tiene luego el dolor de saber que muere en él y con él; porque el actor crea por unos momentos, y podrá hacerlo a maravilla con el máximo de perfeccionamiento que nunca dejará una huella tangible; su creación se disuelve en el público, como un terrón de azúcar en el agua.

¡Extraña alma la de los comediantes, hecha a fingimientos, a dolores y a alegrías ajenas sobre sus propios sentimientos; "posada o cuarto de hotel — como dice bien *Andrenio* — por donde pasa como una serie de viajeros la teoría de las personas dramáticas, sin que quede en aquel lugar de paso nada permanente, más que el mobiliario de la composición o de la técnica, renovado cuando cambia la moda".

Por eso el actor requiere un gran estudio de voz, de actitudes, de fisonomías. Porque él debe dejar de ser él para ser otros hombres; para sentir el empuje de otras almas ajenas a la suya, creadas por el autor; almas diferentes y acaso antagónicas, que no deben saberse unas de otras, ni conocerse aunque se encuentren en él...

YA SE ACERCA

(Versión de Ismael Enrique Arciniegas).

Ya se acerca mi noche postrimera,
la hora de la muerte se apresura
y abierta ya la negra sepultura
la carne mía devorar espera.

Todo hará renacer la primavera...
Yo dormiré por siempre en noche oscura,
y ante el sol brotará, lozana y pura,
la flor de los sepulcros compañera.

Ven a mi tumba: en tu constancia fío.
Coge la flor que te será querida
porque mi sangre la nutrió, bien mío;

y llévala a tus labios, que tus besos
como temblar me hicieron en la vida
harán de amor estremecer mis huesos.

STROCHETTI

y expresar, no solamente lo escrito por el autor, sino lo que sólo se puede sentir, y a las veces hay que callarlo. Toda inquietud espiritual, toda vibración anímica, todo sentimiento mudo, vuelto, debe tener su matización en escena.

Aunar movimientos, gestos, timbre de voz, se logra al fin de cuidadosa preparación. Y siempre que el actor, además, tenga muy presentes las palabras magníficas de aquel comediante de la corte de José II, fundador del Teatro Nacional de Viena, Schroder: "Yo no busco el oropel ni siento tampoco el afán de sobresalir. Sólo deseo colmar, ser. Mi intención es dar a cada papel lo que le conviene, ni más ni menos", que parecen inspiradas en aquellas frases de Shakes-

ardientes rivalidades, catástrofes tremendas, dolores escondidos en lo más hondo del corazón, aflicciones que salen violentamente a la cara. Eso es la tragedia llenando los ámbitos de mi palacio, y yo mismo soy seguramente el personaje más trágico de nuestro tiempo. Ahora bien. ¿Ve usted a ninguno de nosotros levantar los brazos al aire, estudiar nuestros gestos, tomar actitudes ni afectar aires de grandeza? ¿Nos oye usted dar voces descompuestas? Seguramente que no; hablamos naturalmente, como todo el mundo habla, según el interés o la pasión que le anima. Pues lo mismo, absolutamente lo mismo, hacían los personajes que antes que nosotros ocuparon la escena del mundo representando tragedias sobre los tronos.

Contra la "gripe"

Un médico inglés inventó un excelente medio para combatir la "gripe".

—No tiene usted más que utilizar el remedio de los cuatro sombreros — dijo a un cliente.

—¿El remedio de los cuatro sombreros?

—Sí. Cuando se sienta usted enfermo, se acuesta con una botella de rom y un sombrero. Coloca usted el sombrero a los pies de la cama y comienza a beberse la botella.

Poco después verá usted dos sombreros en lugar de uno. No se preocupe. Luego, los dos sombreros se convertirán en tres. Usted siga. Cuando vea cuatro sombreros, puede tirar la botella y echarse a dormir.

En su cueva, de muros reños, Vicman había instalado una taberna clandestina, donde se reunía toda el hampa de Nueva York, y se les expendían a peso de oro licores fabricados con productos inverosímiles; pero, en cambio, algunas galerías practicadas en los subterráneos vecinos les ofrecían abrigo seguro para el producto de sus robos.

Alrededor de una grosera mesa hallábanse sentados tres hombres: Herbert, americano; Bolouski, polaco, y Romagosa, español.

Habían realizado el día antes un robo en Broadway. Cada uno de ellos tenía en su bolsillo un voluminoso paquete de *banknotes*. Los periódicos, al relatar el suceso, declaraban ingenuamente que la policía carecía de toda pista. Herbert proclamaba en voz alta su satisfacción.

—Ya estoy tranquilo por seis meses—decía—. Precisamente deseaba conocer Palm Beach, donde es ahora la temporada de moda. Iré de turista. No quiero privarme de este placer...

Bolouski, que era trabajador, hubiera deseado un nuevo golpe. Sentía prisa por hacerse rico y reintegrarse a su tierra para vivir bien y considerado. Romagosa, español de conciencia muy cargada, reservaba su opinión.

El tabernero Vicman se aproximó en ese momento a la mesa, y dirigiéndose a Herbert:

—¡Toma!—dijo.—Esta carta que han traído para tí...

El americano abrió precipitadamente el sobre.

¿Qué contenía esa carta? No lo dijo; pero con voz emocionada confió a sus dos cómplices que antes de dos horas se habría constituido prisionero. No porque temiese ser detenido por el robo del día anterior, sino por una razón esencialmente personal.

—¿Supongo que no nos delatarás?—interrogaba Bolouski, inquieto.

—¡Al contrario! Tomaré para mí toda la responsabilidad. Después de lo que yo diga a nadie se le ocurrirá perseguirnos a vosotros.

Al presentarle Vicman una pizarra, donde estaba la lista de sus últimos gastos, Herbert sacó del bolsillo el paquete de billetes producto del robo, y lo dividió en tres partes. Dió la primera al tabernero, la segunda a Bolouski y la tercera a Romagosa.

—Adonde voy no necesito nada para vivir—concluyó.

El polaco y el español se miraban con cierta ansiedad. No se explicaban el cambio brusco del americano. Momentos antes hablaba éste de su deseo de visitar Palm Beach, y repentinamente decidía entregarse a las autoridades y entrar en la cárcel. Había en ello un enigma inquietante.

Un sujeto que estaba sentado en una mesa próxima y que esa misma mañana había salido de la cárcel se creyó en el caso de dar su opinión:

—Te advierto que los jueces son ahora muy severos. Yo te aconsejo que no te pongas ahora en tus garras. ¡Pobrecito del que cae en

El sillón eléctrico

Por Albert Agremant

ellas! A nada, diez años de reclusión...

Herbert no contestó. Se limitó a sonreír. Estrecho la mano a todos, les deseó buena suerte y desapareció en la sombría escalera.

Al día siguiente, por los periódicos se supo la detención. El juez tuvo la franqueza de decirle que sus sospechas no habían recaído nunca sobre él en cuanto al robo por el cual se entregaba.

Con semejante inculpa el sumario estaría pronto concluso. Cuanto

El veredicto le declaró, pues, culpable, con circunstancias agravantes y se le condenó a veinticinco años de cárcel.

—Doy las gracias al Tribunal... Y Herbert añadió esta frase, que para todo el mundo resultó incomprensible:

—Al menos, ahora ya estoy tranquilo...

Algunos días después, hallándose en el taller adonde le habían destinado, fueron a prevenirle que se le acusaba de haber matado el mes



—Señorita, ¿jura decir la verdad? Bese los Evangelios.
—¿No le sería lo mismo que besara al agente?

declaró Herbert se comprobó como exacto. Tres semanas después iba la causa a la justicia federal.

El Tribunal hubiera reconocido de buen grado circunstancias atenuantes a un culpable como éste, que se había entregado espontáneamente; pero le fué imposible, porque éste se esforzó en que se le aplicase el máximo de la pena, afirmando cínicamente que, además de robar, estaba dispuesto a matar si alguien en la casa del robo se hubiese presentado a estorbarle.

anterior a un empleado de la Banca Fairfield.

Para responder de este crimen se le iba a trasladar al Estado de Connecticut.

—¿Como quieran ustedes! Jamás se había visto un recluso más tranquilo. Las pruebas que pesaban sobre él eran de las más abrumadoras. Había, de una parte, huellas dactilares que coincidían con las suyas, y de otra, la declaración, aunque tardía, categórica de un testigo.

AHORA O NUNCA

La vida es movimiento y acción. El primer deber del hombre es ejercitar su brazo y su mente; quien viola ese deber comete una inmoralidad. Los órganos se amodorrán y el espíritu se envilece.

La inercia opaca la vida de los holgazanes, tornándolos incapaces de hacer cosa alguna, para sí mismos y para los demás.

Cruzarse de brazos es morir de sed junto a las fuentes de la vida. Quien haya atentado así contra su dignidad humana, debe curarse reeducando las funciones de su entendimiento; para aprender de nuevo a ejecutar lo que se piensa es necesario olvidar la palabra "mañana".

Ahora o nunca. "Mañana" es la mentira piadosa con que se engañan las voluntades moribundas.

JOSE INGENIEROS.

—Te va en ello la vida...—le decían.

—¿Y qué?

—Que serás electrocutado.

—No... No lo seré nunca.

Ante sus nuevos jueces ni siquiera se defendió. A cada cargo que le exponían contestaba:

—Es posible...

No había, sin embargo, confesado. El Tribunal hacía esfuerzos para lograr del acusado una frase decisiva reconociéndose culpable. Al fin dijo Herbert:

—¿Qué es lo que ustedes desean?

—Que diga usted la verdad y confiese su crimen.

—¡Haberlo dicho claro! Si con eso les complazco, confieso con gusto...

Pasados cinco minutos, con el ceremonial de las circunstancias, Herbert era condenado a muerte. Se le aconsejó que pidiese el indulto, pero no quiso.

—¿Es que quieres conocer el sillón eléctrico?

—¿Yo? Nada de eso...

—Entonces, ¿por qué no pides el indulto?

Explicó que, gracias a su conocimiento de la ley americana, estaba completamente tranquilo. En los Estados Unidos, las penas impuestas por la justicia federal tienen prioridad sobre las sentencias pronunciadas por los tribunales de los estados. Tan sólo después de cumplidas las primeras, hasta el último día, pueden ser aplicadas las segundas.

Por la carta que recibió en la cueva de Vicman supo Herbert que estaban sobre su pista por el asesinato de Fairfield. Sería detenido de un momento a otro. ¿Para qué huir? Prefirió entregarse, que se le juzgase por el robo, y de este momento ponía entre él y el sillón eléctrico veinticinco años de residencia en una cárcel bastante confortable. Su razonamiento era cierto y el abogado se lo confirmó.

El condenado a muerte Herbert fué trasladado nuevamente a Nueva York, donde se le reintegró a su taller.

—Tengo hoy cuarenta y cinco años—pensaba.—Tendrán el derecho de electrocutarme cuando haya cumplido los setenta. Como a los viejos no se les ejecuta nunca en este país, puedo estar tranquilo para entonces. El porvenir no cabe duda que pertenece a los astutos...

Satisfecho de su suerte, se sintió tranquilo y valeroso. Entre los reclusos era el que mejor trabajaba. El director — que había tenido ocasión de felicitarle muchas veces — le llevó un día una gran noticia:

—El presidente—le dijo—acaba de indultarle. Me alegro mucho por usted. Es como si hubiese terminado ya los veinticinco años de cárcel.

Todos los miembros de la administración penitenciaria le estrecharon la mano, repitiendo:

—Que sea enhorabuena

¡Indultado! Herbert lo había previsto todo menos esto. Al día siguiente por la mañana fué electrocutado.

PAPEL Y TINTA

«La constitución y el régimen federal», por el Dr. Mario A. Carranza.

El doctor Mario A. Carranza, cuya autoridad en la materia es notoria, acaba de dar a luz su nuevo libro titulado "La constitución y el régimen federal". La obra del doctor Carranza ha tenido la mejor acogida y ha despertado el mayor interés, desde luego, por el tema tratado, así como por el valioso caudal jurídico que contiene.

El autor ha hecho un trabajo de síntesis admirable a base de una investigación científica y política, a la cual no estamos acostumbrados. Ha desentrañado la verdad que fluye clara, al través de toda una época, quizás la más importante de la organización institucional del país.

Se ha especializado, no obstante, con todo lo que se relaciona con el régimen federal y con los antecedentes y aplicación de la constitución argentina, con criterio sereno y desapasionado, destruyendo prejuicios y destacando errores con espíritu altamente patriótico.

Ha hecho un estudio de verdadero aliento, rico en filosofía política, respecto de la interpretación y aplicación de los artículos 5.º y 6.º de nuestra carta magna, sobre intervenciones federales, dejando valientemente sentado que en la actualidad la mente de la constitución ha sido desnaturalizada por el abuso, a tal extremo que constituye un atentado para las autonomías provinciales.

El doctor Carranza distribuye responsabilidades y explica juiciosamente las causas generadoras de dicho estado.

No es nuestro propósito, siquiera intentar una somera crítica de la obra del doctor Carranza, imposible de hacerlo en estas breves líneas, y por el contrario hemos dejado la tarea al lector, dándole a conocer, en nuestra anterior edición, uno de los capítulos más importantes del libro: el relativo a los antecedentes de la Constitución Nacional.

Como ya se habrá apreciado, este capítulo constituye una interesante página de la historia política argentina, de nutrida ilustración, y siempre de actualidad, que debe ser recordada por la enseñanza que encierra, tanto más hoy que, con harta frecuencia, son olvidados los principios constitucionales y los deberes y derechos que fluyen de ellos, por gobernantes y gobernados, con una complicidad demoleadora.

«Amores al terruño», por Enrique Pérez Colman.

Pocas veces en nuestro ambiente literario se encuentra el comentarista con obra como esta que acaba de dar a la estampa la Editorial Tor, y en la que la amenidad se auna con una discreta cultura. Hombre de acción a la vez que estudioso, el autor de "Amores al terruño", que, dicho sea de paso, ha sido harto particularmente elogiado por el doctor J. B. Terán, rector de la Universidad de Tucumán, puede considerarse entre los contados en-

sayistas que dignifican nuestro periodismo y buena prueba de ello la constituyen aquellos capítulos de su libro destinados al estudio de hombres como Vasconcellos, Unamuno y Max Nordau. En ellos, su juicio sereno y valiente, abarca a fondo todas las ideas y todas las actitudes y siempre, bueno es dejar constancia, sale airoso y no decepciona al lector.

Mas, no es solo en el ensayo en lo que se destaca el autor de "El Tinglado de la Farsa", su anterior libro que tantas críticas elogiosas ha merecido.

Como narrador ameno y avezado de las cosas de nuestra historia, aparece también con timbres pro-

nor de presentar al público español, es un episodio en el que vibra potente el alma latina del escritor, e interesará aun más a los lectores de habla castellana, porque el asunto de este libro se desarrolla durante la guerra hispano-norteamericana, en Cuba.

"Luigi Motta dedica su "Océano de Fuego" a su majestad el rey de España, mostrándole en esta obra todo el heroísmo español durante la guerra citada. Luigi Motta aparece como narrador insuperable; tiene, por decirlo así, el sentimiento del ambiente, del color y de la medida. El mar palpita bajo los ojos humanos, como si tuviera un alma sensitiva. Siente dominadora la nostalgia del Océano, el cielo ríe alegremente, la naturaleza se muestra con todas sus bellezas. La claridad en las descripciones se manifiesta de un modo absoluto y patente.

"Ahora es cuando Motta comienza a recoger el fruto de su improbo

«Parnaso Antillano», por Osvaldo Bazil.

La casa editorial Maucci, de Barcelona, acaba de publicar con el título que antecede, una compilación completa de los mejores poetas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, que ha de merecer la aprobación de la crítica seguramente, y grata acogida entre los muchos apasionados que las musas tienen en los países hispano-americanos.

Osvaldo Bazil, ya conocido ventajosamente como poeta inspirado y como autor de otra recopilación muy bien hecha ("El Parnaso Dominicano"), no necesita nuestros encomios; sólo haremos resaltar el buen gusto y refinado esmero con que ha sabido escoger las poesías de los diversos autores, que son las que mejor les caracterizan, y también el justo tino con que ha elegido los poetas merecedores de que su firma quede autorizada por el prestigio de un florilegio.

Con este Parnaso que la casa editora publica, quedan completos los de toda América española, trabajo digno de loa, que debemos estimar en lo que representa, cuantos nos interesamos por el auge y difusión de las letras hispano-americanas, cada día más lozanas y dignas de enaltecimiento.

«Homenaje a Bernardino Rivadavia» y «Cuestiones Agrarias». (Ediciones de la Universidad de Buenos Aires), por Emilio A. Coni, 1926.

La Universidad de Buenos Aires acaba de publicar, en dos elegantes folletos, estos estudios del ingeniero Emilio A. Coni, historiador y publicista ventajosamente conocido en nuestro ambiente intelectual. En su obra sobre Rivadavia muestra el ingeniero Coni aspectos nuevos del ilustre patriota y es de por sí un documento erudito de gran valor histórico.

"Cuestiones agrarias" es una exposición de principios económicos llena de sanas enseñanzas y en donde se analizan muchos de nuestros errores financieros, para los que Coni propone siempre acertados remedios.

Ambos trabajos son interesantísimos, y confirman los sólidos prestigios con que cuenta la personalidad de su autor.

Hemos recibido:

"París.—1914-1919. — (Impresiones)", por Elvira Aldao de Díaz. Edición Agencia General de Librería y Publicaciones. — Buenos Aires, 1926.

"La tercera emancipación. — Armonía Económica y Social de la República Argentina", por Manuel Ortiz Pereyra. — Edición J. Lajouane y Cia. — Buenos Aires, 1926.

"MacIstom", por Luis Cardoza y Aragón. — Editorial Excelsior. París, 1926.

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7362, Avenida

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear
ATIENDE ESPECIALMENTE
ENFERMEDADES INTERNAS
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraschi

OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OPTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan

DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216
U. T. 38, Mayo 6837

Dr. A. R. Zambrini

Prof. Suplente de la P. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oidos del Hosp. San Roque
VIAMONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque
Asistente a la clínica del profesor
Sebileau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
MATRIZ, OVARIOS Y CIRUJIA
DE SENORAS
B. MITRE, 1256. U. T. 422, Adrogué
ADROGUE

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO

Médico oficial del Círculo de
La Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas: de 3 a 5 p. m.
Unión Telef. 5723, Juncal

prios y dignos de encomio: "Paraná en 1832 y los Perros Cimarrones", así lo atestigua con su vigor de trazo y colorido local.

En definitiva, un libro interesante, ameno y que logra la supervivencia de esas páginas de ensayo que generalmente se pierden en medio del torbellino y la multiplicidad periodísticas.

«Océano de fuego», novela histórica de la guerra de Cuba, por Luigi Motta.

El gran novelista italiano Emilio Salgari, de quien es dilecto discípulo Luigi Motta, escribió a propósito de la novela "El Océano de Fuego", las siguientes líneas:

"Esta novela que tenemos el ho-

trabajo; puesto que su alma aspira a altos ideales y el camino es grande en torno suyo. Por su talento y por su modestia le distinguieron las más salientes personalidades".

¿Qué podemos añadir después de un juicio tan encomiástico del maestro de Motta, del gran Salgari, cuando el tiempo, y los libros sucesivos de Motta, han dado la razón a Salgari, y el público ha sancionado con su justa protección el veredicto del maestro, malogrado en lo mejor de su talento.

"El Océano de Fuego", editado por la casa Maucci, de Barcelona, forma un hermoso volumen ilustrado con láminas, traducido con el mayor esmero por Blanco-Belmonte, y adornado con una cubierta en tricornia y oro, del conocido dibujante italiano Della Valle.

Notas cinematográficas

«El pirata negro»

Contemplando su obra nefasta, encontrábase a la deriva en la espera de poder cosechar el botín conseguido en la hazaña llevada a efecto por los sanguinarios tripulantes del buque pirata del cual era él capitán.

Con un cuchillo entre los dientes el compulento bandido procedía a arrancar de los dedos las joyas que los desfallecidos cuerpos de los infortunados viajeros del buque nefastamente incendiado por la banda, eran traídos a la deriva de las olas. Salváronse milagrosamente de la catástrofe un hombre de elevada posición y su joven hijo, mas los efectos y las heridas sufridas por el padre de éste hicieron que falleciera en sus brazos poco después y desde entonces el hijo enloquecido por el dolor juró terrible venganza.

Después de proceder a enterrar a su padre en una colinita cercana al sitio de la catástrofe, descubrió a la banda de piratas asaltantes escondiendo el tesoro cosechado por su hazaña. Con astucia busca unirse a ellos a efecto de ponerse a salvo y no perecer de hambre en la isla. Mas es regla en los piratas toda vez que se acepta a un nuevo asociado exigirle una demostración de valor. Para ello lo sometieron a la dura prueba, obligándolo a desafiar al jefe. Nuestro joven héroe le lanza su desafío al sanguinario y después de cruenta lucha lo vence. En seguida el segundo jefe de la banda ordena que se acepte al desconocido como miembro de la tripulación, oponiéndose a ello el segundo piloto, quien aspirando a querer ocupar el puesto del desaparecido, propone que es necesario someterlo a más pruebas. Nuestro héroe se ofrece a mostrar nuevamente su habilidad, demostrándoles que podría trepar con una sola mano al primer vapor puesto a su alcance.

Habiendo avistado un vapor próximo al sitio, ante la sorpresa de todos, disfrazado de pescador, sube al buque que acierta a pasar por esas inmediaciones. Su primer acto fué amarrar al timonel y trepándose en los mástiles, pasando de vela a vela, llega al puente de proa donde se encuentran los cañones de defensa. Apunta los cañones contra la tripulación del barco, la cual atemorizada y acorralada hace acto de sumisión, pudiendo así demostrar a sus compañeros ser digno jefe de ellos. Estos, asombrados ante su

arrojo y valor lo proclaman su jefe con el apodo de «El Pirata Negro».

Entre los pasajeros del buque apresado encontrábase una bonita muchacha, que se disputan los piratas, habiendo convenido para ello en tirar a la suerte para decidir quién sería el poseedor. El agraciado fué el segundo piloto, mas el pirata negro al verla queda encantado de ella y decide ponerla bajo su protección, proponiendo al resto de la tripulación dejarla ileso a efecto de conseguir una buena suma de dinero por su rescate. Mas sus verdaderas intenciones eran evadirse del buque con la muchacha. Al

tán y con él pudo salir en persecución de los piratas, consiguiendo así socorrer a su amada y vengar la muerte de su padre.

Tal es, a grandes rasgos, el asunto desarrollado por el film «El Pirata Negro», en el cual realiza Douglas Fairbanks una admirable interpretación del protagonista, siendo secundado por la bellísima Billie Dove. Esta cinta será presentada próximamente por Artistas Unidos.

«La ronda nocturna»

Para la segunda quincena del presente mes anuncia el programa extra de la casa Max Glücksmann, el estreno de la última película de Raquel Meller: «La ronda nocturna».

El argumento pertenece a uno de los novelistas más célebres de nuestros días: Pierre Benoit, quien lo escribió expresamente para ser llevado a la pantalla. Es la primera

los motivos novelescos: misterio, aventura, intriga, etc.

La protagonista es una joven bohemia, recogida por un noble señor que siente despertar, cuando llega a moza, las nostalgias de su raza bohemia, y a pesar del ambiente palaciego en que se ha criado y de estar comprometida con un miembro de la nobleza, se enamora apasionadamente de un joven de los de su raza y del cual se aleja tratando de olvidarlo, yendo a París a vivir en medio del torbellino mundano. Pero el amor es el más fuerte.

Raquel Meller tiene en esta protagonista una de sus mejores oportunidades de lucimiento. Le secundan actores seleccionados entre los mejores elementos. La «mise en scene» es del reputado director Marcel Silver.

LLUEVE

Ten fe; la tierra florecerá. Las semillas arrojadas al campo labrado esperaban con ansia este día.

Llueve. El agua del cielo limpia las copas de los árboles, que se presentarán a nuestra vista más frondosas y lozanas, como si hubiesen puesto sobre ellas un nuevo encanto. Los campos secos reciben esta lluvia como una bendición del cielo.

La humilde hierbecilla crecerá, se coronará de flores y, tierna y jugosa, se ofrecerá a los ganados.

Llueve. ¿Estás triste? ¿Es ésta la hora de los desfallecimientos del ánimo? ¿No sabes sentir la suave alegría que se encierra en una mañana o en una tarde lluviosa? ¿No te gusta dormirte en la noche al son monótono que produce el agua al caer sobre la techumbre de tu hogar?... Busca dentro de tu corazón la alegría de los días lluviosos. Calcula que el mundo, sin estas lluvias benéficas, sería un erial inhabitable. Cuenta con que esta lluvia generosa multiplicará las semillas y con que esta agua que desciende del cielo traerá mucho pan sobre la tierra.

Adquiramos la costumbre de pensar en estas cosas mientras la lluvia cae, y mataremos la tristeza de los días lluviosos, reduciéndola, a lo sumo, a una aquietante y dulce melancolía.

RAFAEL RUIZ LOPEZ.

La fuerza no es patrimonio del sexo

Una mujer india ha realizado tales demostraciones de fuerza física, que deja en muy mal lugar a los que opinan y sostienen que, de los sexos, el femenino es el débil.

La mujer en cuestión se llama Tarabai, es soltera, tiene treinta años y es natural de un pueblito de Rajputana.

Tarabai quedó huérfana y fué adoptada por unos fakires, con quienes vivió por espacio de varios años, vestida con ropas masculinas. Fueron los fakires quienes la iniciaron en los misterios del autodomínio, lo mismo físico que mental.

Tendida entre dos sillas, descansando en una de éstas la cabeza y en otra los pies, Tarabai sostiene sobre el pecho una piedra que pesa un cuarto de tonelada.

Desciende de las sillas, y tendida en el suelo, «permite» que le pase por encima del cuerpo un carro cargado de hombres.

Tarabai levanta con una cuerda amarrada a sus cabellos un peso de doscientas cuarenta libras.

Su facultad de localizar sus energías físicas en cualquier parte de su cuerpo, es la que le permite yacer, por espacio de varios minutos, sobre las agudas puntas de cinco lanzas, y aun empujar hacia atrás un carro cargado, apoyada la cabeza contra la punta de otra lanza colocada perpendicularmente.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre. . . \$ 2.50	Trimestre. . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre. . . 5.00	Semestre. . . 6.00	Semestre. . . 4.00
Año. . . 9.00	Año. . . 11.00	Año. . . 8.00
N.º suelto. . . 25 cts.	N.º suelto. . . 25 cts.	
N.º atrasado 40 "	N.º atrasado. 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande. cada tomo	\$ 12.—	3.70
Tapas sueltas " " chico. " "	8.—	3.—
" " " grande. " "	9.—	2.—
" " " chico. " "	6.—	1.50

"LOS MELLIZOS DE LA FLOR" FUE ESTRENADA EN EL NUEVO

No basta ser autor de cien actos, conocer todos los secretos de la técnica teatral, poseer una amplia cultura literaria y gozar de prestigio como comediógrafo, para triunfar siempre en las lides escénicas. Es el caso del señor Enrique García Velloso, quien, por segunda vez en la temporada, ofreció un fruto de su ingenio con la pieza del epígrafe, de difícil clasificación en la preceptiva dramática y sin ninguna consistencia. Novelesca, imaginativa la fábula, la nueva producción empieza como una comedia campera, se transforma en farsa en el segundo acto y termina como las pochadas.

¿Qué habrá querido hacer? — se pregunta uno, ante la falta de unidad de la pieza, la borrosa psicología de los personajes y el falso lenguaje de los mismos, que tan pronto se expiden en una verba cuidada, casi literaria, propia de gentes cultas, como revelan su parla de tipos camperos, apenas alfabetos.

En todo momento, "Los mellizos de La Flor" hace pensar en el apresuramiento del autor por escribirla, en el desdén del mismo aún para explotar situaciones cómicas que están mal aprovechadas y, sobre todo, en la carencia de plan, como si al construirla se hubiera apelado al azar, en vez de seguir un proceso premeditado.

Además, teniendo "Los Mellizos de La Flor" el defecto de la mayoría de las obras del señor Velloso, esto es, de ser muy "hablada", no tiene siquiera el mérito de algunas, cuyos diálogos son interesantes e ingeniosos, al punto de hacer olvidar su extensión. No se ha exigido esfuerzo al autor por llenar la inmensa laguna de un asunto de juguete cómico o poco menos, mediante escenas jugosas, de fuerza cómica, intrincando las incidencias que pudieron suscitarse con la suplantación de una señora fallecida, por un hermano de la misma, de gran parecido físico, recurso que de suyo es bastante convencional.

El inteligente actor don Roberto Casaux, puesto en trance de interpretar los dos mellizos, el varón y la mujer, logró a fuerza de empeño divertir en contados pasajes al público, que ocupaba la tercera parte de la sala la noche del estreno. A su lado, las señoras Dealessi y Mary y algunos actores, actuaron con brillo.

"EL GALLEGO MONDOÑEDO", DE MARIANO DE LA TORRE, EN EL APOLO.

Con un asunto que ya ha sido tratado, pero sin que pueda decirse que ese antecedente constituya más que una remota inspiración, el autor de esta pieza ha logrado realizar una producción interesante y cuyos méritos hubiesen sido más efectivos de no haber empleado ciertos recursos demasiado fáciles y conocidos, pero que al parecer son una calamidad de carácter endémico en el género chico nacional. Nos referimos principalmente al tanguito sentimental incrustado en el segundo cuadro y que precisamente por el aplauso justiciero con que fué recibido hace dudar de si el aplauso final tributado a la pieza subsistiría, restando de ella la parte musical. A pesar de todo no puede negarse que la sencilla fábula está bien llevada y que tiene la obra algunas escenas logradas con fortuna.

La compañía del Apolo dió una

TEATROS

aceptable interpretación, aunque un poco resentida de inseguridad. Corsini obtuvo los más sinceros aplausos al cantar el consabido tango. Bertha Gangloff, Arata y Morganti se desempeñaron con su habitual eficacia. Los demás bien.

"LA LLAVE DE ORO", DE PABLO SUERO Y MARIO FLORES, EN EL SARMIENTO.

Un asunto mediocre muy bien dialogado: he aquí el juicio sintético que merece esta obra. El argumento está hecho a base de situaciones triviales y falsas, que por sí solas no despertarían ningún interés. Dos amores, puro uno e impuro el otro, una injusta acusación de robo, la venganza de una amante despechada, un collar roto, un marido furioso, un donjuán caprichoso

"EL ALMA DEL HOMBRE HON- RADO", DE DEFILIPPIS NOVOA, EN EL MARCONI.

Con esta obra incorpora Defilippis Novoa a su repertorio y al teatro nacional, un ejemplar de un género nuevo, que merece el respeto y el aplauso de la crítica. El teatro simbólico, vagamente conocido entre nosotros a través de algunas piezas extranjeras, no había tentado la curiosidad de nuestros autores, bien que para una empresa de esta índole la simple curiosidad es insuficiente.

"El alma del hombre honrado" es un drama amargo y pesimista. Encierra la triste experiencia de que la vida es una lucha artera de egoísmos y sensualidades, en la que lleva siempre las de perder toda conciencia honrada. El asunto se



y arruinado, una ingenua que primero rechaza y después se rinde y un mucamo filosófico y trapalón, son los elementos con que está montado el enredo que se anuda o deshace a medida de la necesidad de los autores. Todo ello no tiene novedad ni importancia, pero ha servido de motivo para escribir una pieza que en definitiva agrada, por las cosas que en ella se dicen. El tipo del mucamo está dibujado con trazos seguros y toda la actuación de este personaje no puede menos que elogiarse sin reservas. Lo mismo ocurre en cuanto a los demás, si se prescinde del desarrollo de los acontecimientos y el espectador se atiene exclusivamente a escuchar los conceptos expresados bellamente por los personajes, aisladas unas de otras las escenas de la pieza.

Los intérpretes principales, Serrano y Camiña, desempeñaron su cometido en forma meritoria. Los demás les secundaron bien, especialmente Mecha Caus en su interesante papel.

desarrolla en la vida real y en el mundo fantástico de la supervivencia, pero todo lo que sus personajes sienten y dicen tiene fondo y calor humanos. Esta altura espiritual de la concepción y la riqueza de conceptos, así como la galanura sobria del diálogo, hacen de la última producción de Defilippis Novoa un exponente de honestidad artística que merece toda nuestra adhesión. Es sin duda esta obra una de las más interesantes estrenadas en esta temporada.

También es digna de aplauso la decisión de José Gómez al arriesgarse a presentar en escena una pieza de este carácter, pues, aunque logró un éxito franco, dudamos de que perdure en el cartel. La labor del citado artista es encomiable en el difícil e importante papel que desempeña. Los demás actores del conjunto le secundaron bien. Walk, Vázquez, Angela Tesada, Olga Casares Pearson y algún otro que no recordamos.

"EL TIO PERFECTO" EN EL BUE- NOS AIRES

La compañía de Enrique Muñío, que cambia una o dos veces por semana su cartel, puso en escena "El tío Perfecto", clasificada por sus autores, los señores Rafael M. Cabrera y G. L. Fernández, de "astrakanada". Esta clasificación no puede ser más acertada, si con aquel vocablo quiere decirse que no se repara en medios para lograr la hilaridad. En efecto, en "El tío Perfecto", las numerosas incidencias provocadas por un sujeto que se propone desherrar a su sobrino si éste contrae matrimonio, institución de la que es enemigo acérrimo, no se sujetan a lógica ni a tiempo, ni a lugar, pero en todo momento resultan eficaces para provocar la hilaridad del público, que parece ser lo único que contemplaron los señores Cabrera y Fernández al dar a escena esta obrita, que en ciertos momentos adquiere todas las características de un intrínfulis.

En el desarrollo de la fábula, hay muchos aciertos cómicos, más que por la espiritualidad puesta por los autores, por la fuerza de las situaciones que se suscitan y los chistes de toda especie que sueltan los personajes.

La compañía del Buenos Aires, interpretó la obrita con agilidad, contribuyendo a su buena aceptación.

PARRA EN PUNTA

Continúa en cartel en el Argentino, "Resesvinto, el reservista", la graciosa pieza traducida y adaptada por Parra y Fuentes, y no es improbable que se mantenga por un tiempo considerable. Hasta ahora da buenas entradas. El teatro de Parra es, en esta temporada, el más frecuentado por el público, de las salas que hacen tres actos.

NUEVOS ELEMENTOS Y NUEVA REVISTA

La compañía del Maipo ha sido reforzada con nuevos elementos coreográficos que se presentarán al público en el transcurso de la presente semana, en oportunidad del estreno de otra revista cuyo título permanece aún en el misterio, según la costumbre de la casa. Se trata de los bailarines norteamericanos Solange Landoy and Julio, cuyo vasto repertorio no se limita a la danza, sino que se extiende a todos los aspectos que caben dentro de la revista. Se les hará, pues, rendir todo el tributo que resulte del agrado del público.

EN LA EXPOSICION ARGENTINA

Sabido es que a un conjunto de cuadros que se exhiben en sitio público, se denomina exposición. Pues bien, en el San Martín se va a hacer eso y sin embargo no habrá ninguna exposición en ello. Nos explicamos. Los cuadros que forman parte de las diversas revistas que allí se han estrenado en esta temporada y formarán un conjunto denominado "Sabe que es linda". Como se trata de los mejores cuadros de las revistas, no hay exposición, porque tienen asegurado el aplauso antemano. Y sino, esperemos, que no ha de tardar de producirse el hecho.

¿El Japón?... ¡Ah!... ¡Es un país de tarjeta postal!

El Japón no se modifica. A pesar de su progreso, el Japón es un estanque artístico. Es un agua dormida bajo flores de loto.

Las transformaciones de la vida desde hace sesenta años tratan de cambiar el espíritu de las gentes niponas. ¡Inútilmente!

El japonés ha recorrido las Américas y Europa, llevando a sus islas cañones y fusiles, códigos y locomotoras, filosofías y buques de guerra, altos hornos y figurines de París... Inútilmente.

Nada de eso ha podido modificar el alma japonesa. Las mujeres japonesas siguen amando todavía como en los tiempos ingenuos.

Acaba de llegar del Japón un distinguido mejicano amigo mío, que ha vivido en íntimo contacto con las costumbres japonesas. Es un biólogo (ha estudiado el Japón con afanes científicos). Es un hombre dado a las bellas artes (ha estudiado el Japón con amores de lirico). Ya sabéis que la mejor manera de conocer un pueblo es amarlo hondamente...

El viajero lo amó en el encanto de sus farolillos de papel. Lo amó en sus flores, lo amó en su poesía. Lo amó en el extraño amor de sus mujeres raras... Lo amó de amor, en fin...

—Cuéntenos la verdad de Japón.

—¿Por dónde he de comenzar?

—Por las mujeres...

—¡Las mujeres! ¡Lindas muñequitas de Dios! Se visten y se pei-

Miradas sobre el Japón

LAS MUJERES

Por Sancho Alquiza

nan todavía de distinta manera que las europeas. Practican el amor también, de otra manera. Por ejemplo: no usan el beso como una quintaesencia amorosa. El beso — hilo invisible, — que es el abrazo más ideal de las almas, no existe en el Japón como expresión de amor.

¡Cuántos idilios se han roto entre japoneses y latinos por culpa de los besos! Muchos me preguntan:

—¿Se puede conquistar a una nipona?

—Sí.

Ella, vibrante de pasión, caerá en los brazos conquistadores como cayó Julieta. Pero al aproximar nuestra boca europea a su boca sagrada, entonces nos dejará de amar. Su corazón se llenará de frío.

¡Harigato! ¡Harigato!...

—¡Gracias! ¡Gracias!" Al decir gracias, pondrá en su mohín tal amargura, tal desesperanza, tal desilusión, que nuestra boca se apartará de su boca. Nuestro fuego será sólo ceniza...

Sí, amigo mío... El Japón es en todo la tierra del antipodismo. Todo sucede al revés de lo que ocurre aquí. Y es, sin duda, por eso que tiene para nosotros más deleite. El honor de la mujer nipona es absoluto. La esposa es la fiel resignada madre de los hijos. Pero no crea usted que en el Japón sólo se precian las virtudes de la esposa. ¡No! Si bien a la esposa se le encomienda el ejercicio de los deberes domésticos y el ritual muy severo de la vida conyugal, a la *geisha* se le exige la virtud candorosa de agradar con su gracia.

En el Japón, la esposa es reina del hogar, pero no de las fiestas. Carece de esa libertad social de que disfruta la mujer de Occidente.

Desde que nace, la mujer honrada vive bajo las más severas tiranías de las costumbres caseras.

Si es soltera, no tiene derecho, aún hoy, de elegir marido...

Un día, cuando la muñequita se encuentra en edad de casarse, el padre le dice:

—Ya te encontré marido. Te casarás con...

No importa que la japonesita no haya visto jamás a su futuro. No importa que él no sea del agrado de ella. El padre ordena. ¡Basta!

Una vez casada, comienza otra nueva esclavitud: el marido y los suegros.

Una verdadera esclavitud, puesto que la casada debe mayor respeto a los suegros que a sus propios padres, a quienes deberá olvidar.

Si la esposa enviuda, comienza la tercera esclavitud: la del primogénito.

—¿Sólo es libre en la tumba?

—A veces, sí. Cuando los dioses no han encontrado en ella nada pecaminoso. Vea usted otro antipodismo. Esas virtudes de sumisión que las japonesas practican sin rebeldía son más exigentes para las mujeres aristocráticas. Las pobres, que deben compartir con el hombre la lucha del trabajo, suelen a menudo librarse de esas leyes de moral. Allí, como en todas partes, el trabajo es una virtud liberadora. ¡Pobres muñequitas de porcelana! Se adivina que sufren, pero su dolor no adquiere proporciones trágicas. Están acostumbradas a vivir como viven.

Los hombres tienen siete razones para divorciarse de sus mujeres. Una de estas razones es la siguiente: si el marido lleva a su propio hogar una amante y la esposa legítima se muestra celosa, entonces el marido puede divorciarse...

EL "GULF - STREAM"

Por Francisco Serra Serra

En los primeros años del siglo XVI, dos marinos españoles, Ponce de León y Antonio de Alaminos, regresando a su patria de uno de sus viajes al Nuevo Mundo, apercibieron de que, al tiempo que ellos, una gran masa de aguas se trasladaba, con desconocida velocidad, en la misma dirección que ellos iban. Decidieron observarla y, siguiendo la ruta que las aguas marcaban, descubrieron el camino que debían seguir los buques para volver a Europa en mucho menos tiempo del que invertían entonces.

Tan importante descubrimiento había de servir de base a concienzudos estudios, resultado de los cuales fué conocer la existencia de innumerables fenómenos marítimos de igual índole en todos los mares del globo.

En todos ellos existen corrientes de más o menos importancia; regulares y perfectamente conocidas, unas; irregulares y variables, las otras.

De todas, la más famosa, la mejor estudiada, es la que parte del golfo de Méjico la misma que descubrieron nuestros compatriotas: la que se conoce hoy universalmente por el nombre inglés "Gulf-stream", que equivale al nuestro "Corriente del Golfo".

La línea divisoria de las aguas frías y las que se trasladan, se nota visiblemente desde alguna distancia. Las primeras son verdosas, frías y poco salobres; las otras, de un azul hermoso, muy salobres y templadas.

Su profundidad y su anchura, considerable, como se verá, hacen de la "Corriente del Golfo" un al-

macón fantástico de calor, que circula a través del océano, hacia Europa, templando la atmósfera de Inglaterra y Francia, consiguiendo unos inviernos mucho más plácidos que los que se suceden en los países americanos de igual latitud.

Dícese que, aprovechando el calor que almacena el "Gulf-stream", se calculó que sería capaz de fundir una inmensa montaña de oro, produciendo con dicho metal derretido un río tan caudaloso como el Mississippi.

Los americanos la nombran también "storm-king", o sea "rey de las tormentas", desde que quedó plenamente confirmado que la circulación general atmosférica está

íntimamente ligada con la circulación de las aguas en el océano.

Dicha corriente, dentro del seno mejicano, se ve obligada a moverse en sentido giratorio, debido a la rotación de la Tierra, lamiendo las costas que la circundan — zona caldeada excesivamente por el sol de los trópicos, — adquiriendo una temperatura a veces superior a 30 grados.

Pasa por delante de Nueva Orleans por entre Cuba y La Florida, y por los pasos de Bahama, con velocidad aproximada de cinco a seis millas por hora.

Sigue al Norte por la costa de los Estados, disminuyendo algo su velocidad. Abarca una anchura de

32 millas y una profundidad de 900 metros.

A su paso arrastra diversas plantas marinas, algas, sargazos, etcétera, conduciéndolos a centenares de millas de su origen, y formando con ellos, en pleno Atlántico, lo que los marinos acordaron denominar "mar de los sargazos".

En los 40 grados de latitud, donde su ancho total pasa de un centenar de kilómetros, a pesar de que en aquellas regiones la atmósfera es relativamente fría, el agua superficial de la corriente se mantiene todavía a más de 25 grados.

Avanza en el Atlántico, disminuyendo la velocidad y la profundidad. Lo contrario hace con la anchura, que aumenta hasta dividirse en dos ramas gigantescas, de las cuales, una recurre al Sur para buscar las costas de la América meridional, y la otra se dirige hacia Europa, adentrándose por el Canal de la Mancha y bañando las costas occidentales francesas.

La profundidad de 500 y 600 metros la conserva en muchos sitios de su curso, y su calorífica acción se nota en el archipiélago de Spitzberg.

Para terminar, diremos algo también asombroso, respecto al caudal de aguas calientes que el "Gulf-stream" aporta al océano Atlántico.

De los estudios encaminados a este objeto, se ha deducido un promedio de treinta y tres millones de metros cúbicos por segundo.

Siendo así, ¿no es lógica la gran diferencia de temperatura que se observa de Europa a América en un mismo paralelo?

"LA ABEJA DE ORO"

Por JUAN MANUEL COTTA

Libro para formar el sentimiento nacionalista, estético y moral de los jóvenes y niños de ambos sexos.

Se vende en las siguientes casas de esta capital: CABAUT y Cía., (Alsina y Bolívar); "LA FACULTAD" (Florida 359); AGENCIA GENERAL DE LIBRERÍA Y PUBLICACIONES, (Rivadavia 1573); Revista "LA OBRA" (Humberto I 3159)

Origen de las bibliotecas

Las bibliotecas han existido desde los tiempos más remotos, pues en todas las épocas se ha tenido a gala el poseer esos tesoros del saber humano. En la antigüedad estuvieron a cargo de los sacerdotes y unidas a los templos, por considerarse sagrada la ciencia que encerraban en sus páginas.

En Egipto, la biblioteca más antigua fué la fundada por Osymandias, en Tefas. Menfis ostentó la suya colocada en el templo de Vulcano. Empero la más importante fué la de Alejandría, creada por Ptolomeo Soter y que llegó a contar 700.000 volúmenes. Al conquistar César este país fué destruida por un incendio: rehecha y trasladada al "Serapium" fué completamente arrasada, según unos, por Omar, que mandó calentar con volúmenes los baños de Alejandría, y según otros, por Teodosio el Grande, al ordenar a unos secuaces suyos demoler en todo el imperio los templos de los dioses del paganismo.

Célebre fué también la que en Pérgamo fundaron los reyes Eumenes II y Atalo II; tenía doscientos mil volúmenes, y en ella se empleó por primera vez el pergamino, que tomó su nombre de dicha ciudad.

La primera biblioteca de Roma la fundó Asinio Perián, el cual la estableció en el "Atrium Libertatis", sobre el monte Aventino. La segunda, fundada por Augusto, estuvo situada sobre el monte Palatino. En el siglo IV, Roma contaba con 29 bibliotecas, destruidas, en su mayor parte, por los bárbaros.

"Noche toledana"

El origen de esta locución, popular no puede ser más trágico. Se remonta al siglo IX, segundo de la dominación árabe en España. En aquella época gobernaba Toledo un *vazir* llamado Jusuf-ben-Amrú, en premio a leales y discretos servicios prestados por su padre el califa Alhaken I, que así honró en su hijo a quien gozaba prestigio de gran gobernante. No había heredado éste la ecuanimidad bondadosa e inteligente de su padre. Por el contrario, era soberbio y cruel, despótico y voluntarioso. Parecía inspirar sus propósitos en el anhelo de humillar con agravios y desdenes a los caudillos sarracenos que habían sido leales colaboradores en la obra de su antecesor. Desdenaba al pueblo, sometido a crecientes y onerosas exacciones, invertidas en orgías con que agraviaba a la ciudad, que, por ser levantisca y fuerte, podía exigirle estrecha cuenta de tal proceder.

A tales términos de desenfreno llegó el *vazir*, que los nobles toledanos, tras lamentar el menosprecio de su prudencia, dirigiéronse al califa, pidiendo la destitución de Jusuf, a quien detuvieron y encarceraron en la Alcazaba, para evitar desórdenes en la ciudad, y en espera de la resolución de Alhaken I.

Vióse obligado éste a servir tan

justificada demanda, y al anciano padre confió la misión de restablecer la paz en aquellos espíritus inquietos y sedientos de justicia.

Cuando llegó Amrú a Toledo encontró casi realizada su labor de pacificación. Pero la idea de la venganza absorbía sus pensamientos, ahogando los impulsos de su corazón.

Transcurrido algún tiempo, durante el que pudo convencerse que tenía el cariño y confianza del pueblo, organizó una fiesta nocturna en su palacio, que se alzaba en Montichel.

Y llegó la noche toledana. Invi-

Se venden los clisés utilizados en esta Revista

Dirigirse a la Administración de
FRAY MOCHO

Bolívar, 879

Buenos Aires

tada toda la nobleza, acudió ésta a la fiesta, como homenaje al antiguo *vazir*, que supo ganarse la veneración de todos los gobernados. La traición acechaba. Apenas franqueaban las puertas, los esbirros de Amrú conducíanlos a las cuevas, encharcadas de sangre noble... Los verdugos realizaron una faena abrumadora: el historiador que señala menos número de víctimas las hace pasar de setecientas.

A la mañana siguiente, cuando despertó la ciudad, pudo contemplar horrorizada, todas las almenas del Alcázar coronadas por las cabezas de los caudillos.

animalitos con más prontitud que la mala alimentación.

"Una abeja, dice el profesor Goetsch, ha de estar siempre en sociedad, pues de lo contrario perecerá antes de cinco días, sea cual fuere la cantidad de miel que tenga a su disposición y por más agradables y placenteros que puedan ser los sitios de que esté rodeada".

No dice el sabio si la compañía de cada abeja ha de ser precisamente la de la abejita predilecta, es decir la del ser amado, aunque lo probable es que cada una se enamore del ser con quien esté en más íntima comunicación. Esto es una nueva prenda de la unidad del amor en la vida, la cual o no existe sin aquél o se hace insostenible.

Más que miel, sociedad

Eso es lo que las abejas necesitan para vivir su vida normal. Tal es al menos lo que afirma el distinguido entomólogo alemán Wilhelm Goetsch quien, tras de varios años gastados en observar y estudiar minuciosamente la vida íntima y costumbres de tan útiles insectos establece que la soledad mata a estos

En un árbol viven un hombre, su mujer y varios animalitos

Un redactor del "Daily Mail" de Londres, ha visitado la residencia que en un árbol de Barkham, a unos cinco kilómetros de Wokingham, a construido Mr. A. J. Chapman, el cual le obsequió con un almuerzo que no pudiera servir mejor el más reputado restaurant de Londres.

Mister Chapman le manifestó que como era un admirador de la Naturaleza resolvió hace algún tiempo abandonar la ciudad para vivir en pleno campo. Por lo tanto decidió elegir un robusto pino, de espléndida copa, para que le sirviera de domicilio.

Hace tres años, Mr. Chapman construyó por sí mismo en derredor del tronco y debajo de la copa tres habitaciones sostenidas por pilas. En ellas viven aquél, su esposa, un picazo, a quien llama Jack; un tordo, que denomina Joey; dos perros, uno blanco y otro negro, a los cuales ha puesto los nombres de Jack y Bob; la cabra Bill; el gato Rock, y cuatro pollos.

En las tarjetas, Mr. Chapman ha puesto después de su nombre las siguientes señas: "En lo alto de un árbol, Barkham Ride, Finchampstead".

Mr. Chapman dijo al periodista: "Mucha gente se extraña de que yo viva en un árbol. Esto nada tiene de particular, porque yo soy muy amante de la Naturaleza, y esta parte del país abunda en vida silvestre".

Una inscripción mejor descifrada

Hace ya más de media centuria que el profesor Jorge Smith, del Museo Británico, encontró en Nínive una plancha con inscripciones que despertaron interés entre los asiríólogos, quienes no tardaron mucho en descifrar el significado del texto.

Recientemente, sin embargo, Paul Haupt, profesor de Asiriología de la Universidad "John Hopkins", continuando los trabajos de sus predecesores, ha hecho una traducción que se considera mucho más acabada.

Sus primeros trabajos consistieron en hacer una cuidadosa restauración de la famosa plancha a fin de hacerla perfectamente legible; y habiéndolo conseguido ha dado a conocer sus trabajos a la Sociedad Oriental Americana de Philadelphia, a la que informa que la inscripción refiere la historia bíblica de Noé y su Arca. Según la traducción del profesor Haupt, Noé cortó en los bosques troncos de árboles e hizo con ellos una arca con seis cubiertas divididas en siete compartimentos. Dos terceras partes del arca estaban sumergidas entre el agua, cuando aquélla estaba en equilibrio, a flote en la superficie. He aquí un breve párrafo de la traducción del profesor Haupt: "Para alimentarnos mataba yo bueyes y ovejas—día con día. Llené grandes tinajas con cerveza y aguardiente, aceite y vino, como con agua de un río".

Cuando un hombre...

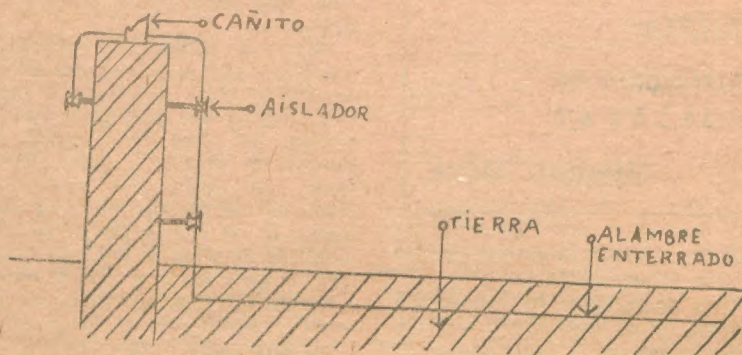
empieza a mirar hacia atrás es que llega a viejo. Yo nunca vuelvo la cabeza. La mujer de Loth la volvió, pereciendo por ello. Mirar hacia atrás es la destrucción, el comienzo del fin... Hasta los cuarenta años buscad la compañía de hombres más viejos que vosotros. Después, conservad solícitos el contacto con otros más jóvenes... Esperad grandes cosas de Dios, de los hombres vuestros hermanos, y de vosotros mismos. Magníficas ocasiones se han de presentar ante vosotros. Pero sólo las aprovecharán aquellos que tengan ánimo e inteligencia (la visión) para saber esperarlas. Sed tolerantes, olvidad los prejuicios que os separan de otros hombres, y acordáos de los fuertes lazos comunes que a todos nos ligan como hijos de Dios y compañeros de viaje en el camino de la vida... Los servidores desinteresados de la raza humana se atraen la buena voluntad de los millares de personas para las que trabajan; y Dios, que ve la caída del más pequeño pajarillo, no deja sin recompensa todo acto de verdadero desprendimiento... No existe completo éxito en los negocios que no sea también un triunfo religioso. Los hombres son espíritus, y no sólo cuerpos, apetitos y necesidades. Los negocios que se asientan en las robustas leyes espirituales de generosidad, tolerancia y bondad, reposan sobre pilares que son eternos...

CARDENAL GIBSON.

CONSTRUCCION DE UNA BUENA TOMA DE TIERRA

Si mucha importancia tiene la instalación de una buena antena, tanto o más lo tiene la toma de tierra, cosa que generalmente se descuida en las instalaciones de radio; se hace ésta como una cuestión secundaria, colocándole alambres de mínima sección y raras veces éstos tienen las soldaduras necesarias, creyendo muchas veces los propietarios de las estaciones que basta para esto la simple torcedura de los alambres utilizados.

Sin embargo, debe de tenerse presente que la intensidad de las señales, en una estación de radio, depende de la resistencia que ofrezca a las corrientes de radio el circuito



completo de antena, es decir, que las corrientes deben primero ser captadas por la antena y recorrerla, de ahí a la entrada de antena, pasar por el aparato y luego dirigirse a tierra, por medio de la unión de la toma de tierra. Por ello si no se han tomado las precauciones para que la totalidad de dicho circuito no ofrezca resistencia, se producirá un aumento de ella que impedirá que las corrientes circulen libremente, con la consiguiente pérdida de energía y disminución en la intensidad de las señales.

Por ello el alambre que sirve de conexión entre el borne del aparato que dice tierra y el sitio destinado al efecto, debe tener una sección por lo menos igual a la que tiene la antena y la bajada de la misma. En general, debe de recomendarse el uso de alambre trenzado de siete hilos, similar al utilizado en la antena; es el más barato y el más eficiente y en cuanto a las precauciones con que debe de conducirse este conductor, son teóricamente iguales a las que deben de tomarse con los conductores que llevan la corriente desde la antena al aparato, pero prácticamente se presentan dificultades, estéticas principalmente, que impiden seguir al pie de la letra lo dicho anteriormente; bastaría para el caso que las instalaciones de tierra se lleven bien aisladas y que no estén en contacto con las paredes, haciéndolo así por medio de aisladores grandes, pues este detalle es muy importante.

A primera vista, parecería que no tiene mayor importancia de que este conductor efectúa algún contacto, antes de llegar a la tierra, pero es de hacer notar que en general estos son contactos imperfectos ya que son contactos ocasionales y se producirían cada vez que éstos se efectúan, una serie de clics o ruidos raros en los teléfonos, muy difíciles de localizar, pudiendo darse por sentado que una toma de tierra en estas condiciones será una fuente inagotable de ruidos molestos.



RADIOTELEFONIA

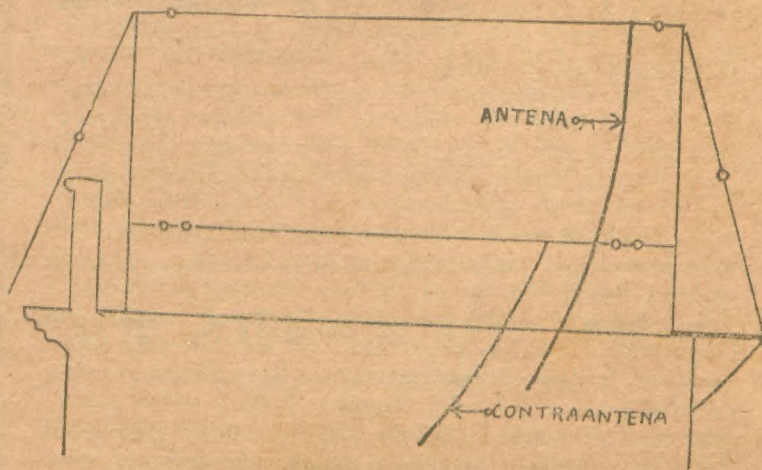


Como la resistencia del circuito debe de ser la menor posible, es evidente que ésta será menor, cuanto más corta sea la toma de tierra; por lo tanto, al colocar el aparato deberá de tenerse presente esta circunstancia, colocándolo lo más cerca posible del sitio en el cual se efectuará la toma de tierra.

Respecto a la forma de efectuar la toma de tierra, podemos decir que ella puede hacerse de muy dis-

tintas formas, empleándose cada una, según sean las circunstancias en las cuales se encuentren los poseedores de aparatos. Si el receptor debe de instalarse en la ciudad, la mejor toma de tierra que puede hacerse es la cañería de agua corriente de la casa; ésta casi siempre hace un buen contacto con el suelo y con la ayuda de un plomero es fácil hacer la soldadura necesaria. Para ello basta llevar al conductor a la canilla más cercana y hacer en ella la soldadura.

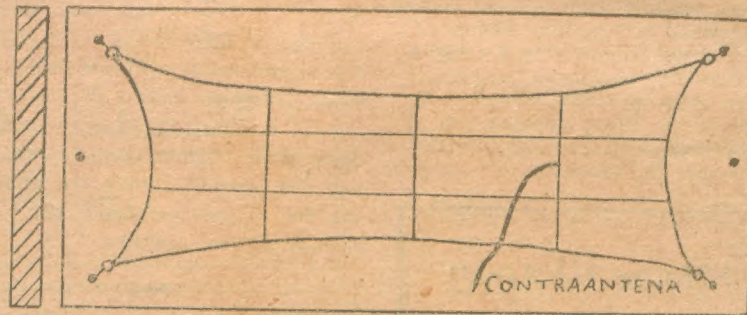
Otra buena toma de tierra que puede efectuarse en las ciudades siempre que el espacio lo permita, es la que se hace por medio de alambres enterrados; para efectuar una toma de tierra de esta naturaleza, se procede de la manera siguiente: En el sitio indicado, jardín o lo que fuere, se hacen una serie de zanjas de 30 cm. de profundidad, en forma que puedan



abarcar el mayor espacio posible y que tengan que hacerse pocas soldaduras, ya que éstas suponen un trabajo más y una probable pérdida.

Debe tenerse la precaución de que los alambres al cruzarse o si son paralelos, queden siempre a una distancia de tres metros entre sí, esto se hace con el objeto de ofrecer me-

nor resistencia a las corrientes. Cuando se hacen instalaciones en la campaña pueden utilizarse los dos procedimientos indicados, el de la toma de tierra por medio de las cañerías de agua corriente y el de los alambres enterrados, sin perjuicio de que si se tiene a mano un pararrayos, se conecte la tierra a él, pues en principio debe partirse de la base que en ningún momento puede producir un perjuicio el aumento de las tomas de tierra, aun cuando siempre hay probabilidades de producir un aumento en las señales. El rendimiento de una toma de tierra depende de varias consideraciones técnicas, a cuyo desarrollo no entraremos, pero que demuestran que para obtener una buena recepción es necesario que el circuito de antena tierra tenga muy poca resistencia y como las corrientes de alta frecuencia deben de utilizar la tierra para volver a la base de la antena para cerrar el circuito, ésta debe ser de la menor resistencia posible para ser eficiente. Por eso hay casos, en las grandes estaciones de radiotelegrafía, en Monte Grande por ejemplo, en la cual la tierra consiste en varias decenas de



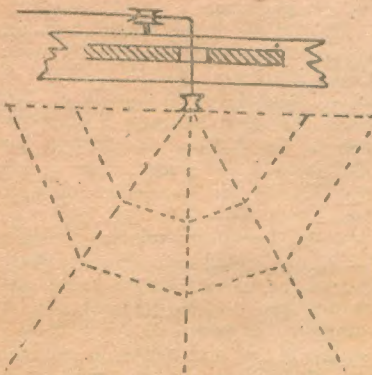
kilómetros de alambres enterrados.

Cuando hay en las cercanías de la estación techos de cine, existen casos en los cuales soldándolos a las tomas de tierra que se hayan hecho, se notan evidentes beneficios, sin embargo no siendo una

buena construcción y muy cara, de manera que no hay ventaja alguna en su empleo en comparación con la que se hace por medio de alambres enterrados.

CONTRAANTENA

Si a pesar de la buena voluntad del poseedor del aparato, éste se encuentra con dificultades para la confección de una buena toma de tierra, se hace entonces necesario un sustituto, recurriéndose enton-



ces al artificio denominado contraantena.

Este consiste esencialmente, en una red de alambres que se coloca inmediatamente debajo de la antena, efectuando entonces el mismo papel que la tierra, llegándose el caso de que cuando está hecha de acuerdo a las reglas del arte, puede

sustituir a la toma de tierra sin desmedro de ninguna clase, no notándose por consiguiente disminución alguna de las señales. Naturalmente que esta condición se alcanza raras veces y que no está en todas las manos el poder realizarla, pero podrá acercarse mucho si se siguen las siguientes indicaciones:

La contraantena deberá abarcar el mayor espacio que sea posible y sus alambres bien soldados deben de estar separados a lo más de dos metros entre sí; su distancia al suelo depende de las circunstancias, pero conviene que no esté a menor distancia de un metro del suelo o la azotea, debiéndose colocar a dos metros de él, cuando sea necesario ocupar el espacio debajo de ella, caso muy común en las azoteas. Es bueno tener presente que a pesar de hacer el papel de tierra, la contraantena deberá estar muy bien aislada, pues de otra manera se notarán en la recepción una serie de ruidos raros, que son producto de los contactos imperfectos entre la contraantena y los objetos cercanos.

Una de las ventajas más evidentes y que preconizan para el uso de la contraantena, es la supresión de la mayoría de los ruidos molestos ocasionados por los motores de corriente eléctrica, que funcionan en las cercanías, pudiéndose asegurar que por este medio será fácil eliminarlos en gran parte.

Últimas creaciones de la moda femenina



1.—Modelo Jean Patou.—Para una joven, he aquí un vestido de deportes, muy "chic", compuesto de una falda plisada, de "kasha" cuadriculado, fondo verde y de un "swaeter" de "kasha" verde liso.—2. Modelo Jean Patou. Muy joven de parecer, este trajecito, apropiado para excursiones, se halla confeccionado con "toillaine" rosa vivo, adornado de pliegues huecos formando tableros en la falda y pechera en el cuerpo.—3. Modelo Paquin.—Sobre un traje de crepella azul japonés, con túnica, he aquí una linda guarnición de piel ribeteada y perforada sobre blanco.—4. Modelo Paquin.—Falda de "kashatoile" jaspeada azul con tableros plisados.—La chaquetita muy abierta sobre un chaleco tul y encajes "ocro". Está botonada en la parte inferior.





Nuestros abuelos también
se extasiaban con este rico
Aperitivo y Licor digestivo.

BUEN APERITIVO
HESPERIDINA
RICO LICOR

